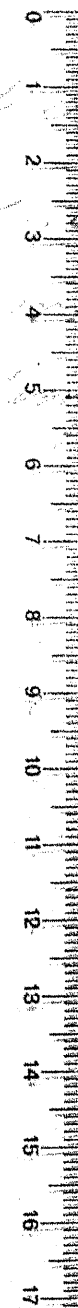


Don Antonio de Sotomayor, 1714

capitulos de escritura,
y de compra de estacion
de la plaza

Tomato Colly

RENTA



c. H. Sr. Don e. Nicolás, M.^a
Lopez, excelente escritor,
en prueba de estimación
y simpatía
Cinco de Mayo

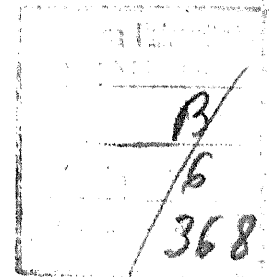
REDENTA



R. 27306
T. ORBE

BIBLIOTECA MUNICIPAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	5
Número:	485

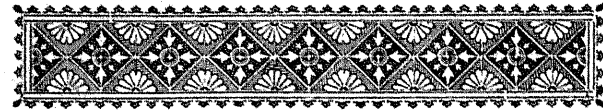
REDENTA



SEVILLA

Tip. de Francisco de P. Díaz, Gavidia 6

1899



PRIMERA PARTE

I



N una de las más ricas y activas ciudades del Norte de España vivía no há mucho una opulenta familia cuyos jefes naturales eran D. Manuel Ranzade y D.^a Rafaela de Abella, esposos felices, notables sugetos, dignos de que un cronista narre puntualmente sus interesantes vidas.

Ella era una dama de altiva nobleza, de sangre linajuda y gallardo porte, una hembra apetitosa, blanca como la nieve, de negro y abundante cabello, de curvas enérgicas en pecho y caderas, acu-

sando las apretadas carnes que allí todo era verdad, todo macizo, realismo sincero, resultante de una alimentación sólida, de una organización feliz de la materia y de la ausencia de las penas y quebraderos de cabeza que tan desmembrada traen á la más de la gente. Uníase á las naturales gracias de esta hermosa señora, que llevaba con dignidad imponente sus treinta y ocho años corridos, la distinguida elegancia con que vestía. Pero nada de colorines impropios de su estado y de su edad, sino trajes oscuros ó totalmente negros, que daban un realce exquisito á la delicada blancura de su rostro. Sabía ella mantenerse muy bien dentro de la más puntual corrección, sin coqueterías extemporáneas, y jamás sintió su pecho celos ridículos por la competencia que empezaban á hacer á su belleza madura sus dos hijas, Manuela y Consuelo, flores nuevas de la eterna renovación de la vida. De sobra comprendía que no cabían comparaciones, ni era honesto hacerlas, y se disgustaba sinceramente cuando, yendo con las niñas, oía decir á los desvergonzados tenorios callejeros: «prefero á la madre».

El D. Manuel era algo más viejo que su mujer y mucho más grueso, aunque, por su corpulencia, no resaltaba tanto su gordura; con todo, visto de perfil, destacábase la media esfera de su panza donde se iba acumulando cantidad grande de tejido adiposo, á modo de almacén de reservas alimen-

ticias, como en previsión de años de escasez. Era chocante ver sobre aquella gran panza un chaleco corto que se acababa en la mitad del camino, en el ecuador de aquel planeta, dejando la mitad inferior desamparada. En cambio, por detrás colgaban ociosos, casi hasta las pantorrillas, los enormes faldones del chaqué, danzando locamente al compás de los movimientos del Sr. Ranzade. Mas no se crea que era un cursi; él no tenía arte ni parte en estas contradicciones de sastrería. Diríase que era un filósofo por su despreocupación en el vestir. Otras cosas de más enjundia ocupábanle constantemente, y no se cuidaba de si el chaleco debía llevarse corto ó largo. Eso allá el sastre en cuyas manos se entregaba sin chistar, dejándole hacer, diciendo á todo que sí, pensando en sus cosas, sin prestar atención á la charla importuna del otro mientras pasaba y repasaba la cinta de medir en todas direcciones por los contornos de la dilatada humanidad de su cliente, explicándole, de paso, cual era *la última* en cada prenda.

Nada más hay que decir de lo exterior de estos esposos; su corteza material nos interesa poco. Su vida interior es el objeto de esta historia (historia, sí), y á lo largo de ella se irá viendo qué casta de sugetos eran. Sépase, por ahora, que el mundo los tenía en buen concepto, clasificándolos en el grupo de las personas respetables, dentro del cuadrículado social, y aún un poco más arriba, sobre todo

á la señora cuyo nombre figuraba en primera línea en la beneficencia estruendosa, dejando en todas partes el rastro de sus riquezas, el testimonio de sus sentimientos caritativos y de su espléndida piedad.

Siguiendo la estela de oro que dejaba á su paso esta generosa dama acudían á su casa mil pordioseros, pobretería de todas categorías, ancianos desvalidos, obreros lisiados, viudas luctuosas, pero todos estos quedaban de puertas afuera, donde recibían la limosna, dejando libre el paso á otro mundo de pedigüeños melífuos que tenían acceso en la casa, párrocos y frailes, clero regular é irregular, gentes forradas en hábitos de todas las órdenes.

Había sentido D. Manuel cierta alarma ante aquella invasión, mas halló luego satisfacciones que compensaban la sangría de su caudal, porque, como todos iban á pedir algo, entonaban un coro de homenaje al gran Ranzade, que, al fin, era quien trajo las gallinas, vamos al decir, los cuartos que producían aquel revuelo de sotanas en torno de la devota dama y del minero ilustre, aquel león del trabajo, actividad incansable, genio de los negocios, hombre meritísimo, que tenía allí su corte de aduladores.

Su obra era su debilidad, y quedarase sin camisa por comprar la lisonja. Habíase lanzado á la busca del dinero con ansia infinita, con voluntad

inquebrantable, ascendiendo á pulso desde las bajas regiones de la insignificancia hasta las doradas cumbres de la opulencia. Y, como Dios, vió que su obra era buena, y gustaba verse halagado.

Nada en el mundo tenía interés para él no siendo asunto de las santísimas pesetas. Este era el amor de sus amores, la gran fuente de sus placeres. Adoraba á la peseta con todas las ternuras de su corazón, pero no supongan ¡cuidado! que don Manuel era un avaro, antes al contrario, la esplendidez era una de las teclas que tocaba con más gusto. Su ideal era la ganancia por la ganancia misma, sin un fin concreto. Cultivaba desinteresadamente el arte del interés. Era su pasión como la de los hombres livianos que se obsesionan por una mujer, entregándose por ella á las mayores locuras, y una vez conseguida, huye la ilusión, y la olvidan. Ranzade perseguía encarnizadamente á la peseta, era implacable en los negocios; ponía sus cinco sentidos, todas sus astucias de guerrillero mercantil, para sorprender al enemigo y sacar en los tratos hasta el redaño de la utilidad, y cuando, al fin, refluían á su caja los resultados de tanto ardor, mostrábase indiferente, y daba sin tacañerías lo que era preciso dar, gastando en su persona la menor parte. Despreciaba el dinero ganado; su anhelo era correr tras del incierto, como el ave de rapiña que suelta la sangrienta presa y persigue á la víctima nueva, dando á los aires graznidos de

trágico placer. Por lo común, no llevaba Ranzade ni un céntimo en los bolsillos, y más de una vez tuvo que pedir prestado á un amigo para poner un telegrama, para dar una limosna ó para cualquier menudo gasto que se le ocurría en la calle. Esta genialidad era muy celebrada por todos.

Blando en su vida íntima, era un conquistador férreo en el mundo de los negocios; pero su deleite estaba en las peripecias de la lucha, no en los resultados de ella, y, después de la victoria, repartía liberalmente el botín con los que á su lado vivían, gozando todos en la casa del generoso desprendimiento del invicto jefe.

II

Á todo el mundo sorprendió su rápido encumbramiento. Hacía apenas veinte años que le conocieron pudriéndose en la tenducha que le dejó su padre. Era éste una bella persona, un liberalote á la buena de Dios, un alma sana de la era progresista, que en largos años de paciente trabajo logró reunir algunos cuartos con la venta al menudeo

de garbanzos, bacalao, azúcar, arroz, y así mil artículos necesarios al diario sustento. Pero la casa había venido muy á menos; otras tiendas más grandes, mejor surtidas, más baratas y más limpias llevaron gran parte de la clientela, de modo que últimamente no se hacía, según la frase de D. Manuel, más que ir tirando. Su padre había pensado darle carrera, porque al principio abrigaba un candoroso optimismo acerca de las facultades intelectuales de su hijo, y fué una cruel decepción cuando le vió tropezar en los primeros años del grado, y atascarse definitivamente en el cuarto, abrumado por el peso insoportable de los textos. Lleno de enojo, tiró el padre los libros, con gran contentamiento del muchacho, y le puso detrás del mostrador, como un hortera de menor cuantía. Rudo golpe fué éste para el pobre viejo, cuya vanidad de padre sufrió horrorosamente por el ridículo papel que hizo su hijo en el Instituto. Uno de sus temas de progresista bonachón era que los hijos deben sobrepasar á los padres en todo, pasando á una jerarquía superior, y aquel desengaño amargóle sus días postreros, viendo á su hijo ocupado en el despacho de alubias y jabón. Murió con melancólica tristeza, obsesionado por un sentimiento, por una preocupación cruel, pareciéndole que se sumía el mundo en el quietismo, que un estacionamiento mortal dominaba á las cosas, como si todo entrara en la nada con el úl-

timo suspiro que extinguió aquella vida honrada y candorosa.

Al morir su padre, quedóse Ranzade al frente de la tienda con su hermana menor Eugenia, una joven callada, hacendosa y modesta, una flor delicada y triste, que llevaba sobre sí los quehaceres de la casa y atendía, en los ratos perdidos, al despacho de la tienda. D. Manuel Ranzade (que entonces se llamaba Manuel á secas) se hallaba inquieto en aquella vida pasiva de su tienda decadente, y fueron años de atroz aburrimiento los que pasó allí después de la muerte de su padre, desasosegado, piafando en aquel encierro como un caballo amarrado que ansiara el campo libre para correr á impulsos de su natural brioso. Iba el negocio en decadencia creciente, y sentía Ranzade que era aquel teatro demasiado estrecho y miserable para sus viriles energías, y como obedeciendo á una tendencia orgánica, á impulsos inconscientes que le pedían mayor campo de acción, franqueó un día el mostrador y lanzóse á la conquista de la posición que anhelaba por la impetuosidad de su rudo temperamento, que pedía lucha, y por la ausencia de ideales elevados que templasen su ambición desmesurada de utilitarismo práctico.

Notaba Eugenia con sobresalto que su hermano manifestaba cada vez menos apego á las cosas de la tienda, que ya no se cuidaba de hacer oportu-

tunamente los pedidos para que nunca hubiera que decir á los clientes «no hay», cosa que jamás ocurrió en vida de su padre, quien consideraba punto de honor profesional el tener siempre surtido completo de los géneros de su comercio. Conocía Ranzade las virtudes de laboriosidad é inteligencia que adornaban á su hermana, y confiaba en ella la casa y la tienda durante sus secretas correrías, y cuando, tras una larga ausencia, ella le daba cuenta minuciosa de lo que había ocurrido, de las ventas hechas, de las facturas pagadas, de los artículos agotados que había que reponer, oíala sin atención, deseando poner fin á aquella relación importuna, como cosa menuda y despreciable. Y no se explicaba ella el motivo de aquel desvío ni de tan frecuentes ausencias, porque su hermano era poco callejero, y no frecuentaba cafés ni teatros. Sospechó un momento que sería cosa de amoríos, mas veíale engolfado en hacer números, en llenar papeles con cifras y notas, y ella sabía de sobra que el amor y la aritmética son cosas de índole heterogénea, y no van juntas jamás. Nada la decía su hermano de todo aquel tejemaneje de números y de entradas y salidas; pero ella, que era muy lista, vino á averiguar que andaba en negocios de minas en compañía de dos sujetos que con frecuencia iban á buscarle, y aunque hablaban en un lenguaje convenido «para no dar un cuarto al pregonero», según la expresión de uno de ellos,

la muchacha lo traslucía todo. Y mortificábala aquel secreto, pues aunque fuese una niña, tenía derecho á saber lo que su hermano hacía, porque ella era toda su familia, y debiera merecerle más confianza que aquellos extraños con quienes cuchicheaba.

Un día se inquietó mucho porque con su hermano entró en la tienda un hombre que empezó á examinarlo todo, la estantería, los depósitos de aceite y petróleo, los cajones de azúcar y granos. Aquella intrusión del mostrador para dentro la molestó. Para ella, pobre niña, el mostrador era como un baluarte que defendía aquel estrecho recinto, al que amaba como al hogar donde se nace; era su pequeño mundo; allí había estado su padre siempre; el vago recuerdo de su madre, muerta antes de que ella tuviese siete años, estaba mezclado con todo aquello, que tan brutalmente examinaba el acompañante de su hermano. Cuando lo hubo mirado y remirado y palpado todo, dirigiéndose á Ranzade:

—Cuatro mil quinientas es el máximum que puedo ofrecer.

—¡Pero, hombre; si eso valen las existencias! —contestó Ranzade.

—Pues es lo único que hay, porque los depósitos son muy viejos, y la estantería es de pino y no vale nada. Yo la pienso quitar, si hacemos el trato... No vale más que para leña...

Penoso efecto causó este breve diálogo en el alma de Eugenia. El tono de desprecio con que hablaba aquel hombre de los enseres de la tienda, le pareció como un insulto á la familia, cuyas afectaciones y recuerdos estaban unidos á todo aquello por el simbolismo de las cosas, que tienen también su alma, y el anuncio de quitar la estantería removió bruscamente su corazón, como si le sacaran de su sitio ó le arrancaran algo muy querido, muy hondo.

—En fin—dijo el de las cuatro mil quinientas, echando una última ojeada sintética, que abarcó toda la tienda;—usted lo pensará y dirá si le conviene.

—Ofrece usted muy poco —replicó Ranzade— ¿no puede usted llegar á las cinco mil quinientas?... Es de balde... de balde...

—Pero, si no lo vale; créame usted... Por tratarse de usted, y aunque estoy seguro de hacer un mal negocio, le daré cinco mil pesetas, ni un real más... Es mi última palabra... Veinte mil reales pagados á toca teja... No perdamos el tiempo...

—Es poco, poco—dijo Ranzade con visibles deseos de terminar á cualquier precio—pero, en fin, ¿cuándo va á ser la entrega?

—Cuando usted quiera; mañana mismo, si le parece bien.

—Conforme.

—Pues no hay más que hablar: hasta maña-

na—y salió imperturbable como el Dios fatal del dolor que agobia á las criaturas bajo su paso brutal é inconsciente, sin haber reparado siquiera en Eugenia, que, con ambos codos sobre el mostrador y la cara entre las manos, ocultaba su gran angustia, el hondo sufrimiento por el crimen que se acababa de perpetrar, la destrucción de su ámbito, de su mundo de cariños y recuerdos, y lanzó la pobre un gemido como el ave triste que da sus quejas al viento cuando le roban el nido. Quiso sobreponerse, devorar en silencio su pena, sin mostrarla á la insensibilidad de su hermano, á cuyo corazón nada decían todas aquellas cosas, vínculos familiares que pasaban á manos de un extraño. Pero el mismo esfuerzo moral que hizo para ahogar su angustia, redobló ésta y estalló en fuertes y doloridos sollozos.

—«¿Por qué lloras?—le dijo con acritud su hermano, obteniendo por toda respuesta nuevos sollozos.— Eres una tonta... ¡Tú que sabes!... Esto cada vez está peor, no se gana nada... Aquí nos vamos á pudrir... Con esas cinco mil pesetas voy á hacer un negocio en el que hemos de ganar mucho dinero. Ya verás, si me sale bien ese asunto que traigo entre manos...» Mas, era menguado consuelo para el alma delicada de Eugenia la perspectiva de futuras ganancias, y siguió llorando la pérdida del nido que rompía los lazos de afección que le unían al pasado, sin dejarle base donde sustentar el presente ni esperanza para el porvenir.

III

El negocio de que habló Ranzade á su hermana salió tan venturoso que llegó más allá de las esperanzas de los que le emprendieron. *La Salvadora* era una mina de hierro de una riqueza tal que parecía de oro. El que la denunció hizo algunas tentativas de explotación con mal resultado, no se sabe si por falta de pericia ó de dinero. Cuando cayó en poder de Ranzade y sus dos socios, que eran tres sabuesos con finísimo olfato minero para hallar los filones más escondidos, empezó la explotación en debida forma, gracias al capitalillo que entre los tres reunieron y á nuevos auxilios que les prestó, con su cuenta y razón, naturalmente, un capitalista lince que vió el negocio. Y aquello creció como la espuma. En el primer año veinte mil toneladas, el segundo cincuenta mil, el tercero ochenta mil, luego cinco años á cien mil, y por último, la venta de la mina á una compañía inglesa en (£ 150.000) ciento cincuenta mil libras. Se liquidó el negocio de *La Salvadora* embolsándose cada socio cerca de dos millones de pesetas.

La fortuna abría de par en par las puertas á la actividad de Ranzade, mostrándole un ancho campo por donde podía correr libremente. No pensó dormirse sobre los laureles, ni podía, aunque qui-

siera, vivir sobre lo ganado en existencia mansa de rumiante. Erale indispensable la acción. Su sangre sana se pudría en la vida vegetativa; un instinto invencible le arrastraba al movimiento, á la vida fecunda, á la iniciativa, á la acción incesante. Sentía la nostalgia de la lucha, el anhelo de medir sus fuerzas, de mostrar su musculatura vigorosa en el pugilato de la vida. Luego, empezaba á verse halagado; un hombre que tenía dos millones no era un cualquiera, y la gente le prestaba acatamiento y admiración. Con esto, sus ambiciosas ansias se redoblaron, embriagándose en la fama, y se lanzó decidido á la pelea, llevando por escudo su dinero, por casco su instinto mercantil y por lanza las audacias de su genio negociante. Operó en firme en diversos negocios, poniendo en ellos toda su alma y toda la intensidad de su atención, con excelentes resultados. Sintió después que los negocios comerciales eran cosa demasiado fácil para él. Ganaba el dinero sin gran esfuerzo, y esto no satisfacía á su temperamento, que no pedía propiamente la ganancia, sino el deleite de la empresa. Amaba al arte por el arte, sin ansias de una finalidad determinada. No conocía el deleite de los que acarician amorosamente el dinero ganado; á él no le sugería ni una mirada tierna, ni un contacto suave, sino hastío, como el de la mujer gozada. Por esto dirigió su acción á las empresas industriales donde hay más resistencias que vencer, y es

más animada la lucha, y la victoria más difícil. Sus triunfos memorables le dieron presto renombre. Luchó con denuedo en el árido campo de la industria naciente, á donde llevó sus enérgicas iniciativas de genio creador. Sea la suerte, sea la natural disposición de este hombre para distinguir los buenos negocios de los malos, lo cierto es que el nombre de D. Manuel Ranzade era una garantía de buen éxito en toda nueva empresa, y la gente se apresuraba á tomar participaciones en todo negocio en que él figurase. Creció su caudal y el respeto de su nombre, y, al verse opulento y cuarentón, pensó que no haría mal en casarse. Nunca vaciló; entre sus decisiones y su acción no cabían las incertidumbres; se iba franco y por el camino más breve á realizar lo que pensara, y con su habitual buen golpe de vista para los negocios, forjó el de su matrimonio con D.^a Rafaela, quien si no poseía gran caudal, al menos era hermosa y distinguida, una mujer de tono, que aportaba al matrimonio una buena porción de nobleza de la que su familia estaba llena hasta rebosar.

No es que á D. Manuel le hubiese entrado de pronto la comezón del abolengo ilustre y de sentirse aristócrata; sino que, con su buen sentido, comprendía que él era siempre el antiguo tendero tosco é ignorante, sin más refinamiento que el de algunas frases que iba cogiendo al vuelo para corregir su torpe dicción; mas, eso no era sino dar



algunas limaduras á su corteza, y siempre quedaba la rusticidad de sus maneras, de su trato, de sus expresiones, de su sér todo y hacia este razonamiento: «Si me caso con una pobre, con una chica modesta, será muy honrada, muy buena y todo lo que se quiera, pero una cursi, y nos juntamos el hambre y la gana de comer... Hay que darle á cada cosa su cosa y no sacar el mundo de quicio... Mi capital, mis asuntos, mis relaciones con lo mejor, demandan que yo me case con una mujer que, aunque no tenga millones, sepa llevar la casa al ten de mi posición... Esto es claro.. Tendría que ver que yo me casara con una muchacha, con una mosquita muerta de esas que llaman virtuosas, y me resultara (¡y claro que me resultaría!) que no sabía nada, que nunca las había visto mas gordas, y que estaba como un palomino atontado, sin saber qué hacerse con el dinero ni tal que le dió... No, nada de ramplonerías; bastante ramplón soy yo. Lo que á mí me conviene es una mujer que tenga principios, que sepa donde tiene la mano derecha, porque si lo pongo yo todo ¡vaya un negocio!... A mí no me da el naípe por la bambolla, pero tampoco puede uno vivir como un hurón... es preciso alternar, ser del mundo ¡qué caramba! y dejarse de historias...» Total, que se decidió por Rafaelita después de bien pesado el pró y el contra.

Algo le molestó ver al padre de su futura acep-

tar melancólicamente la unión, como haciendo un cruel sacrificio en aras de la necesidad, para mantener el lustre de la familia y contener la ruina de la casa, abillantada por cien ilustres antepasados, famosos capitanes de la Reconquista y del Descubrimiento, heraldos de la fe y del poderío de España, que corrieron victoriosos el mundo en los siglos de la grandeza castellana.

Era el padre de Rafaela, D. Augusto de Abella y Ruíz de Tomares, hijo segundo del último jefe de la antiquísima casa de los Abellas y Ruíz de Tomares, del Condado de Villaforte, cuyos timbres gloriosos arrancaban de las primeras rebeliones contra la dominación romana en la Península. Murió en 1823, renegando de la libertad triunfante, bajo el reinado «liberal» de Fernando VII, *el Deseado*, á quien tachaba de continuar la obra de la Revolución francesa cuyas abominables ideas no quería «contener; y este su hijo, el actual don Augusto de Abella, era digno enteramente de su padre; abominaba como él de la libertad y de los contubernios de la monarquía constitucional con los principios odiosos de la Revolución impía. Y enconábanse sus odios más y más al verse en ruinas, pobre árbol caído, cortado por el hacha revolucionaria, impotente para contener el desmoronamiento de su caudal, el patrimonio heredado, que le iban arrebatando poco á poco, entre administradores infieles y prestamistas usureros, que hu-

biera colgado de sus almenas, para escarmiento de bergantes, si la infame libertad no hubiera mercedado la suya de tener almenas y de colgar en ellas los hombres á su talante, como en los buenos tiempos de los privilegios de casta.

Sufría tormentosa existencia; muchas de sus fincas pasaron á mejor vida, esto es, á manos de los que dieron dineros en hipoteca de ellas. La insolencia de los acreedores le producía tal ira que acababa por abandonarles las fincas con el más soberano desprecio, esperando de la justicia de Dios una venganza para aquellos judíos que no le perdonaban ni un céntimo ni un día de interés, ni un átomo de las propiedades hipotecadas, y asíóse á Ranzade en la desesperación de su naufragio y de su quiebra. No podía, sin embargo, ocultar la repugnancia que causaba á su altivez nobiliaria un casamiento en el que su familia descendía encorvándose dolorosamente hacia la baja burguesía, como el mendigo se encorva para recoger la limosna. Y creía ver el ceño sombrío de sus cien antepasados, recriminándole por esta vergonzosa unión, y oír la voz de toda su raza ilustre maldiciéndole por no haber sabido salvar del envilecimiento el nombre y la historia gloriosa de su familia. Tentado estuvo Ranzade de coger á la muchacha y devolverla á aquel mentecato, que no tenía mas que hambre y orgullo; pero se le pasó el arrechucho, y la boda se celebró felizmente.

Aquel suceso provocó el rompimiento de Ranzade con su hermana Eugenia. Esta después del traspaso de la tienda, sin otro amparo que el de su hermano, había vivido con él, modesta, silenciosa, sin interesarse en el vértigo de las ganancias que á él le embriagaban, trayéndole sin cesar agitado, absorbido por sus múltiples negocios, viviendo en sí, sin cuidarse de su hermana, á la que retenía á su lado por un deber social más que por lazos de afección; y no era para él enojosa carga la de esta flor silenciosa y triste, que vivía con poco gasto, sin importarle para nada. Y aunque hubiera gastado mucho más, él no hubiera puesto reparo. Si la sórdida codicia le dominaba en los negocios, no era un tacaño que gustase enterrar el oro ganado. Deseaba que los suyos gastaran sin miserias, dominándole un vago temor: que llegase un día en el que la parquedad de los gastos y el crecimiento excesivo de las ganancias acumulasen tan crecido caudal en sus manos que el peso de sus riquezas matase la ilusión en los negocios, sobreviniendo el hastío, y quedando su áspera vida sin el fin que hasta entonces la animaba, llenándola de interés y de contento. Y fué esta sensación de horror al vacío de su vida, á la laxitud de una existencia sin objeto, la que le impelió á una boda estruendosa con una mujer de rango que supiera gastar, sirviendo de válvula de escape al exceso de la ganancia de la cual empezaba á sentirse

ahito, ahogándole la ambición, y haciéndole enfadosa la vida. Porque con su hermana era imposible; parecía que no se había hecho cargo del crecimiento de su fortuna, según el apocamiento de su vivir y la estrechez de sus gastos. Defendía el céntimo como en los tiempos de la tienda. Y eso no era, no; para ganar allí estaba él. Hacía falta saber gastar, y ni él ni su hermana poseían este que á Ranzade le parecía mérito precioso. No gozaba él con la vanidosa ostentación ni tenía arte para ello, así que, á pesar de los enormes progresos de su fortuna, vivió con su hermana algunos años en la misma modesta casa que tomaron después del traspaso. Mas, al concertar la boda, comprendió que debía montar casa de más boato, de conformidad con los humos que traía la familia de su mujer, y aunque no fuera por eso, que, después de todo, le importaba un pito, como él decía, el orgullo nobiliario de su suegro, que él consideraba como una chochez, no era decoroso, ni «propio» que, poseyendo tan gran caudal, viviera en un cuchitril. Y no se anduvo por las ramas, sino que tomó un hotel con su jardín y todo. Quería mostrarse espléndido y gastar á manos llenas para deslumbrar al suegro y vengarse así de sus mortificantes impertinencias, pues para el viejo, este era uno más, uno más de aquellos empedernidos que le habían dejado en la miseria. Este era el de la hipoteca final, el de la hipoteca suprema de la

carne y la sangre de los Abellas. Y todo esto se lo decía llanamente á Ranzade para desahogarse del encono, de la furiosa rabia, de la airada protesta que salía de todo su sér contra la fatalidad de las cosas.

Eugenia no tomaba las impertinencias del viejo con la misma filosófica calma que su hermano. Su espíritu delicado y su perspicacia la hicieron comprender que los incidentes ocurridos al concertar la boda, los escrúpulos nobiliarios y las vacilaciones del padre de Rafaela, y aún el desdén con que ésta la trataba, envolvían un grosero insulto que alcanzaba á toda la familia, un ultraje á la memoria de su padre honradísimo. Y esta delicada criatura silenciosa sacó en aquel trance ignoradas energías para protestar contra un casamiento híbrido y desatinado. Malquistóse con el viejo á quien manifestó que ella no se creía honrada con aquella unión, que era una venta vergonzosa; que el nombre immaculado de su padre impecable podía dar honor, no recibirlo de gentes vanas, ociosas, corroídas por las trampas, y que cometían una indignidad con aquella boda, que era un verdadero trato, una infamia innoble, por no tener virtud ni grandeza bastantes para vivir en la estrecha modestia á que les había reducido la falta de hábitos de trabajo y economía.

Por estas cosas y otras semejantes con que les abrumaba, cobraronla malquerencia el padre y la

hija. Esta, en particular, la detestaba. Nunca sintió simpatías por aquella modesta muchacha á quien la gente maleante, forjadora de motes, llamaba la *Tenderita*; creíala indigna de alcanzar el honor de su familia, tan poquita cosa, tan «pobrecita», como ella decía despreciativamente.

Era el desdén con el desdén, porque Eugenia contestaba al desprecio de su futura cuñada con tal indiferencia, con tales muestras de depresivo desvío, que la noble hija de los Abellas debió sentir que entre ella y la *Tenderita* se interponía una muralla de hielo, un mundo de antipatías, de odios inextinguibles.

Exhortó una vez más Eugenia á su hermano para que desistiera de aquella unión inconveniente, para que no se entregara á la voracidad de aquellos lobos hambrientos que sólo buscaban su dinero. Le hizo ver el papel ridículo que representaba, la impiedad de lanzar al viento de las murmuraciones malévolas de la aristocracia las cenizas de sus humildes padres para que escarneasen su memoria. No hubo acuerdo. Ranzade se obstinó en la boda, á pesar de todo, y Eugenia, desconsolada y triste, retiróse á su soledad, guardando en su corazón, como en una urna sagrada, el recuerdo de sus pobres padres, abandonando á su bárbaro hermano en su loca carrera, en sus sueños de oro y en sus anhelos de nobleza. Ranzade no reflexionaba apenas; era impulsivo. Sólo en los

negocios era capaz de un discernimiento claro. En las demás acciones de su vida, se dejaba llevar por un sentimiento vago, por un sordo mandato interno. Movíase por un dinamismo orgánico que le pedía acción incesante sin concretar la dirección. La misma fuerza inconsciente que le sacó de la vieja tienda por un sentimiento de estrechez para su energía vital, llevábale ahora á fundirse con una familia de nobles descendientes, á reanimar un fuego que se apagaba por anémica consunción. Acaso la falta de otros ideales haciale desear el ideal pretérito de la nobleza histórica; acaso obedecía á una ley determinista que hace tabla rasa de las grandes vanidades y amalgama unas con otras las clases históricas, los linajes, las categorías sociales, para neutralizar sus excesos, para unificar las diversas corrientes y para laborar lentamente la clase única, la humanidad grande y dichosa de mañana, la sublime fusión de todos los hombres animados por un fin común, síntesis armónica, unidad inmensa en la inmensa variedad de todos.

IV

Aterróse Eugenia al verse sola, débil mujer sin el amparo de un brazo fuerte, en un medio hostil que no respeta la debilidad ni estima la vir-

tud. Consumíase en una infinita tristeza; deseaba un hombre que la amase, sintiendo en sus entrañas de mujer anhelos irresistibles de fecundidad, más apremiantes por un presentimiento de algo que se iba, la juventud tal vez, tal vez la vida. Su organismo débil y padecido estaba minado por una enfermedad cruel, y temía la cuitada que la fiera muerte la sorprendiese sola, sola y estéril. El presentimiento de la lúgubre visita, la visión trágica de la muerte, llegándose á su lecho, en el frío rincón de su soledad, la llenaba de angustias mortales, de terror pavoroso. Y, para hacer más grande su tormento, logró un instante vislumbrar la dicha, se vió amada y fecunda, esposa y madre, pero fué sólo una tregua, un reposo del infausto destino, para acometerla luego con más saña. Moríase el hombre que la amaba, caía el roble fuerte herido por el hacha traidora de una enfermedad. Moría ella también, morían los dos. Expresaron sus miradas un ansia infinita, un dolor incommensurable por la soledad en que quedaba su hijo, y se abrazaron moribundos, defendiéndose con desesperación de la implacable fatalidad que cortaba sus vidas y ponía término cruel á su breve dicha. Cayó él primero, más no tuvo lugar de impacientarse ni de sentir la soledad inmensa de los que yacen solos, por que tres días después, halló á su lado á su dulce amiga, la mujer de sus amores, la pobre flor delicada y triste, la madre del des-

venturado Pedro. Vió el niño desde su camita toda aquella tragedia sin comprenderla. Sus frescas mejillas sonrosadas recibieron besos helados, lágrimas abundantes de moribundo. Ante sus ojos atónitos desarrollóse el tremendo drama, el fúnebre batir de alas de la muerte airada, que ahuyentó la esperanza en aquel nido, llevándose con brutal violencia á dos seres sin pecado, y condenando á un niño á la ausencia eterna de las ternuras y del grato calor de los suyos. Siguió algunas mañanas llamando á mamá, como de costumbre, mas mamá no venía, y acabó por no llamarla, suspirando resignado ante aquel abandono incomprensible, con cierto resentimiento, como á quien castigan inmerecidamente. Y luego lo olvidó todo. Borróse el recuerdo de su madre, y su alma infantil se sumió en una gran tristeza, como si sintiera el círculo helado que se extendía en torno suyo: la orfandad más espantosa, el abandono más trágico y cruel.

De este hogar donde el amor y la muerte casi se dieron la mano, donde el vals de la felicidad sonriente aceleró los compases para trocarse en danza macabra, salió Pedro, el hijo de aquellos breves amores, para otro hogar menos tristes, donde los crespones de la muerte no ahuyentaron la alegría, donde la vida era robusta, donde se reía, donde se gozaba, el palacete de su tío D. Manuel Ranzade.

V

Del matrimonio de Ranzade y D.^a Rafaela nacieron tres hijos: Andrés, Manuela y Consuelo, y, hablando en lo material, se puede agregar á Pedro como un hijo más, el huerfanillo recogido, cuya desventura no bastó á conmover la piedad de su tía. No miraba ésta con buenos ojos al niño, y le reprendía por cualquier cosa. Era para ella como un bastardo, un viviente pecado de los padres, el representante de la rama humilde de tenderos, que había venido á recordarla el sacrificio de su boda, la humillación de su familia, la hipoteca de su cuerpo. Y no hallaba en su corazón más que acritud para el chiquillo, tan dócil, tan callado, tan formalito, como si comprendiera ya en su inocente infancia que estaba allí de prestado, que no era suyo el suelo donde se posaba, que no tenía derecho á pisar fuerte en aquella casa á donde le había lanzado un cruel huracán del destino, como las revueltas olas arrojan al náufrago á las rocas donde le espera acaso más desolada muerte que en el seno mismo del agitado mar.

Dígase en honor de Ranzade que no toleró ciertas distinciones que la señora quiso hacer entre los hijos y el sobrinito, tales como tragecitos más pobres, la privación de algunos postres por los que

los niños se parecen, el enviarlos á distintos colegios, y mil detalles como estos con los que la señora demostraba el poco aprecio que el niño la inspiraba. D. Manuel, que dentro de la casa apenas tenía voluntad, pues todo se hacía á gusto de la despótica señora, se mostró enérgico para defender al sobrino. En aquellas mortificaciones para el único representante de su familia, veía revivir el espíritu de casta de los Abellas, el orgullo nobiliario de su suegro, que tanta tortura le dió después de la boda, con el tema jeremiaco de sus quejas impotentes, con sus lamentos agresivos, con sus anatemas á la época presente en la que las ilustres casas se oscurecen y gobierna la plebe y bullen los advenedizos, los piojos resucitados, la gente sin historia, los mercachifles, que la maldita libertad ha sacado de las cloacas.

Este lenguaje sacaba de sus casillas al extendero, pero su suegro no cedía, sino que se irritaba más con el enojo del otro, y acentuaba entonces su agresividad mordaz, y arreciaba en sus ataques á la gentuza del día, á los adoradores del becerro de oro.

«Ya no hay caballeros—exclama exaltado— ya no hay más que traficantes que todo lo compran por dinero... Ya no hay virtud, ni nobleza, ni honor... ¡Váyales usted á las gentes del día con estas palabras!... No entienden otra lengua que la del oro... ¡Gentes sin Dios!... No hay un ideal de

grandeza como en otro tiempo... ¡Ganar, ganar!... ¡Cómo si la ganancia fuera todo, ganar aunque se pierda la conciencia!... ¡Qué se hizo de aquella noble España de nuestros mayores, por todos respetada y temida? Un pueblo vil y despreciable... ¡Libertad, sí, mucha libertad, la libertad del robo y del desenfreno, la libertad del demonio!... ¡Y qué gobiernos!... Aduladores de los usureros poderosos, enemigos de Dios y de la Iglesia, defensores de las impías ideas volterianas, protectores de esa inmundicia canalla que en los papeles insulta á los ministros del Señor y á las cosas más venerandas... ¡Liberalismo!... Satanismo debieran decir... ¡Insensatos! No ven que por ese camino se va al caos, á la anarquía... ¡Todos ciegos!... No ven que el cieno sube, que la podredumbre les ahoga, que van á destruir el país, si no retroceden á las santas tradiciones, que hicieran feliz y grande á la nación, si no restituyen lo que han robado á la Iglesia de Dios y á las nobles casas que ilustraron la historia de esta España tan grande, tan heroica otro tiempo, tan envilecida, tan cobarde hoy... ¡Ah! ¡quiera Dios llevarme cuanto antes á su santo seno para que no vea más esta inmundicia, esta canalla insolente!»

Nadie le contradecía, y esto le irritaba más. Consumíase en sus declamaciones, acompañadas de vehemente manoteo, y luego quedaba sumido en una angustiosa meditación, porque sentía hon-

damente estas cosas, y se acibaraba la existencia viéndose impotente para poner remedio á la desatinada marcha del mundo. Su cuerpo también estaba en ruinas, como su hacienda. Era un vejete de reducida talla, rugoso y enmohecido, una ruín persona, que no llegaba al hombro de Ranzade, mas él juraba que en sus buenos tiempos fué alto y gallardo, como todo su linaje, y que hallábase mermado por los disgustos y por el desgaste de la edad dilatada; pero que todavía, con su pequeñez y todo, tenía agallas, y haría sentir el rigor de su brazo al menguado que le ofendiese en su honor. Reñase Ranzade de esta bravuconería senil, y chanceaba benévolutamente con él en este terreno.

Le importaban una higa todas las andanadas que lanzaba su ilustre suegro contra los gobiernos y la época presente. Sabía que eran chocheos del viejo caduco, representante de cosas fenecidas, que se desahogaba con impotentes protestas contra el fallo fatal que condena á una clase á desaparecer de la historia. Pero le molestaba horrorosamente la intención agresiva del viejo, porque sabía muy bien, aunque no acertara á dar forma á la idea, que para el Sr. Abella, póstumo superviviente, por la fuerza histórica de la inercia, de una categoría desaparecida, del potente señor feudal que en otros siglos monopolizó las riquezas y el mando, ejerciendo la tiranía política y económica sobre los humildes siervos de la gleba y una dominación que

tenía á raya al mismo poder real; para el señor Abella él, Ranzade, era el símbolo de la burguesía triunfante, de la clase expoliadora, nacida de la Revolución francesa, de aquel movimiento de indisciplina hacia los poderes seculares, que arrebató los privilegios á los nobles para dárselos á la nueva clase, la que había acorralado á la nobleza, la que había puesto en quiebra á la aristocracia, la que la había quitado todos sus privilegios y grandezas, y con un paciente trabajo de hormiga se había llevado, grano á grano, el rico patrimonio de las gloriosas casas, dejándolas en ruinas, llenas de grietas, asilo de ratones y presa de acreedores implacables. Veía Ranzade que Abella planteaba la cuestión en términos inconvenientes, colocándose frente á él, clase frente á clase, para recriminarle por tanta ruina, para protestar del despojo, para maldecir la conducta de la burguesía que se había apoderado de toda la riqueza social que antes poseyeron los nobles, y los había sitiado por hambre, obligándoles á claudicar, á dar sus hijas, á mezclar su sangre noble y sus nombres históricos con los anónimos opulentos de hoy, con los plebeyos adinerados que acosan y rinden con su insolente riqueza á la aristocracia empobrecida. Eran alusiones directas á su caso, conceptos despreciativos dirigidos á él personalmente, que era el tipo concreto y característico de la clase triunfante, salida ayer de la nada y dominante hoy. El viejo Abella

desahogaba todo su enojo, el amargo despecho de una raza vencida, humillando al paciente Ranzade de cuya mansedumbre abusaba. Había vivido largos años retirado del mundo, comprimiendo su rabia, sin roce con personas á quienes pudiese comunicar su encono. Se hubiera dejado morir allí entre las ruinas de su hacienda, entre el polvo de su casa solariega, abominando de todo y sin transigir con el siglo; pero dolíale la perspectiva de un porvenir de miseria para su hija, y salió de su madriguera, como lobo hambriento, ansioso de morder á quien saliese al paso. Y fué el bueno de Ranzade la víctima de la vieja fiera obstinada. Mordía Abella con deleite al gran minero, magnífico ejemplar que halló á mano de la clase aborrecida, y el representante caduco de la raza caída complacíase en herir con sus alfilerazos al vigoroso representante de la raza vencedora, que soportaba mansamente las picaduras, con la generosa paciencia del fuerte, sin llegar á comprender el género de locura que padecía aquel anciano desatinado y delirante. Entendía Ranzade que lo natural era que su creciente prosperidad fuera causa de contento para el viejo Abella, que no tenía más familia que su hija Rafaela. Pues no señor. Se desazonaba más cuanto más ganaba. Cada negocio brillante que realizaba su yerno provocaba una filípica llena de acritud contra la época, los gobiernos, la prensa, la impiedad, la canalla salida de las cloacas, etc. Para él, toda

aquella opulencia era mal adquirida; era el despojo, y murió echando pestes de todo, con profunda lástima de este país que caminaba al precipicio, á recibir el merecido castigo por sus pecados, á expiar tanta iniquidad. Sentía un negro pesimismo acerca del porvenir del mundo, que se había extraviado en su marcha, y no veía la salvación como no fuese regresando al viejo camino. Y al dar su postrer suspiro, atormentábale el remordimiento de haber transigido, de haber capitulado, permitiendo que el último retoño de su noble casta se ingertase en una familia de humildes tenderos cuyo árbol genealógico podía plantarse en una maceta, y cuya historia no tenía otras hazañas que las del tráfico y la ganancia.

Ranzade descansó con esto. Le hizo un buen entierro; restauró el panteón de la familia, que estaba un tanto ruinoso; pagó muchas deudas del ilustre difunto; canceló la hipoteca que pesaba sobre la casa solariega; y, con el espíritu (ya que no con el cuerpo, por la gravedad que le imponían su estado y sus muchas carnes), hizo buen número de zapatetas y alegres contorsiones al verse libre del suegro aristócrata, cuya vida parecía haberse prolongado para darle martirio y agriar sus alegrías de burgués bonachón y afortunadísimo. Así que cuando su mujer quiso tratar al sobrinito con desamor considerándole como inferior á sus hijos, creyó Ranzade ver el espíritu de Abella que revi-

vía en su hija para darle nueva tortura con la cantinela consabida. Pero el hombre habló alto y claro, y D.^a Rafaela cedió, ó al menos, simuló que cedía.

VI

No decaía en Ranzade el ardor de la lucha mercantil, antes bien avivóse el fuego sagrado para reponer las mermas que sufrió su caudal con la reconstitución de tantas ruinas como dejó tras de sí el difunto suegro. Por otra parte, el sostenimiento de casa y familia en un pie de lujo y de liberal abundancia, requería un crecido gasto. No había allí asomo de tacañería. Ni en las constantes dádivas piadosas de su mujer puso reparo. Servía todo ello de acicate á su actividad, de estímulo á su vida, de pasión para sostener el interés en los negocios.

Nuevas empresas mineras dejáronle fuertes beneficios; se hizo rentista de campanillas y gran accionista de casi todas las industrias que nacieron en los últimos quince años, y fué el iniciador de algunas de ellas, siendo la principal la «Sociedad de aceros laminados» vasto establecimiento de producción siderúrgica, donde millares de obreros sacaban el pan.

Tuvo un fracaso ruidoso en un ferrocarril que

se hizo contra viento y marea, porque D. Manuel se empeñó en que veía el negocio, y se obstinó tenazmente en que se hiciera, á pesar de la oposición y de la chacota de los detractores del pensamiento, que consideraban como un desatino la construcción de una línea por un páramo despojado donde no existían mercancías ni viajeros.

No dió, ni con mucho, los rendimientos que calculó Ranzade ante la junta de accionistas. Cundió el pánico; bajaron las acciones á un precio vil, y con este fracaso padecieron bastante la autoridad y los intereses de Ranzade, que, en su obcecación por esta empresa insensata, había tomado la mitad de las acciones, con la pasión ciega del jugador obstinado que tiene fe en una carta. Gracias á su sólida situación financiera, pudo resistir este descalabro sin que su crédito quedase sepultado bajo el enorme rimero de aquel papel infausto, de aquellas acciones que no representaban valor ninguno, y que eran el testimonio de su error y la mengua de su reputación. Llenóse pronto el hueco de este desastre, pues por puertas y ventanas se le entraban las ganancias que otros negocios le producían, pero quedaba abierta la herida de su amor propio. Más sentía él las mortificaciones que sufría su nombre y las cuchufletas que hacían á su costa los que combatieron la idea del ferrocarril fracasado que las pérdidas que había tenido en aquel desgraciado asunto, el que no consideraba

definitivamente perdido, abrigando esperanzas de resarcimiento y de triunfo á la larga.

Fuera de estas leves picaduras, inevitables en los vastos negocios, Ranzade era feliz. Se le respetaba y aun se le adulaba por fuera. Algunos intelectuales mofábanse de su tosquedad, y le ponían motes depresivos; pero, en general, se reconocía que sabía cuanto hay que saber para la función social que desempeñaba, y se hacía justicia á su actividad infatigable y á sus grandes iniciativas. Y en su vida privada tampoco tenía motivos de disgusto, antes al contrario, eran ratos de positivo deleite los pocos que le dejaban libre los negocios para pasarlos en medio de la familia, riendo con su carácter bonachón las travesuras de los niños, y dejándolos pacientemente trepar por encima de sus piernas y sus espaldas, como corzos alegres que suben el empinado montecillo.

Andrés, el primogénito, tenía un año más que su primo Pedro. Se criaron como dos hermanos, juntos en los juegos, juntos en los estudios y juntos en la mesa. Algunas veces reñían y llegaban á darse mutuamente buenos cachetes, pero no estaba en lo cierto D.^a Rafaela cuando, al dar cuenta á su marido del suceso, decía: «Pedro ha sido el primero; es muy malo».

No era, no, Pedro el primero en las agresiones. Su situación de recogido por caridad, de asilado en aquella casa, que le recordaba con frecuencia su

tía, y aún sus primos cuando con él reñían, hacíale circunspecto, aparte de que por su natural era pacífico. Pero tenía, como cada hijo de vecino, su alma en su armario y su geniecillo, y se rebelaba instintivamente contra las imposiciones brutales, y si el otro trataba de atropellarle, él le zumbaba. Los sentimientos de madre disculpan la parcialidad de D.^a Rafaela, pero nosotros debemos poner las cosas en su lugar para el debido orden y la puntual verdad de esta historia.

En cuanto á las dos niñas, se sabe que la mayor, Manuela, de la misma edad de Pedro, era una morena preciosa, un poco altanera ya desde niña, pues se había hecho cargo, sin duda, de la importante posición social de su padre y del lustre nobiliario de sus ascendientes maternos, y traía unos humos que ya, ya. Consuelo, la más joven, era una linda rubita como el oro, un dulce angelito que pudiera formar en la corte celestial sin descomponer el divino cuadro.

En los juegos de estas dos niñas veíase cuán distintos eran sus sentimientos y aficiones. Era Manuela una gobernadora impositiva, y siempre se había de jugar á lo que ella quisiese. Había de ser ella la protagonista siempre, y los demás, simples espectadores ó comparsas ó satélites suyos. Consuelo quería jugar á cocinitas, y era de ver su entusiasmo manejando cacerolas, sartenes, platos, aquel diminuto menaje de enseres como dedales,

poniendo la mesa con su mantelito, sus vasitos, sus cucharitas... Pues llegaba la otra y todo se lo tiraba, y que quieras que no, había que ir á donde ella tenía su cochecito, en el que se metía hecha una señorona, y, con una majestad imponente, mandaba que tirasen de él. Si no lo hacían, pateaba y lloraba hasta desgañitarse, y no había más remedio que llamar á un criado para que tirase del coche de la señorita. Con su hermano no se atrevía, porque al momento argumentaba con los puños. Con el primo era algo más imperativa, pero él no toleraba imposiciones por la tremenda, y le decía muy fresco: «no me da la gana». A Consuelo, como era más pequeña y más dócil, la dominaba y la traía como un zarandillo, aunque el primo se metía muchas veces por medio á defenderla y también á ayudarla, por no armar bronca, en muchos trabajos penosos que, por capricho de la despotilla morena, acometía.

Tan opuestas como en lo moral eran en lo físico estas dos niñas. Ambas eran bellas, pero eran dos tipos de belleza completamente distintos. De aquí tomaron pie los maldicientes para arrancar algunos girones de la honra de D. Manuel, poniendo en duda la común paternidad de dos tipos tan desemejantes. Con estas malévolas insinuaciones se mezclaba el nombre de un gentil capitán de artillería, un precioso mancebo de esos que son el ornato de nuestras calles y paseos, de esos que

emplean la vacuidad de su ociosa vida en amorosos ataques y en poner sitio á la virtud, en bloquear la honestidad. Mas, en este caso, como en tantos otros, no había sino una abominable calumnia, nacida en pechos ruines y envidiosos de la felicidad del Sr. Ranzade. La mala intención de la gente, que tiene instintos perversos, y el haber visto al bello hijo de Marte en el jardín del hotel, bastaron para forjar la horrible bola de cieno con la que querían perturbar un hogar limpio y tranquilo. Luego se supo que el militar andaba en trapicheos con una doncella que estaba al servicio del Sr. Ranzade, y la opinión sana rectificó los juicios temerarios que había hecho sobre una familia honrada.

Esos rumores de adulterio llegaron á D.^a Rafaela y la hicieron verter lágrimas de sangre. Era infame aquello. No; ella estaba limpia del pecado. El orgullo de su raza la mantenía en la fidelidad. No amaba á Ranzade, no podía amar á aquel hombre inferior, de baja extracción, alma de cántaro; pero le admitía en el lecho, aceptando resignada el sacrificio, manteniéndose pura, virtuosa, conforme á la recomendación que la hiciera su padre al dejarla en el mundo representando el honor inmaculado de su familia, la limpia historia de los Abellas, y la amenazó con la ira de Dios si la manchaba con sus liviandades.

El hotel donde moraba esta respetable familia,

el palacete que tomó Ranzade cuando se separó de su hermana, sufrió notables modificaciones. Si al principio era capaz para el matrimonio, luego resultó estrecho con el advenimiento de los tres hijos y del sobrino Pedro, más la caterva de criados, niñeras, amas, cocheros y demás servidumbre inherente al desarrollo de la familia y fortuna de D. Manuel Ranzade.

Era uno de esos hotelitos de escayola que el mal gusto de la época levanta en los barrios extremos de las poblaciones ricas, verdadero capricho de una arquitectura impotente, vacilante entre todos los estilos, sin saber á qué carta quedarse, todo muy chico, muy lamido, sin poseer el sentimiento y la valentía de la línea, sin expresar ningún carácter, ninguna idea de belleza, ni de comodidad, ni de nada. Rodeaba á este menguado edificio un jardinillo tamaño como una sabana, con sus yerbajos macilentos, sus florecillas descoloridas y sus arbolitos como plantas de ortigas, que hacían de aquel paraje una lamentable caricatura del campo. Pues si feo era al principio, más feo quedó luego con las modificaciones introducidas. Se adosó un nuevo edificio al antiguo, casi tan grande como él, y parecía que se habían agarrado en fiera lucha y se mordían y estrujaban con odio infinito al verse juntos y tan feos. Pero, en fin, se rompieron tabiques, se ensancharon habitaciones, y ya allí pudo moverse con algún desahogo la numero-

sa familia. Sendas paredes separaban al hotel de los hoteles vecinos, que allá se iban en belleza y comodidad con el de Ranzade, al cual se llegaba, después de pasar la verja cubierta de hojarasca, y tres metros de jardín, por una diminuta gradería terminada en un ridículo portiquillo griego que daba acceso á la escalera de los pisos superiores y á las habitaciones del entresuelo. En ambos lados de la gradería formaba el edificio dos salientes cuadrados, á modo de centinelas puestos allí para dar honor, ó mas bien, para defender de merecidos ataques al deplorable portiquillo. En el entresuelo estaban las cocinas y el comedor, en el primer piso los dormitorios y un saloncillo que cogía el centro de la fachada con un balcón sustentado sobre el pórtico. Y remataba este aborto de arquitectura senil un segundo piso, bajo de techo, con ventanas como troneras, caídas á lo largo, como si les faltara valor para ponerse en pie y escalar el aire libre. En este piso estaban los cuartos de los criados. Andando el tiempo, como los negocios de D. Manuel fueron múltiples y complicados, pues realizó el proyecto que venía acariciando, es á saber, hacerse naviero, adquiriendo ocho magníficos vapores de 2.500 toneladas para la exportación de minerales, se decidió á montar una oficina en regla, y utilizó las dos habitaciones salientes del piso bajo, poniendo en una las oficinas de los dependientes y en otra su despacho, desde el cual

dirigía con sumo acierto el gran tinglado de sus negocios. Allí conocimos al Sr. Ranzade y allí nos vino la tentación de indagar el pasado y observar el presente de esta familia, que, en nuestro concepto, bajo el punto de vista sociológico, es la expresión económica y moral de una época.

VII

Hubo sus vacilaciones sobre á cual colegio convenía enviar á los dos niños. D.^a Rafaela y el padre Artola (de quien luego se hablará por extenso) optaban por un colegio de padres jesuitas, pero Ranzade prefería que fuesen al extranjero con objeto de que aprendiesen lenguas cuya utilidad comprendió desde que sus vapores empezaron á ir por esos mundos del comercio internacional.

«Conviene --decía-- conviene que estudien fuera, que aprendan idiomas. Hoy todos los negocios se tratan en inglés ó francés... Esta lengua nuestra será muy hermosa y todo lo que ustedes quieren, pero con ella no se vende una tonelada de mineral... No hay que hacerse ilusiones, y dejemos que los muchachos aprendan algo práctico...»

Prevalció esta idea, aunque no era muy grata á D. Santos Artola, ni á la señora que se apenaba ante un largo apartamiento de su hijo. Pero ello es que los dos primos estuvieron cinco años en un

acreditado colegio de Zurich, donde se practicaba un sabio método de educación, enseñando de todo á los muchachos sin mortificarles con el estudio enfadoso y rutinario de otros centros.

Durante aquellos cinco años, no había echado de menos Pedro la casa de sus tíos, en la que nunca llegó á sentir el calor del hogar, la atracción de las afecciones verdaderas. Se hallaba á gusto en el colegio; no sentía allí el frío de la indiferencia hostil, del desamor, de las vejaciones más ó menos encubiertas. Se había adaptado muy bien á aquel centro del cosmopolitismo juvenil. La alegre fraternidad de los estudiantes llegados de todos los países le seducía. Hubiera querido vivir siempre así en aquella comunidad estudiosa, tolerante, llena de animación, sin más jerarquías que las del saber aplicado, en aquella mutualidad de afectos libres, desinteresados, de simpatías espontáneas, bajo aquel régimen de igualdad, donde la libertad no tenía otros límites que los que imponían los fines de la institución. Dejó con pena aquel lugar de sus primeras alegrías, de sus primeros ensueños, la patria clásica de las libertades, la verdadera patria de su alma, pues allí sintió sus primeros aleteos en el tránsito de la niñez á la pubertad, allí vio la luz su espíritu, allí se reveló su pensamiento, su conciencia de hombre, allí tornóse en mariposa la crisálida y voló libremente por los campos perfumados del ideal y nutrió á su mente de las espe-

ranzas más grandes, de las ilusiones más bellas, que pueden germinar en un corazón joven y generoso. Al volver á casa de sus tíos, sentía una vaga inquietud. Conservaba recuerdos varios, algunos gratos, penosos los más, una impresión incoherente de antipatía hacía casi todo lo de aquella casa, en la que presentía una hostilidad implacable. Sólo la imagen de la angélica Consuelo echaba alguna luz sobre las densas sombras que los recuerdos de su pasado y los presentimientos de su porvenir llevaban á su alma. Recibióle Consuelo con una alegría que Pedro estimó como absolutamente sincera, ahuyentando sus sombríos temores y la tristeza que antes le dominara. Fué la sonrisa de la dulce niña luz viva que se reflejó en todo. Y lo que antes se vestía de tristeza, vistióse de alegría, y encontró simpática la casa y atractivos sus moradores, y no paró mientes en que su tía le abrazaba, al tornar de tan largo viaje, con abrazo despedido, como si abrazara á un muerto.

Venían los dos primos hechos unos pollos, produciendo su llegada mucha alegría y alboroto en la casa. D.^a Rafaela se lanzó materialmente sobre su hijo, le abrazó con grandes expresiones de ternura, le besuqueó hasta hartarse, y, con lágrimas de contento, celebró el naciente bigotillo del señorito. D. Manuel no hizo grandes extremos de ternura, pues no era ese su natural. Les abrazó dándoles unas palmadas en las espaldas, y les preguntó si

habían aprendido bien las lenguas, contabilidad, matemáticas y otras cosas de «vital interés» que les servirían para ser hombres mañana... «Ahora á descansar todo el verano (esto era en junio) y luego vuelta al estudio, á trabajar, á hacerse hombres... Porque habéis de saber que las cosas se están poniendo muy malas, que ya no se gana como antes, y no se vive de bóbilis, sino que hay que apencar de firme y sacar á pulso el pan de cada día... El que no mira adelante atrás se queda... Hay que trabajar, trabajar, muchachos, y sólo por el trabajo se llega á todas partes... Más sabe el diablo por viejo que por diablo, y yo que soy perro viejo y sé mucho de los tiquismiquis de la vida, puedo daros un consejo *síncero*: que trabajéis de firme porque no hay atajo sin trabajo, y para salir adelante hay que sudar la gota gorda... Ea, á descansar, y lo dicho.»

D. Manuel era muy refranero, y poseía un vasto repertorio de frases hechas que le servían para salir del paso y llenar las lagunas de su torpe oratoria. No pudo comprender la parte práctica de la literatura, á la que desdeñaba como cosa frívola, sin alcanzársele que la expresión fácil y adecuada le hubiera ayudado mucho en sus negocios. Si hubiera vislumbrado el aspecto utilitario del arte del lenguaje, es de creer, dada su voluntad y buen talento, que habría logrado soltura y elegancia en la dicción, pero veía que todas las gentes ociosas é

inútiles saben hablar bien, y de aquí infirió que el arte de bien decir es cosa inútil, y abominaba de los habladores que, según una de sus más profundas frases, son «flores sin olor».

VIII

Retiráronse los jóvenes á sus cuartos para entregarse al lavoteo consiguiente al largo viaje. Y Pedro, allí á solas, reflexionaba sobre su situación. Todos aquellos muebles, aquellas paredes, aquella ventana, el jardinillo, todo le traía remembranzas de su pasado infantil, recuerdos de desdenes, de durzas de madrastra. Volvíasele á congelar el alma, que ha poco se templara con la visión plácida de Consuelo; volvía á sentir el frío de aquel hogar prestado, y recordó, como un bien perdido, la vida del colegio, entre aquella humanidad sin penas ni rencores, corriendo libremente por los campos y durmiendo en paz bajo aquel techo blanco donde moraba la igualdad y la alegría. Y renacieron los sombríos temores, y acometiéronle tentaciones de recobrar la libertad perdida, de huir á la ventura por el mundo.

Más de una vez había reflexionado sobre el por qué de no sentir él otro afecto en aquella casa que el de Consuelo. Y ahondaba en su alma; buscaba sus odios para lanzarlos fuera; no quería

odiar á nadie ni á nada; y, sin embargo, odiaba. Devanábase los sesos con estas cosas. Hubo momentos en que creyó tener la clave del conflicto que se libraba en su alma: es que era malo; aquellos arrebatos de enérgica protesta que salían del fondo de su alma contra ciertas ideas, instituciones y personas, no eran otra cosa que la expresión de su perversidad, puesto que todo el mundo, ó casi todo, pensaba de distinta manera, y no iba á tener él razón contra todos. Eso no. El era un insensato, un malhallado con el mundo, un necio, y se afirmaba más en esto, en que era un ruin perverso, por el despego, repulsión casi, que sentía hacia sus tíos. En vano trataba de engendrar en su alma el sentimiento de amorosa gratitud por tanto como les debía. Sin ellos, se hubiera visto abandonado en sus primeros años, hubiera muerto en la miseria, ó en la vida degradante de la ignorancia ó del crimen, que es la más terrible de las muertes. Les debía la vida física y la vida espiritual; le mantuvieron y le educaron sin tacañerías, con la esplendidez de un príncipe, como á su propio hijo. Esto lo sabía él bien, y por eso sufría crueles angustias cuando pedía á su alma ternura y gratitud para sus bienhechores sin que el alma correspondiese á sus anhelos. Porque no quería hipocresías, no quería ternuras violentas, sino que salieran de dentro; mas, en vano ¡oh, triste! no salían. ¿Es que era un condenado de la tierra á quien no le está permiti-

do el don precioso de la ternura, del amor, de la gratitud? ¿Era un descastado, un ingrato, que olvidaba los favores recibidos? Se acongojaba atrozmente con estas reflexiones, é invocaba el recuerdo ideal de su madre muerta como asidero supremo en su naufragio, y se desbordaban sus ojos en lágrimas y su corazón en ternuras con la memoria idolatrada de la madre, que no conoció, formándola con el ideal del misterio más amante, más grande, que si la hubiera conocido. Y á la sola invocación de su madre amorosa, sentíase consolado, como si gozara de la realidad de sus caricias; huía la congoja de su espíritu; desaparecía la sensación penosa de su perversidad. ¡Ah, sí! Algo tenía dentro, algo puro y noble. Y si no ¿cómo se sentía hondamente conmovido y derramaba dolorosas lágrimas ante los niños desamparados, la ancianidad desvalida, la cuna vacía por la muerte, la miseria de los pobres, el sufrimiento de los ricos, el dolor humano en todas sus formas? ¿Por qué se irritaba en presencia del atropello, de la injusticia, de la tiranía, de la mentira, de la hipocresía, del vicio, de la violación del derecho, de la brutal imposición del fuerte, de la debilidad maltratada, de la moral escarnecida y de la razón atropellada? Se tranquilizaba con esto; pero siempre quedaba como una aguja para punzar las fibras más sensibles de su corazón, el sentimiento de antipatía, de repulsión á sus tíos. No veía que la persistencia de

esa misma preocupación significaba la negación de lo que él llamaba su perversidad, que este anhelo de huir de la ingratitud y del desamor era el grito con que su alma hacía constar que allí, en lo hondo de su sér, estaban agazapados esos bellos sentimientos, y que no toleraban que se pusiera en duda su existencia. No veía que si no amaba á sus tíos, de quienes tantas mercedes recibiera, no consistía en la falta de voluntad ni de fondo de tierno amor, sino en causas que irá viendo quien leyere hasta el fin.

IX

Presentáronse luego los jóvenes, ya aliñados y elegantones. No se cansaba D.^a Rafaela de mirar á su hijo tan guapo, tan gallardo, porque venía gordo y colorado, y con unas espaldas como un frontón.

No había aprovechado todo lo que fuera de desear los estudios, al decir de los directores del colegio, quizás demasiado exigentes y demasiado celosos del buen nombre de su establecimiento; pero, en cambio, había sacado gran partido de la alimentación y del libre correr por los campos suizos. Pedro venía pálido y flacucho, aunque no enfermizo, pues la mirada y el semblante todo expresaban cierta natural armonía del organismo en buen uso. Como fino y delicado, si, lo era; el mirar tranquilo, como del que no ha pecado; los movi-

mientos libres y desenvueltos, sin afectación; el cuerpo alto y derecho; la frente ancha, y sobre su blanco mate parecía más negro su negro cabello.

Contemplaba Ranzade con su bonachona calma á los dos muchachos, que bosquejaban ya dos hombres, en particular, Andrés que estaba hecho un mocetón fornido. Pensaba D. Manuel que aquel su hijo estaba llamado á continuar su obra, que sería el sucesor que mañana dirigiría sus vastos negocios. Y quiso ver los resultados prácticos del colegio, mostrándole una carta en inglés, que el joven leyó de corrido con una traducción fácil y correcta, con lo cual el padre colmóse de contento y la madre quedó entusiasmada de los talentos de su hijo.

Por la tarde fueron presentados los muchachos á muchos señores de viso, que, unos por puro pasatiempo y otros á negocios, acudían á casa de Ranzade. También los saludó muy afectuosamente D. Santos Artola, el cura distinguido, que, sin ser jesuita, tenía grandes conexiones y estrecha amistad con los padres de la Compañía. Era un buen tipo, hombre fino, pulcro, elegante, ameno, un intelectual tocado de humildad, que no desdeñaba el hablar con las señoras de las cosas más triviales, el ilustrarlas en sus consultas, el aconsejarlas bondadosamente, sin pizca de imposición ni desabridéz. Subyugaba á las devotas por sus virtudes y sus talentos.

Porque si en la conversación familiar era aménisimo y dulce, en la oratoria sagrada llegaba á los extremos de la inspiración y de la elocuente piedad. Predicaba sólo cuando repicaban gordo, y eran memorables sus sermones. Preparábalos con exquisito arte, en períodos ordenados de forma impecable, que lanzaba con su voz bien sonante desde aquellos púlpitos ocupados de ordinario por predicadores pedestres, de la abundante familia de los Gerundios.

Pasaba este sacerdote por un verdadero sabio; era socio correspondiente de varias doctas academias, autor de una historia de los Concilios y colaborador muy solicitado de todas las publicaciones católicas. Le comparaban con Balmes los que no le conocían bien ó los que no conocían á Balmes. Era en su trato sumamente llano y simpático, y sabía contener en las puertas de sus ojos la soberbia que corría por debajo de su llaneza. Era agudo de espíritu, poseía el don de hacerse cargo al vuelo y un arte singular para colocarse en el terreno de las personas con quienes trataba, y hacerse grato. Veíase agasajado por lo más respetable de la población; las damas elegantes gustaban el dulce yugo de sus consejos, sus pláticas amenas, donde ponía las mieles de una galante benevolencia.

Hacía grandes recaladas en casa de los Ranzade donde era acogido con singular cariño, sobre

todo por la señora, que le tenía en gran estima, y se consideraba honradísima con la predilección que mostraba por su casa. Mas Artola no iba á ninguna parte á perder el tiempo, y no dedicaba á las señoras mas espacio que el que la cortesía demandaba, y se iba derecho al grano, que allí era el marido, el jumento millonario que había que conquistar. Respetaba D. Manuel á los curas y los oía un rato con gusto, si hablaban de él y encomiaban sus méritos y la virtud de su obra; pero, gentes que nunca tenían prisa, le hacían perder mucho tiempo, y, al cabo, le enfadaban. No le interesaba su conversación cuando recaía en las cosas eclesiásticas ó en la charla vulgar del cambio del tiempo, de los sucesos de actualidad trivial, de las funciones religiosas, de los progresos de la impiedad. No hizo caso al principio de Artola, creyéndole uno de tantos, pero este hilaba mas delgado, y echó por tierra el escepticismo de Ranzade sobre el saber de los curas, exponiéndole ideas y opiniones muy atinadas acerca de las causas de la paralización de los negocios, el por qué de la baja en los minerales y en los fletes, el origen de las fluctuaciones del mercado siderúrgico y la posibilidad de una próxima alza merced á un ferrocarril que se proyectaba en las vastas llanuras asiáticas, el cual absorbería más de tres millones de toneladas, entre material fijo y móvil.

Conocía también perfectamente el movimiento

de los fondos. El consolidado inglés había subido á 112, y ya se hablaba en la Cámara de los Comunes de una conversión para reducir el interés y buscar la par. El 3 por 100 francés subió asimismo. Una fuerte demanda en los cobres para las nuevas aplicaciones eléctricas había animado en la Bolsa de París la cotización de las acciones de Río Tinto, y aconsejó á Ranzade la adquisición de estos valores, que tenían un porvenir brillante. Por inspiración suya vendió una buena porción de Cubas á los primeros chispazos de la rebelión de la colonia, y no tuvo que arrepentirse de la venta. Por todo ello, tenía Artola gran ascendiente sobre Ranzade. Sólo había una cuestión en la que éste no estaba conforme con el cura: el peligro del socialismo. «¡Ah! no es una obsesión mía, D. Manuel, no... ¡Ojalá lo fuera!... Es una realidad que aquí no ha llegado apenas, pero llegará... Hay una marcada tendencia en estos tiempos hacia la rebelión, hacia la indisciplina social, y ese es un síntoma alarmante, de gravísimas consecuencias, si no se le ataja el paso. El socialismo habla á los apetitos del pueblo, y éste responde; alienta las coaliciones obreras enfrente del capital; perturba la producción, detiene el movimiento industrial, instaura un verdadero estado de guerra en los pueblos, despierta el espíritu de insubordinación en las masas... El mal se combate fácilmente en los comienzos... Yo entiendo que se impone una acción común de

los gobiernos para estirparle de raíz con una vigorosa persecución... Esos principios van contra la religión, contra la propiedad y contra la familia, es decir, contra los fundamentos sociales, y creo que son éstos bienes preciosos para cuya defensa no debe la sociedad tener escrúpulos, ni reparar en medios...»

A pesar de todo, á Ranzade no le inquietaba gran cosa ese peligro. No veía claro. Tenía el sentimiento de que sólo las cosas lógicas y naturales son hacederas, que las utopías son fatalmente irrealizables, y que, por tanto, no ofrecen peligro ninguno, porque sólo lo lógico es práctico y está llamado á realizarse. Y él no entendía muy bien eso del socialismo, pero, por lo que había oído, comprendía que era una locura que no cabía en cabeza sana. D. Santos le aseguraba que son unas ideas sólo defendidas por vagos y viciosos, gentes demoralizadas, que quieren vivir sin trabajar, pidiendo el reparto y la destrucción de todo lo existente. A lo que replicaba D. Manuel, con su habitual lógica, que en ese caso no eran temibles, porque todo lo que es exagerado es insignificante. No gustaba Ranzade luchar con fantasmas; su espíritu práctico pedía realidades concretas. No veía en el socialismo sino un peligro de imaginación. Considerábase como un extravío aislado de gentes ociosas ó perturbadas, como un absurdo que no podía prosperar sin trocarse el orden natural que rige á

las cosas, lo cual es imposible.—«Sobre todo—terminaba—yo no se si con el tiempo será ó no será un peligro; hoy no lo es, y no vale la pena de preocuparse...»

—¡Es que luego será tarde!—exclamaba Artola.

Este abandono inconsciente, esta ignorancia del peligro, desesperaba á D. Santos. Sabía él muy bien que Ranzade, como la clase toda, no veía más realidad que la que palpaba, que carecía de la visión de las grandes perspectivas históricas, que no sentía la marcha sorda de la sociedad hacia otras formas. En el torbellino de su actividad frenética, absorbido en el bullicioso vaivén de sus negocios, no se daba cuenta más que de la realidad viva, tangible, del presente, cerrándosele todo horizonte que sale fuera del círculo reducido de la realidad palpable, del hecho vivo, mero eslabón de la infinita cadena de la evolución general. No le importaba ni comprendía más que la fase actual del proceso histórico, en la cual era él el protagonista, el colaborador principal, reconcentrando toda su acción y todo su pensamiento en la realización concreta é inconsciente de su misión histórica, sin vislumbrar los antecedentes ni preocuparse de los efectos de su obra, desempeñando su función mecánica con la misma inconsciencia con que los órganos internos del cuerpo humano cumplen su gran labor por acciones reflejas, sin cui-

darse de los efectos ni de la existencia del todo.

Contra este fatalismo de perdición se revelaba el P. Artola. Le irritaba la ceguera del zángano entregado á su obra con todas sus potencias, abandonándose negligente á un optimismo mortal, ofuscado por la plenitud de la vida que aleja el temor y hasta la sospecha de la muerte. «Tampoco la aristocracia del siglo XVIII—pensaba el P. Artola—sintió los pasos de la revolución que se acercaba mientras ella dormía confiada. También los nobles fueron sorprendidos por aquel movimiento que venía elaborándose de largo tiempo atrás... La misma negligencia que ahora, la misma ceguera, el mismo fatal abandono, como si el instinto de las clases reconociera que lo que tiene que ser será necesariamente... Pero el determinismo histórico no es una verdad absoluta, y cabe que la acción humana modifique la dirección fatal de las cosas entregadas á su libre tendencia... Una presión vigorosa sobre los hechos del presente desvía las corrientes y prepara un porvenir distinto... Hay que insistir sobre esto... La acción coercitiva del gobierno y de las leyes puede cambiar el curso de las cosas... La Iglesia, que tiene la experiencia de los siglos, ve claro y da el grito de alarma para que se oponga un dique á la revolución nueva que avanza y que acabará con los mermados intereses y los restos de poder que pudo salvar de la revolución anterior... Cada con-

cesión á la libertad es un paso hacia la revolución... Hay que oponerse con todas las fuerzas á la expansión de la libertad, que es el principio de la rebeldía... Pero esta clase que hoy gobierna, nacida de esa misma revolución volteriana, trae un pecado original imborrable, la falta de fé, la ausencia de sumisión á la Iglesia, y por eso nuestra obra es ingrata, porque luchamos con el vacío de la incredulidad, de la indiferencia escéptica de esta clase que perdió todos los respetos al sublevarse contra los poderes seculares, y tiene el instinto de la libertad... Más por muy adverso que sea el ambiente para nuestros designios, no es lícito que nos abandonemos al fatalismo. Nuestra Iglesia tiene un sentimiento enérgico de la necesidad de su existencia, afirma con vigor su voluntad de vivir. No es una clase adormecida en una labor parcial de la historia, moviéndose por acciones reflejas, y resignada á desaparecer cuando su misión concluya... No, la Iglesia tiene conciencia clara de su existencia y de su misión permanente, y no se resigna á morir como estos bárbaros... Pero, en fin, hay que tomarlos como son, y sacar de ellos el mejor partido posible para la mayor gloria y firmeza de nuestra gran institución...»

Este era el pensamiento del P. Artola, y de él se derivaba toda su táctica. Se había entregado con pasión á la defensa de una causa que creía grande y digna de sus energías, y á ella dedica-

ba todo su talento y todas sus acciones, con una constancia y un entusiasmo verdaderamente apostólicos. Cargaba sobre Ranzade y otros que tal para dominarlos y hacer que cooperasen indirectamente en favor de los intereses y de la táctica social de la Iglesia, amedrentándoles con la visión de los excesos revolucionarios para provocar reacciones saludables contra las tendencias de libertad del siglo. Insistía con D. Manuel sobre el tema amenazador del socialismo bárbaro. Temíalo todo de la insubordinación del pueblo, al cual se dirigían los socialistas excitando su ambición y sus apetitos, resorte de una eficacia maligna que concita á las masas, empujándolas á la revolución, á la protesta contra el rico, á la rebelión contra el orden existente. Presentábale el ejemplo de otras naciones, Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, Bélgica, donde el socialismo era una perturbación para la industria y una preocupación para los gobiernos, que no atinaban con los medios de combatirle, por un mal entendido escrúpulo hacia la libertad. Y añadía: «Aquí vendrá lo mismo... Es la plaga que se extiende por todas partes... Urge adoptar medidas preventivas radicales... Ustedes, los que tienen más que perder, deben poner en juego su influencia, inclinando á los gobiernos á tomar esas medidas, pues va en ello sus intereses y los de la sociedad entera, amenazada por este moderno vandalismo... Lo aconseja el instinto de conservación...»

A Ranzade el instinto de conservación no le aconsejaba nada, y veía esas medidas tan fuera del orden natural de las cosas como la realización del fatídico socialismo de que hablaba Artola.

Acababa D. Manuel por fatigarse de oír hablar de esto, que le resultaba de una importunidad enojosa, y pasaba á otros asuntos «más prácticos,» de «más vital interés», según él decía. Hablábale entonces Artola de asuntos mil, que aunque á él no le importaban gran cosa, sabía que eran gratos, de «vital interés» para el otro.

En lo del ferrocarril fracasado, púsose D. Santos desde un principio de parte de Ranzade, y después del fracaso explicó bonitamente las causas que le motivaron, que en manera alguna demostraban nada contra la pericia y el buen ojo de D. Manuel, y creía firmemente (así lo decía al menos) que más tarde ó más temprano, el negocio resultaría, sobre todo, si se hacían los dos ramales complementarios que ideó Ranzade, los que darían, sin duda, buen contingente de carga y viajeros, asegurando la vida á la empresa.

Tenía sobrado arte D. Santos para huir de la adulación vulgar; no hacía sino presentar con su buen talento los méritos de Ranzade, revistiéndolos de bellas expresiones, pero dejando la justicia seca en el fondo. Ninguno como él supo hacer justicia á las grandes aptitudes del ilustre minero. El entendía de todo, de todo hablaba con conoci-

miento de causa, y de esta suerte tenía subyugado á D. Manuel, porque no era como tantos otros curas que venían á casa y le enfadaban con su charla insustancial, pues de nada entendían fuera de novenas y funciones piadosas. Ranzade los recibía bien, sí, porque entendía que las cosas de la Iglesia son muy convenientes y se deben respetar, pero le aburría la ñoñez de su conversación y se los endosaba á su esposa que estaba en sus glorias en medio de ellos.

X

La música, según D. Manuel Ranzade, es un ruido que hay que soportar con paciencia, como tantos otros caprichos tontos de la gente frívola y ociosa. No eran las bellas artes cosas de «vital interés» para él, sino simples pasatiempos, y no le remordía la conciencia por haber robado un cuarto de hora á sus asuntos para perderle en esas niñerías. Alguna vez que fué á la ópera con su mujer y sus hijas, se aburrió horrorosamente, y salió echando pestes de tanta cantata y tanto amorío y tanta pamplina, y todo en una lengua que no se entendía. El «verso» le gustaba más, pero nunca logró ver una función entera, pues en la mitad le invadía un sueño invencible. Luego le referían las niñas «en qué había parado aquello» y quedaba el hombre tan satisfecho.

Había adquirido algunos cuadros de valor, porque entendía que eran precisos para «adornar la casa», y confesaba que él no había encontrado «ese mérito que dicen», pero que sí, que eran «bonitos». Los placeres sinceros los hallaba él en la estética de los negocios, y de tal manera se aburría fuera de esto, que, á veces, en el paseo ó en el teatro, dejaba á su familia para ir á un grupo de negociantes, ó á donde estaba el corredor X, á hablar de minerales, de vapores, de cotización de valores ó de cualquiera de las cuestiones «de vital interés» que llenaban su existencia. Pero de todos los vanos pasatiempos, el de la música era el que le enojaba más. No veía la utilidad de hacer ruido, cuando el ruido es tan molesto, así que fué heroico el trabajo que hicieron las dos niñas para conquistarle á fin de que les comprase un piano; pero D. Manuel era lo que se llama un padrazo; rindióse al asedio, y hubo piano, y no un piano como quiera, sino todo un señor piano, porque él no hacía las cosas á medias, y ya, puesto á gastar, sabía echar la casa por la ventana como el más rumboso. Luego se arrepintió de haber sido tan espléndido, cuando oyó al armatoste aquél que sonaba como un trueno... ¡Diablo de niñas! ¡Qué manera de aporrear! No dejaban vivir á nadie. Pedro aprendió á tocar en el colegio de Zurich, y conocía multitud de piezas, sonatas, baladas y aun algunas de las grandes sinfonías de Beethoven y trozos de las óperas wagne-

rianas. Todo el santo día se pasaban los jóvenes martirizando al piano, y, lo que es más lamentable, al desventurado Ranzade á quien llenaba de ira tanta tocata, y se desahogaba dando un portazo en el despacho donde se refugiaba huyendo del ruido, pero en vano, porque el piano estaba en el saloncillo del primer piso, que caía casi encima del despacho, y le sentía como si le tuviera propiamente encima de la cabeza, de aquella gran cabeza, que, allí, entre las cuatro paredes de aquel despacho sin lujos ni bambollas, forjaba negocios, barajaba millones, combinaba la danza de sus burques por los mares dilatados, planes complicadísimos y peliagudos que salían de su magín como de una cascada, y los recogía Vicuña, el puntualísimo é inteligente Vicuña, el hombre de confianza y hasta consejero del Sr. Ranzade. Pues este Vicuña recogía con atención suma las órdenes del jefe, hacía las observaciones que eran del caso, siempre muy atinadas y respetuosas, las que no echaba el otro en saco roto, pues sabía que Vicuña no era «manco», y por no hacerle caso erró algunos negocios, por ejemplo, un desdichado viaje al Báltico que acababa de hacer el *San José*, su mejor barco, en el que apenas se habían cubierto los gastos, cuando de haber seguido las indicaciones de Vicuña hubiera hecho el siguiente soberbio viaje: de Bilbao á Newcastle con mineral á ocho chelines, de Newcastle á Nueva Orleans con car-

bón á quince chelines, y retorno seguro de algodón y duelas para Barcelona á diez dollars; total, que el viaje redondo, tres meses, hubiera dado un sobordo de treinta mil duros, limpios de polvo y paja. «¡Habas contadas!» decía Ranzade con amargura. Por estas cosas, D. Manuel tenía en gran estima á Vicuña, y le pagaba espléndidamente, pues como él decía: «un hombre así es un descanso grande para mí, y al que trabaja hay que pagarle».

Vicuña dirigía el escritorio de Ranzade, él daba instrucciones bien claras y precisas á los dependientes que escribían la correspondencia española y extranjera, él repasaba cuidadosamente todas las cartas antes de llevarlas á la firma de D. Manuel, y aún escribía por sí mismo las que tuvieran especial importancia; él redactaba los telegramas que diariamente se ponían para las ofertas de mineral, los contratos de fletamento, la compra y venta de valores en las Bolsas de Madrid, París y Londres; él vigilaba asimismo la buena marcha de la contabilidad de «la casa» que en enormes libros se encerraba; inspeccionando también el buen orden de los asientos en el Diario y el Mayor y los arqueos de Caja; era, en fin, el discreto Vicuña la mano derecha de D. Manuel Ranzade.

Pues vamos al caso. Lo del piano viene aquí á cuento, porque se ha de saber que un día, allá en el mes de julio, hallábanse en el comedor del piso

bajo D.^a Rafaela, el padre Artola y otra distinguida señora de las más encopetadas y opulentas de la localidad, la que rivalizaba con la de Ranzade en piedad dadivosa.

—La caridad no ha de ser ciega—decía don Santos—Es preciso mirar antes si son ó no dignos de ella aquellos á quienes se va á favorecer. Hace falta en esto un tacto exquisito; ustedes, señoras, se dejan llevar muchas veces de la nobilísima tendencia de su alma y cooperan inconscientemente á la obra de Satanás ayudando á gentes indignas.»

No se sabe si por conveniencia de la oratoria ó para dominar el ruido del piano, que sonaba arriba como un condenado, D. Santos elevó la voz al continuar su discurso.

--Señoras mías, al dar á ustedes Dios las riquezas, no lo hace sin algunas condiciones. Me complazco en reconocer que, por lo general, hacen ustedes el mejor uso de ellas, demostrando su celo religioso; pero es cierto también que en muchas ocasiones, se dejan arrastrar por sus sentimientos, socorriendo á enemigos de la Iglesia, á hombres impíos, que llegan á la miseria por sus pecados. Les recomiendo que obren con la mayor prudencia; aconséjense de hombres expertos, de sabios sacerdotes, de virtuosos miembros de la Iglesia de Dios, y no escuchen los lastimosos relatos de falsas miserias, ó merecidas, por lo co-

mún, si son ciertas. El castigo de Dios Todopoderoso se manifiesta á veces en las aflicciones de la miseria de ciertas gentes, y ustedes al remediarlas, van evidentemente contra la voluntad de Dios, sin saberlo... Y dicho sea en elogio de la bondad de sus corazones nobles y del candor de sus almas que no sospechan de quien llega á explotarlas con necias historias.»

Oían las señoras esta dulce plática, llenas de interés, pero algunas de las palabras fueron ahogadas por el incesante tocar de arriba. Unas manos que parecían expertas y muy encariñadas con la tocata, lanzaba los armoniosos sonos de la *Marcha Nupcial* de Wagner, y dale, y vuelta á empezar, y repitamos esto, y luego lo otro.

—Ayer ví el altar que ha hecho usted en San Luís—dijo el padre Artola, dirigiéndose á D.^a Rafaela.—¿Usted no le ha visto, señora?—preguntó á la otra.

—No, pero me han hablado de él... Dicen que es bonito...

—¡Oh! Es magnífico; soberbia obra de talla que deja atrás á las mejores de nuestras grandiosas catedrales...

—¡Pero qué ruido! ¡Esto es intolerable!—exclamó la de Ranzade, que temió que la otra señora no hubiera oído bien el lisonjero juicio del padre Artola acerca de su última obra piadosa

—Entonces ese altar supera al que hice yo en

las Esclavas del Corazón... Es mejor sin duda...

—¡Oh! Aquella es también una gran obra... Hay allí magnificencia... es hermoso ciertamente. Pero este de D.^a Rafaela es ante todo, aparte de su riqueza, que la tiene indudablemente, una maravillosa obra de arte... Basta esa obra por sí sola para ponderar la piedad y el buen gusto de usted, doña Rafaela... Es lo más rico, lo más hermoso que se ha hecho aquí... Realmente hermoso...»

Este final no lo oyeron bien las piadosas damas, porque un fuerte del piano cubrió la voz de D. Santos. Fuese la de Ranzade llena de cólera hacia el hueco de la escalera que allí cerca estaba, y gritó á una criada que barría en el primer piso.

—¡Francisca!.. ¿Quién diablo está tocando?

—El señorito Pedro—contestó la criada desde arriba.

—Pues dígale ahora mismo al «señorito Pedro» que no toque más, que el piano no se ha traído para él... ¡Vaya una lata!.. ¡No faltaba más!..»

Llevó la criada la imperiosa misiva, que no sabemos cómo cayó; pero si sabemos que la *Marcha Nupcial*, que iba entonces por lo más solemne y majestuoso, se cortó de pronto, y las teclas dieron unos como gemidos desafinados y tristes, semejantes á lamentos de ave herida.

Y el ave herida se emberrenchinó, porque llovía sobre mojado, como que la tía aprovechaba

todas las ocasiones en que el muchacho se deslizaba un punto para mortificarle diciéndole que era un «don nadie», que «aquí todos queremos ser unos» y que «aunque se pasara la vida besando los zancajos á su tío no le agradecería bastante lo que le debía».

Aquellas mortificaciones llegaban á lo hondo á Pedro y fueron parte á imprimir en su carácter la melancólica tristeza que le dominaba, dando á sus 18 años la seriedad que sólo los 30 suelen traer al común de los hombres.

A la hora de la comida faltaba Pedro; se le buscó y se le halló en su cuarto con el semblante aturbonado; manifestó que no tenía ganas de comer.

¡Bah!—dijo D.^a Rafaela—se habrá enfadado el «señorito» por lo del piano... ¡Jesús, que penal.. Si se enfada y no come dos males tiene... ¡Pues no es poco delicado!..»

Rióse del caso la niña mayor, gruñó Ranzade, bostezó Andrés y puso Consuelo la carita muy angustiada, sintiendo la desafección que mostraba su madre por el pobre Pedro.

—Yo que tú—dijo la señora á D. Manuel, pasando del tono de burla al de ira—le hacía bajar á comer por buenas ó por malas... Es un soberbio, y no se debe dejarle salir con la suya... Sí, señor, á la fuerza le hacía yo bajar.»

Ranzade opinó que la cosa no era para tanto,

y aprovechó la oportunidad para lamentarse de la compra del piano, causante del disgusto.

—¿El piano qué culpa tiene?—objetó Manuela. —Se ha comprado para nosotras... ¿Quién le manda á él meterse donde no le llaman?... ¡No sé lo que se ha figurado!...

—Pues yo si sé—dijo la madre;—que aquí puede hacer lo que le dé la gana, que él es el amo y nosotros los criados, porque como tu padre le da alas...

—¡Qué alas ni qué ocho cuartos!—exclamó Ranzade con muestras de mal humor;—ca, no hablemos más de esta tontería, y á comer...»

Pedro esperaba una segunda llamada, que hubiera interpretado como una satisfacción para desagrarle de la ofensa inferida, y estaba dispuesto á bajar á comer con este segundo aviso, que creía necesario á su dignidad para deponer su enfado, así que, cuando sintió abajo el ir y venir de los criados de la cocina al comedor, el ruido de platos y cubiertos, y aún algunas risas y alegres voces, como si nada pasara, su desconsuelo fué infinito. Quedóse anonadado ante tal indiferencia; sintióse solo, inmensamente desgraciado; lo vió todo negro, dejóse caer sobre una silla, y dió, entre sollozos, el grito supremo: «¡Madre, madre!... ¡Estoy solo!»

XI

Pasó largo rato inmóvil, con el rostio entre las manos, absorto de todo, encerrado en sí mismo, rumiando su desventura. Suspiraba ante el misterio del sino inexorable que empezó á herirle desde su cuna, condenándole á cruel orfandad y á un errar sin fin por la soledad trágica de la vida. Su imaginación atormentada lanzaba un amargo reproche á la suerte brutal, y hubo un momento en el que le dominó un pesimismo desolador, un negro horror de su existencia castigada, y presentósele como un consuelo la idea del aniquilamiento de la vida, el siniestro placer de hundirse en la nada, en el no ser, poniendo término á todas sus amarguras, y burlando así al brutal destino. Mas al punto protestó el vigoroso instinto vital de esta trágica evocación negativa, y de todas las moléculas de su sér salió un enérgico ¡viva la vida!, una condenación del pesimismo, un sentimiento de juventud que afirmaba la voluntad de vivir y de luchar contra la fatalidad, arremetiendo con vigoroso empuje al ciego destino. Había pasado sin sentir casi dos horas en su febril abandono, mientras en su interior se desarrollaba el drama de su desesperación, y tras de aquella excursión á las profundidades de su espíritu, á las tenebrosas re-

giones del aniquilamiento y de la negación, resurgió á la vida como el hábil nadador que reaparece á la flor del agua y respira fuerte. Ahuyentó el mortal decaimiento que antes le embargara, y desbordóse hacia afuera, recobrando su imperio el placer de vivir. Se fué á la ventana á aspirar la vida, á ahitarse de aire, de luz, de sol, de naturaleza.

Comenzaba el crepúsculo, el bello crepúsculo del Norte en los meses estivales.

En aquella hermosa tarde del mes de julio, el sol, vencido, no enviaba ya calor, sino un beso tibio de despedida desde lo alto del monte que frente al palacete, al otro lado de la población, estaba. Parecía haberse tramado entre el monte y el sol singular batalla. Hallábase el astro en la cresta del monte, como un gallo de oro subido sobre un gallo negro, que picoteara la cabeza del vencido, ennegreciéndose con sus sombras. Veíanse en el sol negruras, como si hubiera arrancado pedazos al monte, y el monte brillaba en la cima, como si se adornara, por gala, con hogueras robadas al sol, mientras que por la falda negreaba y más negro cuanto más abajo, como si estuvieran por allí las fraguas de la noche.

Toda la población estaba iluminada por los dorados resplandores de la hoguera; los tejados y las torres brillaban con reflejos metálicos, el río, del cual se veía un buen trozo desde la ventana, ocul-

taba pulcramente (semejante en esto á muchos hombres) las suciedades que llevaba en su seno, recipiente de alcantarillas, vertedero de pestilencias, receptáculo de cloacas, mostrando una superficie de plata bruñida, por efecto de los rayos oblicuos del postrero sol de la tarde, superficie tersa y brillante que se agitó de pronto en ondas suaves, en rizos producidos por la maniobra de un buque al cambiar de postura, como si se hubiera aburrido de estar tanto tiempo acostado sobre una banda, dejándose extraer de sus hondos senos, como una madre de sus fecundas mamas, aquella diversidad de productos, que sobre el muelle, en grandes pilas, se advertían. Y dió media vuelta en el centro del río, poniendo su proa en dirección al cercano mar, y aproximóse de nuevo al muelle, por su costado inverso, y allí fondeó, quedando como antes, inmóvil, recibiendo en su costado exterior el beso del oleaje que movió en su maniobra y que se iba extendiendo, en lentas ondulaciones brillantes, á lo largo del río, ocupado por barcos de mucha variedad de castas y naciones, los cuales reposaban tras la larga jornada de carga y descarga de aquél día de caluroso estío. Y, más cerca, veía Pedro desde la ventana, el paseo que se extendía entre la margen del río y la larga fila de hotelitos, uno de los cuales era el de Ranzade. Corrían por este paseo los carruajes de los adinerados, reflejando la luz en sus lustrosas cajas como

espejos, en los sombreros de los cocheros y lacayos, en los arcos de los caballos, en el fino pelo de éstos, en las ruedas cuyos radios en rápido girar hacían mil jugueteos con el sol que, por entre ellos, casi horizontalmente, se colaba.

Los coches marchaban hacia las afueras, por el camino paralelo al río, en busca de ambiente fresco y puro, de las brisas deleitosas del próximo mar, y los señores que en ellos iban, formaban lo más distinguido y pudiente de aquella población en pleno progreso, centro animado de un opulento industrialismo. Y ¡miren qué pueril contraste notó Pedro! Que esta sociedad brillante, que esta sociedad bien trajeada, bien nutrida, y bien descansada, que todos estos accionistas, navieros, propietarios, rentistas, caciques, políticos, militares y altos funcionarios, que toda esta gente baldía, marchaba hacia afuera, iba, mientras que otro mundo más humilde venía. Y, en efecto, hacia lo interior de la población venía en aquella hora del reposo una muchedumbre de obreros con las caras y las ropas ennegrecidas, donde el sol no hacía brillar nada, sino que realzaba lo sucio y demacrado de aquellos pobres diablos, algunos de los cuales saludaban con medroso respeto á los señores que iban en los coches, que eran accionistas ó consejeros de las fábricas donde habían estado desde por la mañana echando los bofes y aun el alma.

Cortó bruscamente el hilo de estas reflexiones á Pedro, la aparición de su tía en el jardín, muy ataviada, seguida de la hija mayor, Manuela, que iba hermosa y elegante de veras, con la frescura de sus 18 años y la altivez de su ingénito orgullo. Dirigiéronse ambas al coche, que en la puerta esperaba; descendió del pescante, con la rapidez del mono, un lacayuelo lleno de galones y botoncillos, quien, sombrero en mano, abrió la portezuela, cerrándola de golpe cuando entraron las señoras. Subió al pescante con la misma rápida destreza con que había bajado; arreó el cóchero y, á poco, se perdieron allá en la turba multa de los que iban. Poco después salió Ranzade manoteando mucho, acompañado de Vicuña, que le iba leyendo unos telegramas. Atravesaron el camino de los coches, y, ya en el paseo, se mezclaron, por la común dirección, con los que venían. Salió, por último, Andrés, muy peripuesto y engomado; pero no se sabe hacia donde tiró, porque desde la ventana, donde Pedro se hallaba, le ocultaban las verjas llenas de follaje, junto á las cuales iba y venía siempre, pues no le gustaba ir por el paseo, donde por fuerza había que mezclarse con obremos, niñeras y soldados.

Poco á poco cesó el correr de los coches y envolviéronse aquellos parajes en un grave silencio sólo turbado por el paso presuroso de algunos obreros rezagados que hacia lo interior venían, por

el ruido de algún coche que pasaba y se perdía al punto, por el canto melancólico de algún marinero que sobre la cubierta del barco consolábase cantando de las nostalgias de la tierra y de la ausencia de los seres queridos, y por el rodar del tren que iba y venía silbando reciamente, en la orilla opuesta, hasta que se perdía á lo lejos dejando estelas de humo y de sonidos, como un postrer adiós al moribundo día.

En la lucha del monte y el sol, salió triunfante el monte, que lanzó al astró á los ignorados espacios, dándonos en cambio la noche más hermosa que el más poeta pudiera apetecer. ¡Cómo se transformó aquel azul claro limpísimo del cielo, que lució al despedirse el sol, en azul casi negro al venir la noche con sus golpes de estrellas, como joyas de luz en el espacio infinito, y los coqueteos de una escondida luna que no quería mostrar sino una mínima parte de su bella redondez! ¡Y el aire sosegado, que en amorosas ondas iba de aquí para allá, acariciando las flores, las aristas, la yerbecilla humilde, el árbol copudo, las mansas aguas metiendo baza en el tierno coloquio amoroso, matizando el alegre cantar de las aves, recogiendo trinos y arpegios del regocijado bosque para llevarlos á los callados parajes en misteriosos ecos!

Ante tanta belleza, se sintió Pedro conmovido. O no se había fijado hasta entonces en estas cosas, ó nunca hubo noche como aquella, cuya silenciosa

calma deleitaba á su dolorido espíritu. Quiso gozar plenamente, á cielo abierto, de la imponderable belleza de la noche. Bajó en silencio y se fué á un rincón del jardín, á un ángulo de la verja cubierto por un macizo de yedra, donde había un banco rústico y una mata de olorosas flores. ¡Imponente hermosura la del cielo! Un suspiro hondísimo, que le salió del alma, le trajo á la memoria el desaire tremendo de aquel día y le pareció más triste su estado en la plenitud de la belleza que tan liberalmente ofrecía el cielo. Nadie le amaba; habían comido sin cuidarse de él y se fueron luego á paseo, como en la vida ordinaria, indiferentes para sus penas, extraños á sus melancolías, sin consolarle en sus tristezas. No se interesaba nadie por su vida, no le estimaban. Su alma solitaria dolíase por tal desvío, y allí, en aquel banco, bajo el magnífico cielo estrellado, lloró su desventura, lágrimas de acerbo dolor, llanto desconsolado de una juventud que se helaba en la soledad, en la glacial indiferencia de aquella casa. Y con la cabeza echada sobre el rústico respaldo, quedó sumido en un sueño meditativo, inmóvil el cuerpo y agitado el espíritu, dejando al alma doliente entregada al triste desconsuelo, al abatimiento, á las amargas penas. Y quedó luego dormido, tornándose, al soñar, en ventura las pesadumbres. Vió su mente días felices, días de amor sin fin, gozando la dicha y la poesía de la vida.

Venía entre blancas nubes un ángel de áurea cabeza, que se le acercaba, y al acercarse se transformó en mujer, en una imagen divina que se entrababa en su alma. Y vió sus bodas, llevando á su lado al ángel áureo, y oyó una música suave, suave como aleteo de mariposas, la marcha nupcial de sus bodas, una melodía mil veces por él tocada, aquella *marcha* que el brusco enojo de su tía cortó brutalmente en el piano. Y cosas mil soñó, enormes disparates, sucesos inverosímiles, un mundo de fantasías al libre galopar de la mente, y tornaba al desvarío de sus bodas con el ángel áureo, atraído por el tema persistente de la suave melodía que en sus sueños escuchaba. Cerróse de pronto aquel mundo fantástico y despertó. Mas ¿era sueño aún? ¿Seguía la ofuscación de su mente repitiendo los ecos de la música soñada? No, era allí arriba, en el saloncillo donde sonaba la *Marcha nupcial*, leve como un rumor misterioso. No parecían dedos humanos oprimiendo al mecánico teclado, sino un alma que fundía aquellas notas, himno delicado del amor, y las lanzaba al aire en aquella deliciosa noche de julio, en la que el silencio augusto del cielo y de las cosas evocaba en el alma la suprema armonía del universo.

Cesó la música, y, como traída en sus últimas ondas, en sus alas impalpables, apareció Consuelo en el jardín, riendo locamente, y creyó Pedro que los ecos de este reír franco, eran continuación de

la callada música cuyas últimas vibraciones se incorporaron á las de las alegres risas para volar unidas por las lontananzas del infinito, llevando rumores de armonías humanas, de vidas contentas, de juventud, de amor.

—¡Compensación, Pedro, compensación!... Pero toco muy mal ¿verdad?»

Acercóse á ella Pedro conmovido, y, por una impulsión irresistible, la dió un beso exclamando:

—¡Gracias, Consuelo!... Dios te lo pague...— y se volvió para que no viera la niña dos lágrimas que, como dos gotones de cera, resbalaban por sus mejillas.

—Es muy bonita esa marcha... A mamá no le gusta ni á Manuela tampoco, pero lo que es á mí!... La hemos de tocar á cuatro manos cuando estén ellas de paseo.

—Me hallaba desesperado, llorando mi triste soledad... No he sido justo; te tengo á tí...

—Si señor, y tú haces muy mal en desesperar... Dios aprieta, pero no ahoga, hijo mío.

—Tu no me quieres mal ¿verdad?

—No señor. Yo no quiero mal á nadie, y mucho menos á tí, que no te mereces eso... Ea, niño; fuera penas, y ahora vas á comer. Ya he encargado en la cocina que lo preparen, y yo misma te voy á servir ¿quieres?» Y sin esperar la respuesta, fuése riendo á la cocina á prevenir á las criadas que estuviese listo todo que ella iba á servir. Aque-

llos mimos delicados arrancaron á Pedro dulces lágrimas y conmovieron á su alma, huérfana de caricias, anhelante de ternuras, ansiosa de amores.

XII

Al finalizar aquel verano hubo que decidir la carrera que iban á estudiar los dos muchachos. D. Manuel estaba por las carreras «serias», sobre todo, por la de ingeniero. Solía decir que no se explicaba por qué se hacían tantos abogadillos, tantos picapleitos inútiles, que eso á él ni le parecía carrera ni nada.

Maravillábase de ver la ausencia de todo espíritu práctico en las gentes que, á pesar de estar viendo que con esa carrera no se iba á ninguna parte, seguían dedicándose á ella para morir de hambre después.

Era D. Manuel la encarnación viva del utilitarismo, poseía un sentimiento claro de la realidad material, veía el lado práctico—inmediatamente práctico—de las cosas, y con esta vara medía todos sus pensamientos, y todas sus acciones. Y que su criterio era bueno creíalo demostrado por los hechos. Sus bienandanzas, su gran caudal, la respetabilidad de su nombre, las obras prácticas á que había dado vida, produciendo riqueza y trabajo, eran pruebas infalibles de que sabía vivir y

de que poseía una orientación más segura que todos los ilusos idealistas que consumían su vida en estériles especulaciones, en obras vanas, que no les producían más que sinsabores y miseria. Consideraba la adquisición de las riquezas como una prueba de talento positivo, y creía firmemente que los que llegaban á la fortuna eran los mejores, los que poseían méritos más reales. Y miraba con un compasivo desdén, como á gentes incapaces de nada útil ni para sí ni para los demás, á los que vivían fuera del mundo práctico de las ganancias, entregados á la labor del espíritu, que, por lo común, sólo germina en los yermos campos de la pobreza.

No existía en Ranzade la potencia admirativa para la obra de la inteligencia como no se transformara al punto en hechos concretos, en utilidad práctica. Oía hablar del genio desinteresado con incredulidad, como quien oye cuentos inverosímiles para entretener niños. No apreciaba en nada la gran labor del espíritu humano que no se puede traducir en pesetas ni en cosa que las valga, que no tiene valor de cambio en el mundo del utilitarismo mercantil, del materialismo práctico en que estaba sumergido Ranzade, como toda la dorada burguesía que en punto á admiración científica no llega más allá de Edison ó de algún inventor de específicos para hacer bien las digestiones.

Pues bien. Este hombre tan parco en la admi-

ración, de los talentos no mercantiles, que no concedía ningún valor ni importancia á las obras del espíritu, es más, que no se ocupaba de estas cosas de poco momento, este hombre tenía fe casi supersticiosa... en los ingenieros.

No sin cierto recelo, había soltado los cuartos para empresas industriales cuando no veía más que unos papelotes con muchas rayas por aquí y números por allá; pero cuando vió á los ingenieros, autores de los tales papelotes, poner manos á la obra y dar forma al proyecto, sacándole del plano y transformando las sutilísimas líneas en sólidos muelles, en vías férreas sobre las cuales corrían seguros y veloces los trenes, en hermosos y atrevidos puentes, en ingeniosos mecanismos para sacar del fondo de las minas millones como agua, en fin, en cosas prácticas, en cosas «de vital interés»... entonces cantó el Credo, entonces se rindió á la evidencia: La realidad de la forma palpable conquistó su espíritu utilitario, sensible sólo á las expresiones concretas de las cosas.

Llamaba «títeres» á los de las carreras literarias, gentes improductivas, que en el pecado de su error llevaban el castigo de su impotencia económica. La profesión de ingeniero era la más útil, la más práctica, las demás eran «aleluyas» y «cuentos tártaros para no ganar una peseta». Quería hacer ingeniero á su hijo, á su sobrino y á todo el mundo.

Tampoco le pareció mal á su mujer que Andrés estudiara esa carrera, porque había muchas familias distinguidas que tenían hijos ingenieros, y ella sabía que era una carrera difícil y de buen tono, algo así como la aristocracia de las carreras, la única digna de los talentos y de la distinción de su hijo. Y como ella veía en la carrera cierto privilegio aristocrático, no podía tolerar que también la estudiara Pedro, igualándole con su hijo, que llevaba la sangre de los Abellas.

«Bueno está—decía á su esposo— que tú tengas ley al sobrino, aunque él no se lo merece por lo arisco é ingrato, porque te prevengo que él no nos puede ver ni pintados; pero es preciso no sacar las cosas de quicio, y no vayas á comparar á tu hijo con ese pobre, que no ha descubierto la pólvora seguramente. Si le das carrera, que yo no se la daría, tienes que elegir una muy fácil, como maestro de escuela ó cosa así, porque al pobre no le ha dado Dios mollera para meterse en honduras... Tendría muy poca gracia que te metieras á gastar un dineral para darle una carrera costosa, porque sería tirar el dinero al agua, y además que no es justo que venga un extraño á gastar lo que pertenece á nuestros hijos, para mal agradecido después...»

No encontró Ranzade esto del todo fuera de razón. Sí, veía alguna injusticia por parte de su mujer, pero en el fondo tenía razón. Pedro parecía

antes más vivo; desde que vino del colegio le encontraba algo despegado y hablaba poco, lo que él, poco ducho en psicológicos sondeos y demasiado ocupado siempre, atribuyó á las pocas luces del muchacho, y pensó que, en efecto, sería una lástima gastar un dineral «en tonto.»

El padre Artola habló sobre el particular con Ranzade, tal vez por indicación de la señora, que le consultaba para todo y de todo le ponía al corriente, así que D. Santos se creía autorizado para intervenir en los menudos asuntos íntimos de la familia.

«Tiene mucha razón D.^a Rafaela. No es lícito mermar el patrimonio de los hijos para favorecer á un extraño, y sabe Dios si no será hacer una mala obra, porque ese joven ó es muy limitado de inteligencia ó un espíritu muy reservado del que hay que desconfiar... He tratado de sondear su pensamiento, pero resulta inabordable... Me alarma, me alarma su reserva... ¡Y esa seriedad á los dieciocho años!.. Temo que sea un alma pervertida, una conciencia agostada en su juventud por el fuego insano de la impiedad... He tenido ocasión de observarle en el templo, á hurtadillas, y me ha parecido harto distraído é impaciente para sentir una piedad y una fé sinceras... ¡Ah! esos colegios extranjeros descuidan la educación religiosa, y tenga por cierto, D. Manuel, que en los turbulentos tiempos en que nos hallamos hace falta,

más que nunca, inclinar á las tiernas almas por el buen camino que sólo enseña una severa educación religiosa... Corren vientos terribles, y es preciso consolidar con mano fuerte la disciplina... Y, á propósito: ¿ha visto usted el motín de ayer en «La Industria metalúrgica»?... Ciertos agitadores han soliviantado los ánimos introduciendo la guerra en la fábrica.

—Pero me han dicho que los desperfectos no han sido gran cosa...

—¡Oh! no; no lo crea usted. Destrozaron toda la maquinaria de un taller, y, gracias á la oportuna intervención de la guardia civil, se pudo evitar que el daño fuera mayor... Y eso que sólo una minoría de obreros se dejó seducir por los criminales perturbadores... Figúrese si hubieran sido todos ¡qué catástrofel... Querían romperlo todo, incendiar la fábrica...

—Pero hombre ¿es posible que haya gentes tan fuera de juicio?...—dijo Ranzade, á quien el hecho concreto abultado por Artola había impresionado.—¿Se consigue algo con romper máquinas y alborotar?...

—Es que son elementos destructores que gozan en el daño...

—Pues que se anden con cuidado, porque les puede costar caro su capricho... Cuestan mucho las cosas para destruirlas sin más ni más... ¿No cobra su salario el que trabaja?... ¿pues qué más quiere?...

—¡Libertad, libertad!... Falta el freno, D. Manuel, y se desboca el pueblo... ¡Gran error el de la libertad del pueblo!... Ya recogerán el fruto de haberle separado de la bienhechora tutela de la Iglesia... Cuando la moral religiosa no rije á las conciencias, se pierden todos los respetos, se alientan las más locas ambiciones, las más extravagantes utopias, porque faltando el santo temor de Dios y la fe en la otra vida, no hay miramiento que contenga á los hombres, y no obedecen á otra ley que á la de sus pasiones... Pero no es un mal sin remedio, y sería grave pecado desconfiar de la infinita sabiduría de Dios, que no puede permitir que lo monstruoso triunfe. Sólo que nosotros tenemos el deber de cooperar á la obra de Dios en la medida de nuestras pobres fuerzas... Y, por ventura, no faltan buenas almas que ayudan á la Iglesia en su santa obra de mantener el respeto á Dios y de salvar los fundamentos sociales de los insectos que corroen sus raíces.. Es una gran obra de higiene moral y cabe el consuelo de poder presentar, frente al satanismo destructor, ejemplos como este... (*Sacando un papel del profundo bolsillo de la sotana.*) Apenas se ha lanzado la idea de construir un templo en el barrio obrero de Escoriana, se han apresurado á inscribirse las personas más respetables... Es un barrio que carece de templo... San Martín, que es el más próximo, dista de allí casi quinientos metros... No está muy

distante, pero como desgraciadamente las clases bajas, por su ignorancia, son materia bien dispuesta para que las ideas antisociales hagan estragos, es preciso darles todas las facilidades para que cumplan sus deberes religiosos... Vea usted: doña Lucía Martitegui, ¡tan piadosa siempre! 25.000 pesetas! D. Juan Zubiondo, 20.000; D. Tomás Aguirre, 20.000... ¡Hay que combatir, hay que combatir la impiedad... consolidar los fundamentos sociales... la armonía entre el capital y el trabajo con la sabia fórmula de la Iglesia... caridad en los de arriba, resignación en los de abajo...! D. Agapito Calleja, 15.000; D.^a Casilda Arteche, 12.500; señora Viuda de Orellana, 10.000... Siguen varios á 5 000... Hay unos 25.000 duros hasta ahora; próximamente la mitad de lo necesario... ¿Con cuánto quiere usted contribuir, D. Manuel?

—Ponga usted 20.000 pesetas.

—¡Hombre, va usted á ser menos que D.^a Lucía!... ¡Un templo tan necesario en un barrio donde viven casi todos los obreros de la «Sociedad de aceros laminados!...» No debe reparar en este gasto, que es reproductivo...

—Bueno. Ponga usted las 25.000... Que extienda Vicuña un cheque...

—Y yo ¿no voy á figurar? preguntó D.^a Rafaela, entrando en aquel momento.

—¡Es verdad!... La habíamos olvidado...—dijo el padre Artola riendo.—Perdone, señora... Un olvido involuntario... ¿Cuánto ponemos?

—Ponga 10.000 pesetas más... Que extienda el cheque de 35.000...

XIII

Al alejarse de la casa, llevando en la mano el rollo de los generosos suscriptores al templo de Escoriana, y el cheque que extendió Vicuña, iba el padre Artola reflexionando sobre las excelencias del terror revolucionario para mantener la sumisión de los opulentos á la Iglesia y provocar sus liberalidades, aunque sólo sea como una operación de seguro mercantil, en el que se pierde una parte para salvar el resto. No se hacía ilusiones D. Santos sobre la eficacia de la fe en estos tiempos de mera religiosidad formulista, y contaba con el miedo para llegar á donde la fe no llegaba. Sabía sobradamente que la clase que hoy posee los bienes materiales es refractaria á todo espiritualismo, que, sórdida é incrédula, ama más la posesión segura de estos bienes positivos que la de los ideales bienes eternos, de los que no se preocupa seriamente, guardando en los repliegues de su alma seca el esceptismo sobre la realidad de la otra vida, el supremo inconcreto, lo infinito, que es para su espíritu como el vacío y el vértigo son para su cuerpo. Y estos señores opulentos huyen del vértigo que les produce su vacío espiritual. Temen á

la muerte como al acabamiento de la vida, no á los rigores de la justicia del más allá, en la que no piensan siquiera. Son vivientes mecanismos de acciones reflejas. No hay en ellos vida interior, ni conflictos de conciencia, ni las angustias del espíritu vacilante, querido por opuestas corrientes.

Grave cosa es—seguía pensando Artola—que esta gente no se preocupe de una manera intensa de lo que ha de suceder después de la muerte. Pero es así. Es hoy la fe ave rarísima que cruza veloz el azul del cielo y va á ocultarse en algunas almas humildes, nidos solitarios de la religiosidad sincera, de la ardiente fe... Y él mismo ¿tenía acaso fe? La tuvo en su juventud primera. Habíase nutrido de ella en el apacible hogar, en el recogimiento piadoso de sus padres, realmente cristianos, creyentes sencillos y virtuosos cuya fe resplandecía en sus bondades. Mas empezó á vacilar desde el seminario. La seca teología, lejos de satisfacerle, enfadóle con su pesadez, é inclinó á su espíritu por una pendiente espinosa. No se asentaba bien en su conciencia el dogma de la revelación, y dióse á interrogar sobre la verdad de las cosas, y saltando por encima de la vieja escolástica, aventuróse por los campos del racionalismo, en busca de una verdad que acallase sus turbaciones internas, aquella crisis de su fe, aquella ansia de una convicción sólida que ahuyentase las dudas que empezaban á

roerle las entrañas. Le agitaba sin cesar la idea incomprendible de Dios, y volvióse aterrado ante el presentimiento de una negación espantosa. Tornó á la Iglesia en busca de su pura fe de niño, y no la halló. Llamóla en vano con voces de angustia, con súplicas ardientes, con acentos de desesperación para que le salvase de su naufragio, mas todos sus gritos resonaron en las concavidades de su alma, proclamando el gran vacío, la pérdida fatal de su fe, que había quedado entre los breñales del escepticismo, entre las audacias de su razón, en sus excursiones al campo de la heregía, donde, seguro de sí propio, habíase detenido un momento por puro juego de intelectualismo. Y fué jugar con fuego porque allí quedó desflorada su fe virginal. Volvióse airado contra la razón y contra la ciencia del mundo que le habían ahogado su fe, y eran impotentes para restituírsela ó dotarle de una fe nueva, mostrándole la verdad ¡Ah, la verdad! La veía cada vez más lejos. Como las sombras, se desvanecía al aproximarla á luz, y proclamó la santidad de la ignorancia, la fe virginal de los que nada saben y acaso lo saben todo. Sintió aborrecimiento á la impotente ciencia humana, la vanidosa fracasada, con su crítica destructiva y estéril, incapaz de llenar el vacío que sus estragos dejaban en el alma. Consolóse en parte de la pérdida irreparable de su fe con una ficción, con una fe artificial, la fe en la idea de Dios, ya que no en Dios mismo,

y consideró á esta idea como una realidad suficiente. Y pensó, en último caso, que á falta de una fe sincera en la finalidad ultraterrena de la vida, poseía una fe completa en la Iglesia, en la misión terrena de esta gran institución, á la que juró fidelidad, y entregóse á su servicio con la abnegación del soldado que cree en la patria y muere por ella. Cuadraba bien á su impetuosidad, á su temperamento impositivo, autoritario, soberbio, ese ideal relativo de una institución que aspira á dominar, á imponer su ley, á someter á todos los hombres. Y ahogó sus dudas de otro tiempo considerando que sea cualquiera la verdad eterna, había un ideal digno del empleo de su esfuerzo en el servicio de la Iglesia secular, la más grande y potente de todas las instituciones humanas, siendo su permanencia á través de los siglos la prueba de que poseía la mayor suma de verdades, y una fuerza sobrehumana que la sostenía en medio de tantos derrumbamientos y tantas ruinas, sobreviviendo á los más grandes y vigorosos imperios. Se dedicó á ella en cuerpo y alma, con la pasión vehemente de su espíritu impositivo, de su temperamento luchador, ansioso de dominación y de gloria para la elegida de su corazón, la Iglesia católica, á la que, nuevo caballero andante, consagró el esfuerzo de su brazo, excluyendo todo otro amor y todo otro anhelo, dispuesto á defenderla siempre, á acrecentar su fuerza, á robustecer su autoridad y á obtener para

ella el acatamiento y la sumisión de los hombres, el retorno á los siglos de oro, á la unidad religiosa, á la absorción de todos los poderes por el supremo poder de la Iglesia. Su moralidad, sus acciones, sus pensamientos, su vida toda tenía una inspiración única: el interés de la Iglesia, y no había violencia ni perversidad que le hiciera retroceder siempre que conviniese á ese interés. La noción de bien y del mal no existía para él. La medida de todas las cosas tenía en lo que se conformaba á la mayor gloria de la Iglesia. Era un fanático de su ideal á cuyo servicio ponía todos sus talentos y todos los recursos de su sagacidad y su astucia. Dominaba á Ranzade en su propio terreno, en el de los negocios, halagándole en su pasión favorita y fomentando su inconsciente actividad ambiciosa. Y subyugaba á su mujer con una conversación llena de trivial amenidad, con el elogio de su piedad, de sus caridades, cultivando con delicado arte la vanidad de esta hembra ociosa, y aun sus malas pasiones, la adversión á Pedro, en quien ella veía al representante de la raza oscura, al acusador vivo del descendimiento humillante de su abolengo noble hacia una familia de tenderos de bajo vuelo, la vergonzosa abdicación, la venta de su cuerpo, para salvar el honor de su linaje, la ruina de una aristocracia en quiebra. Halagábala el cura en sus vanidades de casta, con mortificantes alusiones á Ranzade, á su tusquedad, á su hu-

milde origen, á la torpe rusticidad de sus maneras, y encomiaba la virtud de la dama ilustre que sabía sobrellevar con paciencia, con el heroísmo de los grandes cristianos, aquella desigual unión, sin rebajar la grandeza de sus mayores, antes bien realzándola por aquel sacrificio de suprema abnegación. Se decían allí cosas terribles de Ranzade. Reíanse á su costa, haciendo burlas sangrientas de la pobre bestia, del burro de carga que los lleva á todos sobre sus espaldas, el rústico gañán que no acababa de soltar el pelo de la dehesa, á pesar de largos años de roce con personas bien nacidas y en contacto con una sociedad distinguida.

Había pensado D.^a Rafaela en introducir mayor boato en su casa, buscando otra morada más grande y suntuosa para celebrar recepciones y algunos bailes de lujo, no sólo porque anhelaba oficiar de gran señora, mostrándose ante el buen mundo digna descendiente de las Abellas, las nobles castellanas que dirigían y animaban con su hermosura las fastuosas fiestas en los buenos tiempos de su casa, sino también pensando en el porvenir de sus dos hijas casaderas á quienes era menester buscar un novio de altura. Pero acogió Ranzade con un gruñido estos proyectos de despilfarro para atraer á su casa gente vana y ociosa, títeres y danzantes que no le hacían ninguna gracia aunque fuesen de todo el buen tono que su señora decía. Abandonó ésta la idea, convencida de que

con tal hombre no se podía presentar en ninguna parte porque la pondría en ridículo y ahuyentaría á los novios distinguidos de las niñas. Y aceptó resignada su cruz, aquella vida plebeya y fastidiosa, tolerando con paciencia al jumento que puso á su lado su mala ventura. Veinte años hacía que vivían unidos; se habían palpado y resobado bien; pero sólo en la materia, por dentro nada. Ella no veía de él más que la rudeza externa. Hallarse juntos, á solas, estos dos sugetos y comenzar los bostezos, todo era uno. No tenían nada que decirse, fuera de las minucias de la vida, cuyo tema se agota pronto; él se abismaba en sus pensamientos, sus minerales, sus acciones, sus vapores, sus triunfos industriales, sus rivalidades mercantiles, sus proyectos para anular á sus contrincantes; buscaba á Vicuña, cuya compañía prefería á la de su mujer, y á ésta le tenía sin cuidado todo aquel tragín y aquellas cábalas. Se les venía la casa encima de puro aburridos cuando no estaban allí las niñas para distraerles con su cháchara, como parleras aves. Y ella buscaba remedio al hastío ocupándose en sus altares, en sus funciones, en sus caridades elegantes, en medio de una corte de gratuitos curas que la adulaban, celebrando su generosidad y sus altas virtudes de eminente católica.

Y en este terreno la halagaba el padre Artola principalmente, en sus vanidades devotas, en su

rivalidad con otras damas piadosas, de muy buena voluntad, sí, pero que ninguna llegaba á donde ella había llegado en esplendidez y buen gusto. Se vengaba ella de la reclusión á que veíase reducida por la falta de hábitos de sociedad de su marido, gastando á manos llenas en fomentar el lujoso culto de los templos, creándose allí su gran mundo en medio de las fiestas religiosas que ella daba, en medio de las luminarias, las ricas telas, los bordados, el oro de los altares, los cánticos, el incienso y las flores.

Y proseguía Artola la misma labor en todas las casas opulentas; la misma obra incesante en todas partes, estudiando las debilidades y los gustos de cada caso para hacerse grato y conquistar fuerzas á la Iglesia; sobre todo, dinero, la fuerza suprema, el poder económico, que prevalece sobre todos los poderes. Había estudiado un poco á los manchesterianos, y sabía á qué afenerse sobre la realidad de las fuerzas humanas, y se afanaba por aportar cuanto podía, convencido de que una peseta vale por diez sermones. En el siglo de los economistas, piérdense en el vacío los lirismos de la fe. Eran tontos los que hablaban desde dentro de la Iglesia del desprecio de los bienes terrenales y del retorno á la primitiva sencillez cristiana, al lado de los humildes. No; la impotencia económica de la Iglesia es el suicidio; el Vaticano tenía razón al obstinarse en el poder temporal.

XIV

Un sentimiento principal dominada á Pedro en torno del cual giraban los demás: la soledad. Sentíase aislado, como si la cadena que traba á los hombres de unos en otros por eslabones afectivos se hubiese roto al llegar á él dejándole solo. Parecíale su triste corazón un árbol solitario en medio de un islote, á merced de todos los vientos. A nadie importaba su vida; era un estorbo; se le soportaba porque existía y nada más. Y cavilaba sin cesar sobre este tema de sus melancolías y de su abandono. Aunque hubiese mucho de cierto en estas reflexiones, no dejaban, con todo, de estar influidas por el temperamento soñador y un sí es no es romántico del adolescente, que gustaba olvidarse de la vida vulgar para mostrarse interesante, y daba á sus melancolías el tono de los héroes de teatro. Recitaba á solas versos altisonantes que, aunque él pensara otra cosa, más sonaban á su oído que á su corazón. Gustábale el triste lamentar de los poetas, los líricos apóstrofes, las quejas graves que lanzaba tal ó cual personaje de ficción en sublimes versos contra el sino despiadado, contra la inconstancia de la mujer y contra las felonías del mundo. Muchas noches, durante las

vacaciones de aquel verano, cuando la casa y la ciudad toda dormían envueltas en el impalpable ropaje de la clara luna, pasó hora tras hora en la ventana iluminada por el astro, mirando al espacio, vagando por las regiones sin fin en busca de otras almas compañeras de su triste soledad. Desviábase luego su fatigado espíritu de lo infinito inconcreto y buscaba en la humanidad el objeto de sus ansias, otras almas solitarias á quienes unirse, como el caminante busca á otros caminantes para hacer en comunidad la jornada, repartiéndose los peligros y las fatigas que la misteriosa soledad agiganta. Van las almas solitarias por el mundo sin conocerse, presas en su encierro carnal. Nuestros ojos ven el mundo exterior, el movimiento incesante de otros cuerpos que van y vienen, siguiendo vanos afanes. Mas no ven el mundo interior de nuestras almas. Morimos sin habernos conocido, con el alma inédita, cuando nuestro envoltorio material se deshace en el menudo polvo de las tumbas, cuando los átomos dispersos vuelven á la tierra. Lucha de cuerpos nada más es la vida, de fuerzas físicas ciegas. Las almas viven ocultas sin tomar parte en las contiendas, y hay cuerpos que llevan en su seno almas gemelas, y se acometen y se destruyen con odio infinito, como tropas de un mismo bando á quienes la negra noche confunde y hace enemigas, hasta que llega el día y el error se desvanece, y lloran todos á sus muertos

víctimas de una furia ciega, de una tenebrosa obcecación.

Dolíase el corazón de Pedro al evocar el dolor de las criaturas, la inmensa tragedia del sufrimiento humano. Era su alma como una concavidad donde sonaban todos los ecos lastimeros de los hombres, las angustias de los condenados, las miserias de los humildes, los doloridos ayes de la triste humanidad oprimida, la muchedumbre doliente, anhelando justicia, el pobre pueblo triste y solitario como él, solitario en su inmensidad, y tiranizado por su atómica disgregación inconsciente, explotado sin piedad por hallarse en una soledad impotente. Reflexionando sobre esto, se afirmaba en que el mal de todo es la soledad, el individualismo inorgánico y disolvente. No está la armonía del mundo en la ponderación de fuerzas aisladas, de elementos en lucha, que se neutralizan mutuamente y destruyen la eficacia de su esfuerzo, sino en la fusión comunista, en la coordinación de las energías, en la común dirección de las actividades, no en la oposición, en el antagonismo sistemático. Y al evocar la fraternal fusión de los hombres, la comunidad unitaria, potente y fecunda, una feliz sociedad sin discordancias esenciales, parecióle más monstruosa la gran soledad de todos, la brutal lucha de los cuerpos, y más desolada también su triste soledad... «Pero mi alma parece advertirme que no es mi soledad absoluta,

que hay otra alma que con ella se entiende en corrientes misteriosas...

Recuérdame mi corazón vagas armonías de la *Marcha nupcial* y con ellas la imagen de Consuelo, nombre simbólico que suena dulcemente como un alivio á mi soledad. He pensado en ella muchas veces... Siempre que lamento mi soledad, surge su recuerdo como un reproche... ¿Debo creer en tí?... Sí, creo en tu espíritu noble y delicado; he leído en tus dulces ojos toda la bondad que hay en tí; tú eres buena; tu alma vive, y espero que no se ahogará en este tufo asfixiante que nos envuelve... ¡Ah, si me amases, Consuelo, qué feliz!... Esta soledad me aterra... Tu amor me dará alientos para la lucha, porque quiero luchar; siento el hervor de grandes ideas y de grandes odios, indignación infinita contra la opresión, una protesta invencible contra la injusticia y grandes amores también... Me conmueve la desventura del pueblo, el pueblo infeliz, víctima de todas las tiranías, atado siempre al carro de la servidumbre y de la ignorancia, flagelado inhumanamente y, por burla, coronado de espinas con la corona de una libertad que no veo en ninguna parte donde veo pobres... Una indignación agresiva se apodera de mí cuando pienso en la eterna infamia... ¡Ah, Consuelo, te necesito! El equilibrio de mi corazón y mi cerebro exige estos dos amores, cuyo eje será mi vida... Si tú me faltas se romperá la armonía y correré en

marcha loca á la violencia, á la muerte... Mi alma bravía necesita, para templar su enojo, la influencia de tu candor, de tu bondad sin hiel, de tu dulce compañía, que á través de tu amor vea al mundo menos perverso y se aplaquen mis ímpetus de acometividad, mis enconados odios, mi indignación amarga... Y tú, pobre niña, sola también como yo, ¿nó necesitas acaso mi apoyo? ¡Qué contento, luchar por tí, defenderte, arrancarte de los brazos de alguno de estos necios ricachos ó jóvenes corrompidos con quien, sin duda, querrán casarte! Tu padre planteará el negocio, tu amor será sometido á los números. No lo consentiré; no puedo tolerar ni aun la idea de que te hagan víctima de una operación mercantil, que seas tú el « artículo... » Es preciso que seas el verbo, el verbo de esta pobre alma mía incongruente, que necesita la tuya para tener un sentido perfecto... No puedes unirme á nadie más que á mí... Sería una profanación... ¡Nunca, nunca, Consuelo!...»

Todo esto que le caracoleaba por dentro, quitándole el sueño, se lo dijo un día á Consuelo con tal emoción que más que los labios parecía que hablaba el alma, en ocasión en que la divina rubia se hallaba refrescando con una regadera unas matas de pensamientos y claveles que ella cuidaba con delicado afán en un rincón del jardín. Los vehementes conceptos de Pedro causaron en la joven múltiples sensaciones, que, después de bien

amasadas, dieron un dulce conjunto, según se echó de ver en su animado semblante, que reflejó como un espejo venturas del corazón. No necesitó Pedro más categóricas explicaciones. Había intentado sólo pulsar la cuerda, y la cuerda vibró con tan dulce sonoridad, que los ecos repercutieron en las dos almas, y las ondas impregnaron el ambiente en que ambos vivían de belleza y de felicidad infinitas, abriéndoles un mundo de esperanzas y un cielo de placeres.

¡Con qué deleitoso silencio veían caer de la regadera amorosamente los hilitos tenues de agua fresca sobre las pintadas hojas, que se inclinaban al peso del agua, y volvían á erguirse más limpias y bellas que antes, conservando, por gala, tal cual gotita, que reflejaba en mil matices bellos la luz y los variados tonos de las flores!

XV

Después de mucho discutir entre las tres autoridades de la casa, es á saber: Ranzade, su esposa y el padre Artola, sobre si se daba ó no carrera á Pedro y cuál había de ser ésta, se acordó que estudiase medicina, ya que él había manifestado preferencias por esta carrera; así al menos lo dijo Consuelo, porque lo que es él no lo dijo á quien debiera decirlo. D. Manuel garantizó á su señora

que se haría la prueba y que si no andaba derecho, se le ataría corto, metiéndole en un taller para que aprendiese un oficio. Porque Ranzade, á fuerza de oír perrerías de su sobrino, llegó á creer que era malo y que no tenía dos dedos de seso. Y como Pedro no hacía nada para desvirtuar la mala fama, pues cada vez estaba más metido en sí, más fosco con los de la casa, á quienes no quería manifestar una estimación que no sentía, he aquí que al cuitado habíanle cargado en su cuenta pecados no cometidos. Habíase aferrado tenazmente á la sinceridad y le repugnaba el uso de mentidos sentimientos, inhabilitándose así para los éxitos de la vida práctica, donde cada hijo de vecino procura representar del modo más acabado su papel en la gran comedia para obtener mejor galardón. Y por la transparencia de su sinceridad vieron sus enemigos que detestaba cosas y personas que son muy respetables en la consabida gran comedia. No tuvo arte para ocultar su profundo desprecio hacia su altiva tía y hacia el padre Artola en quien él veía un abismo aborrecible de perversidad. Ranzade era ajeno á estas miserias y á estos enconos de gente ociosa. Funcionaba á todo vapor en el tragín de sus negocios, y no paraba mientes en estas nonadas. Resuelto el viaje á Madrid de Pedro, dióle unos billetes y una carta de crédito contra un banquero su corresponsal para que cobrase 500 pesetas mensuales mientras dura-

sen los estudios. Sermonéole un poco antes de partir, como á niño indócil y desaplicado, sin que Pedro replicara palabra. Quedóse emocionado ante los billetes y la carta de crédito, signos de la esplendidez de su tío, llave de oro que le iba á abrir las puertas de su independencia, dotándole de una profesión para ganar su sustento y de una cultura para elevar su espíritu. Sin embargo, se proponía gastar lo menos posible á su tío, viviendo en Madrid con la mayor moderación aunque él sabía que nada significaba para Ranzade que gastara dos ó que gastara cuatro. Y aquí le asaltó un remordimiento, le vino una duda acerca de á quien debía el agradecimiento, él, que no había producido jamás nada y se hallaba alimentado, vestido, educado y en posesión de los medios para conquistar una carrera científica. Pero no era tampoco su tío el que producía aquel dinero, que tan liberalmente le daba. Ciertamente, Ranzade no era un vago, pero ¿por qué arte singular refluían á él las riquezas que evidentemente no eran el pago equitativo de su esfuerzo personal? ¿De dónde venía, en definitiva, el caudal de su tío? De aquellos burros que sudaban gotas de sangre en lo hondo de las minas, donde, con frecuencia, quedaban aplastados como garrapatas; de los que se tostaban en las bocas de los altos hornos á quienes, cuando no una explosión, una chorreada de hirviente hierro les segaba las arrastradas vidas en tormentoso modo; de los

que cruzaban los mares tempestuosos cuyo agitado seno es sepulcro de infelices que los codiciosos lanzan temerariamente á los peligros por el logro de un buen flete que debiera amargarles como el agua homicida, si no tuvieran el corazón forrado de acero y la sensibilidad blindada por la sordidez en forma que las sensaciones del humano sufrir llegan allí y rebotan.

Expresaba Pedro sus acentos de fiera indignación con cierto lirismo retórico que nacía de su inocente edad juvenil en la que predominaba el sentimiento sobre la inteligencia. Poseía una gran ternura filantrópica, una sensibilidad tan delicada que se impresionaba extremadamente con el sufrimiento de los hombres, llegando su piadosa imaginación más allá de la misma realidad del dolor. Manifestaba su sentimentalismo humanitario con poéticas formas, con el ingenuo romanticismo que llenaba su mente. Galopaba su imaginación por el campo de las violencias, de los horrores, de la iniquidad, de la explotación del hombre, y vió todos los sufrimientos sintetizados en aquellos untosos billetes que la generosidad de Ranzade ponía en sus manos. Parecióle que olían á sangre y sudor de las tristes víctimas inmoladas en los lúgubres altares de la injusticia social.

Tuviera ó no razón, decidió gastar lo menos posible; ni un céntimo en diversiones; lo preciso para vivir, para los estudios y para algunos libros...

«¡Libros! He aquí un gasto que haré sin escrúpulos... ¿Qué mejor empleo para *su* dinero?... No será gastar sino restituir... Quiero aprender para ellos, para su causa, para libertarlos de su infierno... Quiero defender vuestro pleito; yo estudiaré, ¡pobres desheredados! viviré para vosotros; os consagraré la vida, y si consigo aligerar siquiera en un grano el fardo de injusticias que os abrumba, moriré con la satisfacción de no haber hecho en vano mi viaje por la vida... ¡Qué fácil tarea para todos, qué difícil para unos pocos!... ¡Luchar contra la maldad, contra el egoísmo, contra la mentira, declarar la guerra á los perversos, hacerlos buenos imponiéndoles la justicia para todos!... ¡Oh! estoy á las puertas del vivir y me asusta la brevedad de la vida, teniendo enfrente tan sublime empresa, ideal tan grande que da á mi sangre ardor, á mi espíritu alegría, claridad á mi cerebro, consuelo á mi corazón, intrepidez á mi voluntad y oriente á mi alma.

XVI

«Al llegar esta mañana á Madrid, tu hermano Andrés quería que nos alojásemos en un hotel costoso, pero yo he optado por una modesta casa de huéspedes. Nos hemos separado tomando pie de este incidente trivial; mas, en realidad, es la total

divergencia de nuestra condición la que nos separa. Somos materia heterogénea que se disgrega al primer pretexto. Mi ideal no es el suyo, si es que él tiene alguno. Tu sabes esto, y no insistiré, respetando tus naturales afecciones. Además que hoy tengo un excelente humor y no quiero ahuyentarle con cosas desagradables. El hecho es que me ví solo esta mañana ante la gran población desconocida, y quizás por primera vez sentí alegría en mi soledad. Y es que ahora me veo solo cuando otros me acompañan, porque me distraen de tu recuerdo, y cuando tú te vas de mi mente ¡qué solo me siento, Consuelo, qué solo! No tengo alegrías fuera de tí; te veo en todo, y en esto consiste el dulce humor que me anima y la simpatía con que hoy se me presentan las cosas... Me ha impresionado bien este Madrid desde el momento de mi llegada. Hacía una hermosa mañana, un poco fresca, pero el naciente sol comenzaba á enviar en haces de rayos oblicuos, el dulce calor otoñal. Con el espíritu sereno y regocijado, he recorrido, á la ventura, las calles de la corte por las cuales, en aquella temprana hora, no circulaba el mundo brillante, el «todo Madrid», sino el otro Madrid anónimo, el mundo oscuro, la muchedumbre de los humildes, que son los mismos en todas partes. ¡Qué simpáticas he encontrado á esas gentes, industriosas hormiguillas, que marchaban á buen paso al taller, á la fábrica, al mercado, á la busca

diligente del sustentol ¡Cómo me gustaba oír sus breves diálogos, sus risas, sus dichos chistosos, las expresiones pintorescas de su alma sana, virginal, la única esperanza, la sola verdad! ¡Qué manantial es el pueblo! Masa indiferenciada, gran materia viva para construir un arte y una fe, corazones frescos que no se han chamuscado en el fuego agostador del mundo de ficciones y mentiras. Frente al escepticismo elegante de los refinados, levántase la candorosa credulidad, la fe de los sencillos. Hay que buscar el ideal en la vida vibrante de los de abajo, no en las figuras correctas de los de arriba, vivientes cadáveres, cuerpos perfumados, sepulcros de sus almas muertas...

Vivo, como te he dicho, en una casa de huéspedes, tengo una habitación clara y ventilada sobre un jardín vecino, un lecho limpio, una alimentación suficiente, los libros de mis estudios y tu recuerdo siempre... Es una dulce soledad esta en que tu imagen me acompaña... Siento que está conmigo tu alma... Alégrase la aridez de mi existencia... Estoy contento, Consuelo.»

A lo largo de aquel curso cartearonse sin cesar Pedro y Consuelo, dominando en esta correspondencia un optimismo apacible, un tono alegre de juventud, amores y esperanzas.

«No sé como explicarte el contento que me producen tus cartas... No me basta tu recuerdo, porque, á puro ser intenso, se pierde en mi imagi-

nación como un gran sueño al despertar, como un gran sueño delicioso de inverosímiles dichas. Y tus cartas me devuelven la realidad que la loca imaginación ahuyenta; soñ el testimonio palpable de que no eres una sombra, una visión de la mente mía... palpable, sí, porque acarició el fino papel que tocó tu mano, contempló las menudas letras que trazó tu pluma, gráficos signos que, más que á mis ojos, hablan á mi alma... ¿Será sueño también, Consuelo, será sueño?»

Y asegurábale Consuelo á vuelta de correo, con una deliciosa ingenuidad que enloquecía á Pedro, que no era sueño.

Consuelo se entregaba á este juego de cartas como á un infantil recreo, con angelical inconsciencia. Su ingénita vanidad de mujer sentíase halagada por los conceptos de Pedro y por haberle inspirado su gran pasión. Hallábanse ambos en el umbral de la vida; creían tener el infinito por delante, y no se cuidaban de la vida concreta, de los obstáculos para la realización práctica de aquella pasión. Eran amores ideales, bellos discreteos de dos almas gemelas, cantos regocijados de aves libres, susurro de arroyuelos, bajo el gran sol que vivifica el alma infinita y compleja de los seres y las cosas. Corrían estos amores, como los manantiales puros, por el subsuelo del secreto. No osaba Pedro comunicarlos á sus amigos de Madrid, y Consuelo los guardaba en la intimidad de su alma,

porque sabía que en aquella casa nadie estimaba á Pedro, y acaso por esto mismo gozaba ella en estimarle más, como en reparación de una injusticia.

XVII

Con los primeros calores de junio apareció Andrés, sin previo aviso, en el palacete de sus padres. Fué una entrada furtiva, como si temiera mostrarse á las miradas de su familia. En la cabeza traía unos claros que ponían de manifiesto el cuero cabelludo, como si un torpe esquilador hubiera dado tijeretazos sin ton ni son; las cejas casi no existían, los ojos mortecinos, la piel llena de manchas... ¡Qué exámenes ni qué niño muerto! Los profesores no tuvieron el gusto de conocerle ni él á los libros. Lo que sí conoció bien fué la ciénaga apestosa que guarda en su seno la corte, los centros viciosos de Madrid, las chirlatas, los clubs veloces y de pequeña velocidad, la prostitución elegante y la pesetera; las desvergüenzas del género chico en la sección de última hora, que es la primera del nuevo día, la que agrada á la gente maleante y baldía, que necesita pasar la noche en claro como el comer. Montó en cólera Ranzade ante el vergonzoso estado de su hijo, y á no terciar la madre le arreara de buena gana sendos ca-

chetes. Fué un disgusto serio el que le dió Andresito, y empezó á pensar que era aquel niño una mala obra, su segundo fracaso, después del ferrocarril de triste memoria. Y es lo bueno que, como si la suerte pícara se holgara en urdir enredos y contrastes, llegó pocos días después Pedro con el año ganado brillantemente. Traía para su tío una carta del profesor de química, hombre apasionado de su ciencia, un bravo peón y entusiasta de la juventud estudiosa, en la que felicitaba á D. Manuel por tener un sobrino «que por su aplicación, seriedad y buen talento, es una consoladora esperanza para el progreso de la ciencia y la cultura del país. Yo me honro con su amistad y le considero desde ahora como un compañero.»

—Esa es una carta impertinente—dijo la señora con enojo—Nadie le ha preguntado nada... Si estudia, buen provecho le haga... Mi hijo tiene muchos millones...»

Gruñó Ranzade ante esta burrada de su mujer, pues no gustaba hacer alarde de su dinero, ni veía en ello una justificación de la conducta de Andrés. Anduvo algunos días malhumorado con este suceso, hasta que una tarde, estando en su despacho, entraron su mujer, el padre Artola y Andresito. Intervino D. Santos para poner las cosas en su punto con la autoridad que en aquella casa tenía. Expresó su desden hacia esos jóvenes precoces que á los 20 años quieren ser unos sa-

bios y, en realidad, no son más que unos pedantes. Justificó en cierto modo las calaveradas de Andrés y la pérdida del curso. «No tiene la cosa gran importancia, ciertamente... Hay en eso muchos prejuicios... Ha estado de moda el excitar á los jóvenes al estudio sin método ni medida, pero los resultados han sido funestos; se ha producido verdadera depresión espiritual á fuerza de cargar de libros los cerebros, libros mal digeridos, porque la juventud no puede comprender ciertas cosas... Es el libro como el veneno: las grandes dosis matan. Sólo la prudencia y la moderación hacen saludable lo que es nocivo tomado sin tino... Una activa disciplina debe dirigir la enseñanza... Crean ustedes que hay una gran ilusión en la importancia que se da al saber. En eso, como en todo, tanto se peca por exceso como por falta... ¡Cuántas almas perdidas por saber demasiado! ¡Cuántos espíritus sucumben bajo el peso de los libros! ¡Cuánto pedantismo!... No es que yo preconice la ignorancia... ¡líbreme Dios! pero es menester obrar con cautela y no prestar una ciega admiración á los estudiosos. La sed de ciencia es un peligro mortal, porque hay mucho veneno en el ambiente y lo absorben los sedientos. ¡Oh! no es la concupiscencia de la carne lo peor... los pecados del cuerpo no tienen trascendencia, son inocentes, créame D. Manuel... Lo más vituperable es la concupiscencia del espíritu, la soberbia del alma, el

satánico pecado de la rebelión... No se revelan los pecadores de la carne... el arrepentimiento viene con la saciedad. Pero los del espíritu ¡qué peligrosos!... Hubo un tiempo en que la Iglesia creyó en la bondad del cultivo de las inteligencias. Mas vió salir de su propio seno sus mayores enemigos, hijos parricidas que clavaron sus puñales en el pecho de la Santa Madre, y en esta dolorosa experiencia aprendió á conocer los peligros que hay en una excesiva amplitud de los conocimientos... Basta una relativa cultura en las clases directoras, un saber elemental, cosas prácticas para el desenvolvimiento de la prosperidad social. ¿Cree D. Manuel, por ventura, que son más útiles que él esos sabios presuntuosos? Pues se equivoca, porque todas las especulaciones, todas las osadías de la inteligencia, no traen más que zozobra y desconcierto, debilitan la autoridad; suscitan cuestiones imprudentes, que están ya juzgadas por la Iglesia; su obra es destructiva, en tanto que la de usted es constructiva... La Iglesia es la depositaria de las eternas verdades, y toda discusión sobre ellas es contraria al orden social... La obra de los hombres debe ser la obra de usted, obra modesta y pacífica encaminada al fomento del bienestar, al desarrollo del trabajo y de la riqueza, á la aminoración de la miseria... Es obra grande y meritoria la de usted, D. Manuel, créame, y eso del muchacho no debe afectarle... El se corregirá y será bue-

no ¿verdad Andrés?» Y acariciaba al joven mirándole con simpática benevolencia cifrando en él esperanzas tan halagüeñas como las que, en otro orden, cifraba en Pedro el buen químico de Madrid.

No se ocultó al P. Artola el buen efecto de su plática en D.^a Rafaela y aun en el propio Ranzade, cuya vanidad de obrero millonario hallaba deleite en los juicios lisonjeros del cura. Era para él la pura verdad lo que acababa de decir. Su obra era más útil que la de tantos autores de libracos que calientan la cabeza á la gente, y total para nada práctico. Sin embargo, comprendía que Don Santos había desviado un poco la cuestión. Bueno que la gente no se metiera en honduras filosóficas, y que dejaran á la Iglesia en paz con sus «eternas verdades;» pero, ¿qué tienen que ver esas eternas verdades con la carrera de ingeniero, cuyo primer año fué á estudiar su hijo y se vino sin estudiarle y hecho una porquería además? Se avino, al fin, á perdonar á Andrés su primera calaverada, pero le dijo que cuidado con otra, porque estaba dispuesto á atarle corto si volvía á las andadas, y que le pondría en el escritorio á trabajar como un dependiente cualquiera. Lo cierto es que Ranzade iba perdiendo la confianza en su hijo como continuador suyo, y al mismo tiempo afirmábase su confianza en sí propio. No era hombre petulante, pero gustábale el halago de su la-

bor. En la alabanza que hizo el P. Artola de «su obra» no vió más que justicia seca.

No, no serían capaces de tanto los jóvenes del día, que todo se lo encontraban hecho; no serían capaces de acometer tan magna empresa, crear un capital cuantioso á fuerza de puños, con un trabajo sin desmayos, año tras año, formar una familia, un nombre respetable; sacar de la nada industrias, navíos, propiedades diversas, riqueza, vida, trabajo... ¡Obra de creador! ¡Obra de genio! Y era verdad. Nadie cumplió con más energía que él su misión histórica. Hijo de una época en la que el progreso material se inclinaba á un maravilloso desarrollo, entregóse con todas sus potencias á la labor. Era tal la intensidad de interés, tal la fuerza volitiva que ponía este hombre en los negocios, que era capaz de mover montañas con esta fe nueva. Desde sus primeros pasos humildes por entre el barro rojizo de las minas, habíase elevado á la más alta especulación, á la filosofía de los negocios. De rústico que fué, tornóse en hombre ilustrado con todos los conocimientos necesarios para su gran empresa. Apenas conocía en un principio más que las cuatro reglas de la aritmética, y estas no muy firmes. Pues llegó á adquirir tal habilidad en los cálculos, que muchas veces rectificó al golpe de vista errores cometidos por Vicuña ó por los dependientes de la contabilidad. Multiplicaba de memoria el tonelaje de un barco por el

precio del mineral en chelines, más el cambio, y sacaba el producto sin marrar en una peseta. Con igual destreza combinaba las operaciones de Bolsa, la compra de esto y la venta de lo otro, los complicadísimos fletes de carga general que tomaban sus vapores, el coste del carbón, el dividendo de una industria, etc. Sus conocimientos geográficos habían sido un tiempo tan modestos, que á todo lo muy lejano llamaba «las Américas,» sin tener idea aproximada de la extensión ni situación de las naciones, pero desde la compra de sus vapores sintió la necesidad de saber estas cosas y las supo. Hízose cargo entonces de la estructura terrestre, de la situación de todos los mares, de los puertos, del camino más corto para ir á ellos, de los productos de cada país, y todo esto lo aprendió sin abrir un libro, sin ver un mapa; simplemente por la cuantía de los fletes, por el gasto de carbón, por la duración de los viajes. Y otra prueba de lo que puede la voluntad tenaz de un hombre recogido en un fin concreto: desde que se hizo cargo de que la lengua española no era admitida en el comercio internacional (¡pobre lengua de los hidalgos, venida á menos como ellos!) quiso entender el francés y el inglés, y los entendió, sin que libros ni profesores le enseñaran, que no tenía él tiempo ni edad para meterse en trotes gramaticales. Poseía una lucidez y una intuición admirables para adaptarse cuanto tuviera relación con los negocios.

Habíase mortificado su amor propio al principio cuando le tenían que leer las numerosas cartas que recibía del extranjero.

Veíase obligado á firmar como en barbecho las contestaciones, fiándose de la buena fe y de la inteligencia del dependiente que las escribía. No comprendía el por qué de tal diversidad de lenguas, cuando nos podríamos entender muy bien todos en español. Pero no era hombre que se entregaba á divagaciones estériles ni que veía imposibles en nada, tratándose de sus asuntos, y dióse á leer con tal empeño toda su correspondencia extranjera, que consiguió descifrar, con la clave de su voluntad intensa, el oculto significado de aquellas lenguas. No hubiera podido decir con precisión lo que significaba esta palabra ni la otra, ni cual era el verbo, ni cual el sustantivo, mas lo cierto es que él entendía muy bien el sentido de todo y cada vez más fácil y claramente.

XVIII

Reconvenía con acritud á su hijo explicándole cómo él, su padre, pobre burro «sin principios», salvaba los inconvenientes á fuerza de aplicación y trabajo, en tanto que él perdía el tiempo en calaveradas estúpidas, y le aseguraba que tendría que sentir si no se enmendaba, pues no quería vagos ni

viciosos en casa. D.^a Rafaela defendía á Andrés ante su padre, pero á solas le decía: «Tiene razón, tiene razón tu padre... ¿No te da vergüenza? ¿Venir en ese estado, perder el año, gastar una fortuna en locuras!... Ahí tienes á tu primo... Nos está abochornando... ¡Tú me vas á quitar la vida, hijo!» Y al evocar á Pedro le salían unas lágrimas ardientes como lava, lágrimas de rabia, de despecho, de envidiosa ira, de sofocante indignación. Pero donde pudieran oírla adoptaba otro tono y decía, refiriéndose á las pilladas de su hijo: «¡Bah! ¡Cosas de la juventud... ¡Más vale que lo haga ahora, para ser luego hombre de provecho. Yo desconfío de esos tontainas que á los 20 años quieren aparecer serios y juiciosos... La borrasca vendrá después... Me revienta la hipocresía... Cada edad pide sus cosas...»

Y si mentaban el brillante resultado de los estudios de Pedro, hacía un mohín de indiferencia ó de desdén, y exclamaba, cambiando de postura por impulso de los agitados nervios: «¡Menos mal! El pobrecillo se ha hecho cargo de su situación, y se conoce que ha apretado de firme... Buena falta le hace, porque no pensará pasar toda la vida viviendo á costa de los sudores del tío... La generosidad tiene un límite...»

Hálló Ranzade compensación á este disgusto en un nuevo éxito mercantil, en una fase nueva en la que su prestigio fué exaltado y confirmado. De-

mostróle D. Santos Artola, con los hechos de que luego se hablará, que no por vana adulación le alababa, sino por un conocimiento reflexivo de sus grandes aptitudes, por un juicio imparcial de sus méritos. Con su habitual penetración, vió Artola todo el partido que se podía sacar de este hombre, de sus virtudes y de sus vanidades, y le propuso la ampliación de sus negocios, transformando su casa en una Sociedad anónima, de la cual sería él, Ranzade, el gerente y el principal accionista, quedando al cuidado del P. Artola la busca de los nuevos capitales. Agradó á D. Manuel la idea, pero hizo una salvedad: que se avenía á dar participación á otros señores en sus negocios en la forma propuesta por D. Santos, pero que se reservaba para sí, como negocio aparte y personal, el de la exportación de minerales. Descaba continuar por su propia cuenta este negocio, que fué el primero, al que se lo debía todo, y le guardaba un cariño amoroso, que también tiene amores el alma del negociante y guarda en su corazón exquisitas predilecciones. Respetó Artola este exclusivismo muy legítimo, y acordóse entre los dos que la Sociedad anónima fuese únicamente naviera, tomando por base los vapores que poseía Ranzade y construyendo, para ampliar la flota, otros seis buques de mayor porte con los nuevos capitales que se le ofrecían, y emitiendo en representación del valor de todos ellos las acciones necesarias, re-

servándose D. Manuel, como primer accionista, una gran parte de ellas y la gerencia de la Empresa con 60.000 pesetas anuales en calidad de retribución, más las utilidades correspondientes á su capital aportado. Fué coser y cantar. El sagaz Artola allanó todas las dificultades, y se constituyó la Empresa bajo la razón social de Ranzade y Compañía, Sociedad anónima con capital de 5.000.000 de pesetas representadas por 10.000 acciones de 500 pesetas.

Tomó D. Santos una porción respetable de estas acciones para los amigos que le recomendaron este negocio y algunas más para aplicar ciertos fondos que le confiaron unas monjitas para que los empleara en cosa segura y productiva. Tenía también otros picos de sacerdotes amigos, de señoras piadosas y algunos fondos de donaciones para los cuales no había llegado aún el momento de aplicación, y se hallaban improductivos en las arcas de los párrocos. Movilizó todo el capital inactivo de las sacristías, de los conventos, todo el numerario de las gentes piadosas. Agotáronse las acciones antes que los cuartos que el Padre traía de una parte y de otra. Muchos amigos de Ranzade querían también acciones, pero llegaron tarde. Y viendo D. Santos que ya no era posible colocar más dinero en aquel empleo, solicitó de D. Manuel que le cediera algunas de las muchas acciones que él tenía de la «Sociedad de aceros

laminados», acciones muy apreciadas por la próspera marcha de aquella industria. No puso reparo Ranzade y avínose á lo que Artola quería. Aquel afluir de dinero á su casa le conmovió hondamente. El éxito brillante de la suscripción de las acciones, aquella expresión de confianza en su capacidad y en su nombre, fué una satisfacción exquisita para su amor propio, para su vanidad, para su alma de negociante. Se ocupó la prensa de su persona en aquellos días, elevóle á las nubes con los ditirambos apropiados al caso, y fué, en fin, un triunfo en toda la línea para él, un ascenso hacia las regiones de la gloria humana. Mostróse como nunca complaciente y atento con el P. Artola, á quien debía buena parte de aquella gran satisfacción. Aprovechó D. Santos aquel estado de ánimo para insinuar, con el arte delicado que él poseía, que hacían falta tres mil duros para completar el coste del órgano monumental que se estaba construyendo en Barcelona para el templo de San José, el templo nuevo que las almas piadosas y previsoras habían levantado en el barrio obrero de Escoriana. Dióle Ranzade los tres mil duros, que el cura agradeció con delicados términos, y añadió: «Espero que usted nos honrará con su asistencia á la solemne función inaugural; se le reservará un puesto de honor entre los grandes bienhechores... Si no temiera abusar, le recordaría que el proyecto del Centro Católico Obrero se halla estancado por

falta de una pequeña suma, para asegurar su sostenimiento... Es poca cosa, unas... (y miró á un papel como mira el actor á un libro de guardarropía para recitar versos aprendidos de antemano) cien pesetas mensuales... En verdad, yo creo abusar de su generosidad... pero ¡es esto tan necesario, Dios mío!... Estos Centros son una feliz institución para apartar á los trabajadores de caminos peligrosos...» Díjole Ranzade que contase con las cien pesetas mensuales. Y D. Santos, como si quisiera indemnizarle de sus dádivas generosas, regalóle el oído un buen rato con encarecimientos que halagaban el amor propio de D. Manuel.

Aquel malhadado ferrocarril de Altamira comenzaba á renacer, y este renacimiento produjo al punto una violenta subida en las acciones. Un grupo de banqueros quiso comprar á Ranzade todas las que él tenía, que eran muchísimas, pero rechazó la proposición, porque ya que tragó la hiel del desastre, no quería que otros gustasen la miel del triunfo.

«Ha hecho usted muy bien—le dijo Artola;— nos dejaron solos, todos lo combatían, y quieren ahora llegar con sus manos lavadas y recoger el fruto... ¡De ninguna manera!... No saben salir de los caminos trillados... Usted ha visto más allá que ellos, y es justo que recoja la gloria y el provecho... A primera vista, para las inteligencias vulgares, parece que un ferrocarril no tiene vida sino

atravesando zonas pobladas, parajes donde hay riqueza y movimiento; pero usted ha concebido una inversión maravillosa de los términos, haciendo causa de lo que es efecto... ¡Un ferrocarril por una estepa! —exclamaban—sin comprender que la estepa es estepa por falta del ferrocarril.! Usted ha hecho surgir la riqueza donde no la había... Terrenos pobres, incultos, abandonados por carencia de comunicaciones, se tornan en centros de actividad, fértiles y ricos, recibiendo la vida del ferrocarril y á su vez dándosela á él... Es la admirable trabazón de las causas con los efectos, la reacción de unos sobre otros... Hacer una vía férrea por terrenos ricos y poblados, es una empresa vulgar, elemental. Lo que importa es despertar las dormidas energías de los sitios solitarios y abandonados, evocar la vida... ¡Es muy hermosa, don Manuel, esa empresa; lanzar la locomotora por las tristes soledades á congregarse á las gentes, á estimular el trabajo, á fomentar la riqueza y el progreso! Es una concepción eminentemente científica... La resurrección de este negocio, que ya daban por muerto sus enemigos, es el más señalado triunfo para usted y la confirmación de su singular capacidad.»

Entre esta racha de favorables sucesos, apenas tuvo Ranzade fuerzas para protestar de que su hijo abandonase la carrera de ingeniero. A los primeros gruñidos atajóle su mujer diciéndole que An-

drés estaba delicadillo y no podía soportar los grandes desvelos, los estudios atroces de esa carrera, y se convino que estudiase la de abogado. Consoló el P. Artola de esta decepción á Ranzade, diciéndole que, en efecto, era una carrera de escaso porvenir, pero que felizmente su hijo tenía el porvenir asegurado, y era suficiente que adquiriese una cultura general para que le ayudase mañana en los negocios, aliviándole el peso en los cansados años de su vejez.

No pudo abandonar Andrés sus malos hábitos adquiridos; gastaba mucho y estudiaba poco, y gracias á las continuas excitaciones que por cartas le dirigía su madre, diciéndole que si era menester diese dinero á los profesores para que le aprobasen, que ella se lo enviaría sin que se enterase su padre, estudió un poco al final de los cursos, y fué sacando adelante la carrera entre aprobados y suspensos, y tropezones y vuelta á empezar.

XIX

Divertía Pedro sus ocios del verano en lecturas diversas, á saber: obras de ciencia médica, tratados de filosofía, alta literatura, economía política y gran número de trabajos de todas tendencias referentes á la cuestión social. Encerrábase en su cuarto largas horas para entregarse al estudio. Es-

tas encerronas no eran del agrado de su tía, quien no le perdonaba la ofensa que la infirió al apartarse de su hijo en Madrid, ofensa exacerbada con las posteriores mortificaciones por el contraste de su aplicación y buen talento en frente de la holgazanería de Andrés. Por su parte, el padre Artola manifestaba su sobresalto ante aquel exceso de estudios, y veía en ello un síntoma alarmante, un caso de «soberbia del espíritu», que, según él, tenía más trascendencia que las concupiscencias de la carne. Tenía Artola una repugnancia invencible hacia las manifestaciones del espíritu, tal vez porque fué una víctima de esa soberbia, pues en una rebelión de su espíritu murió su pristina inocencia, su fe de otros días, el sosiego de su alma... ¿Para qué pensar, si el pensamiento humano es impotente para descubrir la verdad? ¡Vanidad y soberbia nada más! ¡Miseria, miseria! Y así había llegado á conceder una gran tolerancia á los bajos pecados del cuerpo, á los que consideraba provechosos para deprimir la inteligencia y ahogar las especulaciones ideales, paralizando por el libertinaje físico, la actividad espiritual y los anhelos peligrosos de los hombres que se sobreponen á los vicios vulgares y á la tiranía de la carne. Vivía él en una austera honestidad, limpio de todo pecado carnal; pero miraba con benevolencia á los hombres inferiores dominados por las bajas concupiscencias, esclavos del imperativo fisiológico,

máquinas de placeres animales, seres mansos, almas sepultadas en la tumba de su propia indignidad.

Ello es que llegó á Pedro la noticia de que su copiosa lectura disgustaba en la casa, y, sin más queja que un suspiro, cogía sus libros y marchaba al campo. Y allí, bajo el sol ardiente que daba generoso calor á todos los nacidos, sin clasificaciones ni jerarquías, echábase en el regazo de la santa madre naturaleza y acariciaba todo el ensueño de su ideal, la gran unión de todos los hombres, la gran armonía de las instituciones sociales, como una extensión de la armonía del universo, como una derivación de aquel orden admirable de los cielos, como un reflejo de aquel sol sereno y majestuoso que á todos ¡á todos! envía su luz y ofrece su acción vivificante.

«Sigue el sol impasible en su gran carrera, obedeciendo á su ley; la naturaleza no descansa en su germinal actividad, laborando en su seno el pan nuestro, fiel á un orden, á una ley; los astros, los mares, el universo, todo marcha en puntual concierto... Sólo los hombres parecen regirse sin ley, por el acaso, por una fuerza inorgánica de descomposición, destruyendo unos elementos la acción de otros, anulándose los esfuerzos por la oposición de los fines individuales... ¿Por qué no ha de haber una ley presidiendo al régimen social, una ley de armonía como la de los astros, una

convergencia de los fines individuales hacia un fin común, la gran unidad humana?...

Hay hombres perversos y egoístas, pero su perversidad y egoísmo no son esenciales; más bien pueden ser el efecto que la causa del desorden social, que suscita nuestras querellas. El mal es posterior al hombre, es objetivo, externo, y sólo se torna en subjetivo por refracción del ambiente. No es la perversidad una resultante necesaria de la complejidad espiritual del hombre, sino un eco del ambiente, una deformidad del modelado por la acción persistente de un medio moral rudo, que obra sobre los hombres y les imprime todas sus asperezas, como el ambiente físico determina los caracteres de las formas físicas. Un medio precario, cual el de las zonas árticas y los parajes de clima extremoso, crea seres rudos, ásperos y mal formados; un medio atenuado, como el de las zonas templadas, modela seres delicados, que reflejan en su estructura el cielo clemente y la naturaleza sosegada. Mas el medio social inorgánico es tempestuoso é inclemente y no puede crear más que esquimales, seres deformes, hijos monstruosos de un medio monstruoso, almas llenas de aspereza, individualidades disonantes de un todo inarmónico. Y en esta mortal discordancia, en esta infausta polarización que arrastra á unos al fuego de la opulencia y á otros á la glacial miseria, son tan tristes los gemidos del miserable vencido co-

mo los gritos salvajes del vencedor... ¡Ruinas, ruinas! ¡Misericordia en el pobre y miseria en el rico!... Todos necesitan ser redimidos, todos entrar en la gran ley del universo, en la ley de la armonía general, formando, por la mutua cohesión, la gran humanidad libre, unida y feliz, y esta ley de armonía debe gravarse en el alma de los hombres para que la obedezcan por su fuerza interna, pero esto no se realizará hasta que la ley externa modifique el medio cuya acción persistente debe armonizar el alma individual con el alma colectiva é imprimir la dirección conforme al bien común y á la infinita armonía de los seres y las cosas. Y cuando todos lleven en su alma la ley, serán ociosas las leyes. Mas, entretanto, es preciso crear el medio externo, un ambiente de justicia y fraternidad, fortalecer los vínculos humanos, la conciencia de solidaridad, ayudando á la gestación del organismo social, cuya alma debe nacer de la dirección unificada de las almas individuales, abandonando el antagonismo destructor y la triste soledad del egoísmo, tumba de los anhelos generosos, de la concordia y del progreso verdadero.»

Tras de las grandes pesadumbres y cavilaciones y hondos estudios, buscaba Pedro un refugio de reposo, un descanso á su fatigado espíritu, en la noble literatura, en las puras emociones del arte. Deleitábase también la música, mas no osaba llegarse al piano desde el incidente aquel con su tía,

y contentábase con escuchar las piezas que Consuelo tocaba, trozos de los grandes maestros, que él la había enseñado. Hallábase un día tocando la bonísima rubia un fragmento exquisito de los que más gustaban á Pedro, el cual le oía con deleitoso recogimiento, en ocasión en que se hallaba presente Manuela, la linda despotilla, y como se aburría de aquella música, que nada decía á su alma, exclamó, dirigiéndose á su hermana: «¡Qué soserial Parece lo que tocan en misa... Niña, toca otra cosa...»

No hizo caso de aquel mandato Consuelo que, como Pedro, sentía un misterioso deleite en aquella música, que era como una conversación espiritual entre los dos, y entonces fué Manuela y, quitando el papel del atril, le arrojó lejos. Ya estaban acostumbrados á estas cosas de la autoritaria señorita, así que nada digieron; abandonaron el piano y se fueron al balcón, en tanto que la otra, dueña del campo, manoseaba el teclado con escalas y arpeggios, y ejecutaba luego todo su repertorio, que consistía en algunas sinfonías rosinianas, valeses, polcas, pasodobles toreros, y para remate, su poquito de marcha real con mucho meneo de cabeza y una escala, como punto final á aquel vértigo de música loca.

Comentaron los del balcón aquella burrada en silencio, con el lenguaje de sus miradas, y ya, puestos al habla, se digieron otras cosas mas hon-

das, se expresaron un mundo de simpatías y de afectos, se estableció la corriente entre los dos corazones y parece que se firmó un pacto de eterno amor, que selló Pedro con un beso mudo en la manó que tenía Consuelo sobre la balustrada. En aquel momento un escalofrío de terror corrió por el cuerpo de los dos: el P. Artola les saludaba desde abajo, mostrándoles su blanca y afilada dentadura de mastín con una sonrisa cruel que insinuaba una perfidia.

XX

Conservó Don Santos en secreto la revelación de aquellos furtivos amores. Marchóse Pedro á Madrid y reanudóse el carteo entre los dos amantes.

Llegaron los nuevos vapores á ponerse á las órdenes de Ranzade. Quejábase Vicuña del trabajo excesivo que vino con el aumento de los negocios, y esta queja implicaba una solicitud de mejoramiento en el sueldo. Lo obtuvo, pero no así los dependientes que estaban agobiados por el trabajo sin compensación ni estímulo en la ganancia. Hacía falta más personal; pero Ranzade había contraído el compromiso de honor de dar un buen dividendo á los accionistas, que con tanta liberalidad y confianza le trajeron su dinero, y era me-

nester poner coto á los gastos, pues el P. Artola le repetía á diario: «Todo negocio es asunto de administración; hay que evitar el despilfarro». Y no era lo peor que los dependientes se lamentasen del mucho trabajo y escasa retribución, sino que las economías llegaron también á la gente de á bordo, á los pobres tripulantes de la poderosa Compañía. Y luego ¡qué ansias de lucro, que precipitación en la carga y descarga para ganar tiempo y apresurar los viajes y sacar jugo á los barcos! ¡Ah, no!, no era lo de antes; hasta el último marinero notó que aquellos no eran los tiempos de D. Manuel, que desde la transformación en Sociedad anónima había entrado un viento codicioso que los lanzaba sin ningún respeto ni consideración en marchas forzadas á la negra lucha del mar, en un vértigo infinito, sin darles lugar á detenerse un rato en el puerto donde estaban los suyos, los pobres hijos que apenas conocían al padre, siempre ausente, la mujer que deseaba al marido y no podía poseerle más que aprisa, en marcha, como el ganado trashumante que se queda atrás, en sus amores precipitados del prado, y le sorprende la vara del pastor. El pito de la máquina llamábales con imperioso acento á ocupar su puesto. ¿Y es que eran otra cosa que un engranaje del barco, brazos de la máquina? ¿Quién les dijo que eran hombres ni que tenían derecho á poseer familia, á sentir afecciones humanas? No, las máquinas no sienten; no tienen

corazón; son todo brazos. El acero rueda, mueve, alija, y cuando se rompe ó se gasta, se tira y se reemplaza.

Y tenía razón Ranzade: si la gente trabajaba, no trabajaba él menos. Y era verdad, porque jamás se ha visto hombre más ocupado. Tenía que atender á todo el tragín de sus minas, á sus operaciones de Bolsa, á la administración de la Sociedad de aceros laminados, al ferrocarril de Altamira, y á los catorce vapores con su incesante marchar de puerto en puerto, combinando viajes sin descanso, buscando carga por toda la redondez de la tierra, lanzando telegramas á los cuatro vientos y cartas por centenares. Era un trabajo abrumador que podía soportar Ranzade, gracias á su robusta salud, á su genio de negociante y al estímulo de los resultados. Estos fueron tales que á los seis meses pudo dar á los accionistas un dividendo de 10 por ciento á cuenta de las utilidades del año, correspondiéndole á él una buena porción del botín, más los plácemes entusiastas de los accionistas que, á propuesta de D. Santos, le dieron un voto de gracias y acordaron que constara en el acta la satisfacción con que veían su gestión. Artola le proclamó como la primera cabeza mercantil de España.

Además del crecido dividendo, quedó un buen pico en fondo de reserva para construir nuevos barcos sin aumentar el capital.

Gozaba infinitamente Ranzade con este teje-maneje y absorto en él, no prestaba gran atención á los tropezones que daba Andrés en su carrera ni á la tirantez de relaciones entre Pedro y su mujer. Un día, al finalizar el verano, cuando se disponía Pedro á marchar á Madrid para estudiar el quinto año, había salido á dar un paseo por los montes. Quería aprovechar aquellos últimos días para hacer ejercicios al aire libre antes de encerrarse en la vida quieta y estudiosa de Madrid. Gustábanle los largos paseos, trepar por las faldas de las montañas hasta las más altas cumbres en cuya paz silenciosa sentía un misterioso consuelo. Su salud era perfecta, tenía buen color; se había desarrollado plenamente el hombre sin rebasar los líneas del correcto animal humano que ya, en los comienzos de su adolescencia, se había esbozado. Tenía la plenitud varonil de sus 24 años y desmentía el dictado de «tísico» que su tía había usado aludiendo poco piadosamente á su anterior delgadez y á la enfermedad de su madre. Sucedió este día que mientras Pedro correteaba en las alturas, subieron á su habitación con cauteloso andar D.^{ña} Rafaela y el padre Artola. Sobre una mesa, arrimados á la pared, había como un ciento, ó pocos más, de libros. Avanzó el cura y cogió uno al azar...—¡Horror!... Voltaire—leyó en el lomo. —¡Lo que yo decía!... ¡La soberbia del espíritu!... Esto es intolerable en una casa católica.

—Aquí los malos,—dijo la señora aproximando un butacón, que recogió entre sus abiertos brazos á «Cándido» y á «El Ingenuo». Salieron luego obras varias, una «Introducción al estudio de la medicina», la «Morfología» de Haeckel, la «Patología celular» de Virchow, un tratado de «Química biológica» y dos grandes tomos de Historia natural, todos los cuales quedaron sobre la mesa como no pecaminosos. Entró en turno luego «Das Kapital» que D. Santos conoció al vuelo ser la obra de Marx, aunque estaba en alemán y á él le estorbaba lo negro. Fué al butacón con Voltaire, el impío. También Spinoza el panteísta, al butacón en compañía de Kant y Schopenhauer. Spencer y Comte... ¡positivismo ateo!... al butacón también con Rousseau y Diderot y Ruskin y Tyndall y diez más... Darwin... ¡la soberbia humana que quiere enmendar la plana al «Génesis»!.. ¡fuera! Fuera también Proudhon, fuera Taine, fuera Renan, fuera Hegel, y este Nietzsche, loco de atar... Aristóteles... ¡soberbia, soberbia!... al butacón, y allá va también Virgilio el pagano... Wagner, «Curso de economía»... quédese con los buenos... San Agustín, Bossuet, Kempis, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Fray Luís de Granada... ¡Diablo!... ¿Qué mescolanza es ésta?... ¡La soberbia!... Quiere saberlo todo por delectación intelectual... al butacón estos también... y este Quijote... no, este á la mesa... San Jerónimo, San Pablo... al

butacón... Tirso, Lope, Moliere, Calderón, Shakespeare, Goethe, Moratín... ¡comediantes! Yo los echaba también fuera; pero, en fin, hay que transigir con el mundo, que se ha empeñado en glorificar á estos danzantes... Queden aquí con los buenos para atestiguar el alto espíritu transigente de la Iglesia.»

Salieron después rarísimos libros en lenguas alemana, inglesa y francesa, cuyos títulos y autores veía por primera vez D. Santos. Aquí fué el apuro, porque ante todo era preciso mantener el prestigio. Para D.^a Rafaela, el P. Artola lo sabía todo; no le concebía ignorando nada. La discreción en los consejos, la amenidad de su conversación, su elocuente palabra en el púlpito, y la opinión de sabio que gozaba, rodeábanle de una aureola que á las beatas se les antojaba foco luminoso donde se encerraba todo el saber humano. Conocía D. Santos muy bien las tretas para mantener la buena opinión sin descender, es claro, á la burda labor de la alabanza propia directa.

Entonces se vió el excelso cómico que era: con gentil desenfado, como pudiera coger el misal ó el breviario, cogía los libracos aquellos... «¡Ah, sí!... Este es bueno...» y pronunciaba perramente el título, seguro de que la señora no había de rectificarle. «Al butacón éste, y éste y éste.» Lo principal era no vacilar, que la señora no viera asomo de ignorancia ni de duda. Él, por natural inclina-

ción, mandaba el mayor número al butacón, así que no salieron victoriosos de la operación selectiva más de treinta libros. Es verdad que algunos muy piadosos fueron al butacón por culpa de sus enrevesados títulos y del poco reposado examen. En cambio, en el montón de los buenos quedaron varios de los que encienden el pelo. Y es que don Santos no conocía más que los autores ruidosos, los que suenan constantemente en periódicos y Ateneos, pero no los que habían lanzado sus obras mansamente, sin estrépito, para los hombres estudiosos, más que para las disputas de los pedantes ó las controversias de los intransigentes. Mientras el cura terminaba la selección, D.^a Rafaela, que estaba indignadísima contra su sobrino, abría y cerraba cajones buscando nuevos volúmenes que su olfato de beata felina le había hecho presentir, y, en efecto, abrió un baul y fué un horror. Lleno hasta las tapas estaba de obras que, probablemente, serían hermanas de las que, en montón desordenado, se mantenían con pena entre los rollizos brazos del butacón. Asustóse D. Santos ante la perspectiva del fatigoso trabajo que le amenazaba con el descubrimiento de la señora, y pensó condenarlos todos sin piedad, seguro de que predominaba allí la heterodoxia desenfrenada, la soberbia del espíritu; mas en aquel instante se abrió la puerta y Pedro entró.

XXI

Parecía que toda la sangre del cura había pasado al cuerpo de Pedro, pues mientras aquél palideció con la brusca entrada del joven, éste se puso rojo como las cerezas y le asestó una mirada hiriente como un puñal. Apartó la vista el cura; se esforzó por aparecer sereno, con la estóica dignidad del que ha cumplido un deber, más que una falta. D.^a Rafaela hubiera querido verle más entero, más bravo, rechazando con energía la audaz expresión colérica de aquel mocoso; pero ya que el Padre se achicó, como si hubiera cometido un pecado, entendió ella que debía echarle un capote para sacarle de aquella embarazosa situación, y así, encarándose con Pedro, dijo:

—De ningún modo tolero yo en mi casa que se falte al respeto á un digno ministro del Señor. Ha sido llamado aquí por mí para poner coto á este escándalo, y lo que «usted» tenga que decir me lo dice á mí...

—Lo que tengo que decir—replicó Pedro con vehemencia—es que son ustedes los dos, dos miserables.

—Repórtese, joven—dijo el cura—Esas palabras...

—Esas y otras más enérgicas diría si tuviese

enfrente á un hombre de corazón... Esto que han hecho ustedes es un indigno abuso de confianza, un brutal ataque á mi dignidad, una demostración de su ignorancia y de sus torpes sentimientos... ¡Qué! ¿Pretenden introducirse en mi conciencia, robarme mi alma, hacer un hipócrita más, convertirme en uno de esos que comparten su vida entre los vicios y el templo?

—Esta es una casa católica—dijo la señora— y no podemos permitir lo que no sea católico ..

—Ahí tiene usted—dijo el cura con entonación humilde, como un hombre razonable que trata de convencer á un borracho, sin hacer caso de los insultos, y un si es no es compasivo por su estado—ahí tiene usted muchos libros condenados por la Iglesia, y D.^a Rafaela ha obrado con loable celo religioso al tratar de quitárselos para evitar que su alma se extravíe y caiga en la condenación eterna. Usted es joven, inexperto; las atracciones del demonio se manifiestan en mil formas que usted no puede discernir... Sólo en los consejos de la religión hallará usted la verdadera ciencia... Lo demás es soberbia; lazos satánicos para perderle...

—Perfectamente —replicó Pedro;—todo eso está muy bien... Pero háganme el favor de salir; váyanse; déjenme en paz...

—Es que esos libros no pueden continuar aquí —dijo la señora.

—Nuestro deber—agregó Artola—es arrancarle del mal camino, salvar su alma...

—¡Vive Dios, que ya me canso!—exclamó colérico Pedro.—Son ustedes infames... hipócritas... Es usted una torpe beata, y usted, cura, es un canalla... Ea, largo de aquí...»—y los echó á empellones. Al salir, rozó el manteo de D. Santos con los libros del butacón, de los cuales una buena parte se vino al suelo con estrépito, lo que causó no poco sobresalto al asustado padre que creyó que el otro empezaba á argumentar con los puños.

Salieron los dos pronunciando palabras de amenaza, y mientras bajaban la escalera les gritaba Pedro desde la puerta de su cuarto: «¡Reptiles! ¡Les aborrezco!... ¡Me voy de esta casa por no respirar el aliento fétido de sus almas muertas!...»

A Ranzade le dieron el disgusto gordo. Acababa de recibir un telegrama que le anunciaba una avería gruesa en uno de sus vapores, y en aquel momento llegaron á su despacho las voces de la tremolina que se había desarrollado arriba. Entraron poco después su mujer y Artola muy agitados, y le contaron el caso.

—¡Nada, nada!—exclamaba ella sofocada— ¡Que se vaya ahora mismo! Es un insolente, un soberbio... Nos ha insultado á los dos... Es intolerable tener en casa una persona como esa...

—Un hombre irreligioso—agregó D. Santos— un espíritu rebelde á las enseñanzas de la Iglesia... Es preciso apartarle de aquí por los graves daños que pudiera causar... Es hombre peligroso, real-

mente peligroso». Y con un tono imperativo, que usaba por primera vez ante D. Manuel, dijo: «Qué se vaya». Y como un eco de esta voz repitió la señora: «Que se vaya». Y D. Manuel, sugestionado por una voluntad más enérgica que la suya, repitió á su vez: «Que se vaya». Y subiendo con presteza al cuarto de Pedro le dijo: «Sí, es mejor que te vayas... No congenias y á mí no me gusta esta guerra... Vete á Madrid y acaba tu carrera en paz y en gracia de Dios».

Pedro, callaba. Hallábase arreglando sus chismes, guardando sus libros, rompiendo papeles inútiles, doblando ropas, y cuando todo quedó listo, dijo á su tío: «Un mozo vendrá por todo esto... Me marchó tal vez para no volver jamás.» Y al punto protestó su corazón herido contra este «jamás.» Extremeciéndose ante la idea de perder á Consuelo y de dejarla abandonada en aquel antro de reptiles, donde él presentía grandes peligros para la joven.

—Bueno, hombre—dijo Ranzade para terminar;—que hagas buen viaje y aplicate... No hay atajo sin trabajo... Toma para el viaje (y le dió, con su largueza habitual, unos billetes.) En Madrid, ya sabes... mientras duren los estudios co-brarás como otros años.

Dióle las gracias Pedro y salieron juntos. Le despidió D. Manuel en el portiquillo, sin hacer pamemas, por temor á que le vieran los dos tiranos,

además que de su natural era poco dado á mimos ni ternezas. Así, pues, le despidió allí y volvió á prisa para dentro á darles cuenta de cómo había puesto en la calle á Pedro, con lo cual se les pasó á los otros el enojo y se enfrió la sofoquina, puesto que ya estaban vengados con la violenta expulsión del joven.

Al atravesar el jardín, halló Pedro á Consuelo, y por la aflicción de su semblante conoció que estaba enterada de todo.—«Me voy—la dijo;—pero ni todas las convulsiones de la tierra ni el odio de todos los miserables harán que te deje de amar... Yo volveré á salvarte y á salvarme á mí, porque la vida sin tí es una condenación... No me olvides, Consuelo; por Dios te lo pido...»

Al día siguiente, mientras el tren en que iba Pedro corría hacia Madrid por las llanuras castellanas, tuvo lugar una lamentable escena en casa de Ranzade.

Fué ello que hubo que instar á Consuelo para que comiera, porque se quedaba como alelada, y pasaban los platos sin que ella los tocara. Todos sabían la causa de la pesadumbre de la pobre rubia, mas nadie osaba hacer alusión al ausente por temor á la señora, que se irritaba con sólo mentarle. El sitio que solía ocupar Pedro en la mesa hallábase vacío, y aquel vacío parecía á Consuelo lúgubre, como el que deja un muerto cuando parte para el eterno viaje. Se empeñó la señora

en que Consuelo había de comer, y Consuelo en que no tenía ganas, y has de comer, y no puedo, y dale y torna. La muchacha metía los alimentos en la boca, pero no pasaban; no podía, vamos, no podía tragarlos; violencia enorme que la causó gran congoja, y reventó en copiosas lágrimas. Levantóse la madre, como una furia, y la sacudió un bofetón tremendo. Fué un relámpago infernal, un momento no más. Pareció asomarse el demonio á sus ojos, tal estaban de chispeantes; su boca se contrajo hasta hacer rechinar los dientes, y con el apretón se dilataron las mandíbulas; todo el armazón de la cara se alteró, presentándola espantable. Si la furiosa ira, que mora en los antros del mal, tiene figura humana, debe parecerse á D.^a Rafaela de Abella en aquel instante. D. Manuel, que vió á Consuelo sangrando por boca y narices, de resultas del golpe, se enfadó mucho, y llamando «bruta» á su mujer, tiró la servilleta y salió, y allá se oyó un portazo en su despacho, que era su refugio para olvidar los berrinches con las alegrías de sus triunfos mercantiles.

XXII

Tocó el timbre, y á un criado que acudió le dijo: Que venga Vicuña. Y Vicuña, pobre bufón, se presentó correcto y sonriente, como siempre,

dispuesto á entretener á D. Manuel, á hablar de cuanto quisiera, á borrar con agradables nuevas el disgusto que notó en seguida por los resoplidos que daba el jefe.

— ¿Qué hay de nuevo, Vicuña?

— Hay un telegrama de Glasgow que anuncia la salida del *San José* para Gibraltar y Málaga con sobordo de 1.200 libras. En Málaga tenemos 500 toneladas de vino, pasas y alguna otra cosa. Para completar la carga, tenemos en Sevilla 2.000 cajas de naranjas y 600 toneladas de plomo. En junto hará este barco unas 20.000 pesetas de flete. Para el retorno, tenemos en Londres 1.500 tambores de sosa cáustica y bastante carga general. Yo creo que podrá venir directo...

— ¿Y el *San Andrés*?

— El *San Andrés*, según telegrama de Mac-Kelly, salió ayer tarde para Hamburgo. No trae más de 300 toneladas de hueso y parece que hay allí carga sobrada para completar...

— Bueno. Hay que contestar esa carta de Wood diciéndole que no nos conviene fletar el *Santísima Concepción* para cargar cereales en el mar de Azoff en Noviembre... La navegación es peligrosa, se anticipan los hielos y nos cogen allí el barco hasta la primavera... y además sobra la carga general por aquí... Que nos ofrezca flete para un barco de 1.500 toneladas para cargar madera en Finlandia antes de fin de Octubre... Le

ofrecemos este barco chico para que él combine con más facilidad la carga en puertos de poco calado... El *San Agustín* entró ayer en dique en Marsella...

—Sí, señor. Estará listo el lunes... Conforme dispuso usted, se ha telegrafiado á Rouanet para que le dé todo el cemento y tejas que haya, más, con todo, sacará mucho hueco... Hay una partida grande de trigo para Alicante, pero no quieren pagar más de nueve pesetas...

—¿A granel?

—Sí. Son unas 400 toneladas. Se pueden meter en la bodega de popa... Usted dirá si se aceptan... En Alicante hay vino para el Havre para reponer el hueco que deje el trigo...

—Aceptárlas... ¡Ah!... Decirle también á Wood que nos telegrafie una oferta de flete para un vapor de 3.600 toneladas á cargar en Helsingfors ó Riga del 10 al 20 de Septiembre... Si ofrece un flete aceptable, mandaríamos el *Santa Lucía*, que quedará aquí vacío cuando llegue de Amberes...

—Las existencias de carbón son cortas... quedan apenas unas 1.200 toneladas...

—¡Ah! pues ponerle un telegrama á Balfour pidiéndole precio para 6.000 toneladas bordo Cardiff, en vapores nuestros... Podemos enviar el *San Luís* y el *Santa Teresa* .. Que tomen aquí mineral y el retorno con carbón.

Anotó Vicuña todas estas órdenes para poner en seguida los telegramas, y prosiguió:

—Jonsthon ha aceptado nuestra oferta de 20.000 toneladas mineral de la *Asunción*, á ocho chelines, franco bordo, á remitir en cuatro meses, giro á sesenta días...

—Y Ostmeyer ¿no ha contestado aún?

—Aún no, señor. Se le concedieron ocho días para la contestación...

—El Exterior subió ayer un entero...

—Y medio más que ha subido en la Bolsa de hoy, según telegrafía Jiménez.

—Bueno; pues entonces que venda las cien mil pesetas, no bajando de 80... Costaron 76 ¿no es esto?

—Eso es... ¿Le pongo que envíe cheque nominativo ó quiere usted que compre otros valores?...»

Reflexionó sobre esto Ranzade, mirando fijamente al techo, como si allí estuviera escrito el secreto del bolsista afortunado, se manoseó los bigotes, se rascó la peluda barbilla, y al fin dijo:

—Que compre Bancos... que compre 50, no pasando de 390... y que esté al cuidado para largar las acciones de la Compañía del Litoral en cuanto haya un comprador... Me trae escamado esa Empresa, y no quiero que me coja los dedos... Confirmele la orden de ayer para que compre Tabacos... eso va bien...

—¿Quiere usted algo más, D. Manuel?

—Mande usted que hagan un estadito del rendimiento líquido de los vapores nuevos desde su primer viaje... y que se anuncie en los periódicos la salida del *San Ignacio* para el jueves con destino á Liverpool directo... Si hay carga para Amberes, se toma y hará esa escala á la vuelta... Allí hay ladrillos refractarios y tubería de hierro... 800 toneladas á 9 francos, según escribe Bréhier...

Otra cosa. Que se vea el saldo del *National Bank*... Yo calculo que tendremos allí alrededor de 13.000 libras... Se dejan 6.000, que es lo que importará el carbón, y las restantes se giran en cheques de 1.000 y de 500 libras... Avise usted á los corredores para que vendan esas 7.000 libras á 34... Se gira también el saldo del *Comptoir*... deben ser 180.000 á 190.000 francos... Me temo una baja en los cambios, y vamos á echar fuera ese papel antes que nos coja...

—El piloto del *Santísima Concepción* ha reñido con el capitán... Hay muchas quejas por lo mal que se trata á la carga...

—¡Ah, sí! Ese es un abandonado... En ningún vapor hay tantas reclamaciones por faltas y rupturas... Que desembarque al llegar aquí, y se le reemplaza con ese recomendado de D. Santos... con ese Algorta...

—Es que este otro entró también por recomendación de D. Santos...

—¡Ah! pues entonces que no desembarque...

Ponerle una carta al capitán manifestándole nuestro disgusto por lo que pasa. Que tome sus medidas para evitar escándalos y que le haremos responsable del mal trato de la carga...»

Entraron en el despacho dos caballeros de muchas campanillas, robustamente adinerados, á quienes acogió Ranzade con calurosas muestras de deferencia, y Vicuña se retiró en silencio, yendo á transformar en hechos las órdenes del jefe que en sendas notas abreviadas llevaba en la mano.

XXIII

«Como se ven las pulidas piedras del arroyo á través de las corrientes aguas cristalinas, veo tu alma, Consuelo. Me deleitan tus candorosas reflexiones. ¿Por qué no somos todos buenos?—dices. Ahí es nada la pregunta... Ocurre muchas veces que un inocente niño pone en gran aprieto á un hombre sabio con una pregunta sencilla, porque la ingenua verdad de un alma infantil, sin malicia, choca con la gran mentira que envuelve la vida social.

Figúrate á un espectador que, desde su butaca, increpase á los cómicos que representan papeles odiosos, antipáticos, inmorales, olvidándose de que es comedia, ficción, mentira. Las gentes cultas, las que están en el secreto, le harían callar ó se

reírían de él tomándole por necio ó loco, como se ríen del pueblo que, desde el paraíso, llora, ríe, increpa, aplaude la farsa teatral como si fuese acción verdadera. Esta es la diferencia: que el alma del pueblo tiene tal virtud, tal sanidad, que ennoblece á la misma mentira y la transforma en verdad, mientras que la gente refinada tiene el alma tísica, y todo lo envenena con su hálito de muerte, haciendo de la verdad mentira, del mundo un escenario, de la vida una comedia á la que hay que asistir sin protestar ni reír, sin indignación ni llanto, sin increpar á los que representan papeles infames de hipocresía, de injusticia, de rapacidad, de violencia, de cinismo, porque se expone uno á la rechiffa y á la chacota de todos los mentecatos que creen estar en el secreto y presencian la farsa bostezando, en tanto que á nosotros, los cándidos, se nos alborota el alma en cada incidente. El sentimiento de la seriedad de la vida, la rectitud, la pasión de la justicia, son una impedimenta que apesadumbra nuestra existencia, un bagaje abrumador de difícil transporte por este camino que la maldad llena de lodo y de durísimas piedras y de dolorosas espinas, que cubren de sangre nuestros pies. ¡Qué horrenda lucha! ¡Qué difícil ser bueno!

No sé si será decaimiento de mi espíritu ó efecto de lo mucho que te quiero, que me vuelvo egoísta, avaro de tu tesoro. Días hay en que desfallezco. La bárbara lucha que veo ante mí me

asusta. Por ser como soy, mi alma ha recibido muchos golpes, y barrunto que su temple no es para resistir toda la vida. Estoy tomando miedo al mundo, Consuelo; acaricio la idea de desertar del campo candente de la lucha por la verdad y la justicia, y ocultarme contigo en un rincón donde no lleguen los gritos de guerra que da el mundo, los salvajes bramidos de la fiera humana; donde no hiera mis oídos la inarmonía de los hombres, donde no desgarré mi corazón el grito doloroso de los tristes, donde no vea la brutal arrogancia de los poderosos, el vencimiento de los humildes, la violencia de los fuertes, el cinismo de los perversos, y allí adorarte, vivir para tí, crear un cuadro digno de la hermosura de tu cuerpo y de tu alma, un florido huerto, una casita blanca con un emparra-do en la puerta á modo de tronó para tí, blancas palomas á las que podrás enseñar castidad, mansos corderillos, fecunda vaca, cerdo gruñón, alegres polluelos, aperos con que remover la tierra, abrir surcos, sembrar las semillas, eliminar la mala hierba, cuidar con cariño á la fecunda madre tierra, amarla, gozar contemplando cómo germinan las semillas en su seno por divino impulso, cómo verdea el campo y, por matices varios, pasa del verde al oro de los sazonados frutos, prontos para la siega; cómo se revisten los árboles de flores bellas para celebrar los amores de la Naturaleza, elevando á los cielos el incienso de sus aromas

primaverales. Y luego sus dulces frutos nos refrescarán en las ardorosas tardes del estío, cuando el sol llega al pleno dominio de la altura, y desde allí, como rey magnánimo, reparte luz, calor, alegría, vida y amor. Y en las silenciosas noches sosegadas escuchar el canto de los insectos veladores, el armonioso murmurar de la fontecilla, el rumor de la arboleda movida por el aire suave... ¡Amarte hasta morir, amar á la Naturaleza viviendo en ella, amar á los pobres campesinos que tienen el mismo candor que tú y que la Naturaleza! ¡Todo verdad, todo paz! ¡Paz! Ella me atrae, me incita á ser indulgente, á ahogar en mi pecho revoltosas ideas, sentimientos de justicia que piden venganza. Necesito huir, no escuchar el gemido perenne del triste padecer de los explotados, junto á la hipocresía, á la maldad, á la insultante opulencia de los explotadores, porque mi alma se rebela, se indigna, me arrastra á la arena ardiente de la lucha, y temo perderte, Consuelo. Perdóname si el egoísmo me domina, perdónenme los desvalidos si les hago traición. Al consagrarme á su causa no medí bien mis fuerzas. Como el toro blando he reulado á los primeros picotazos. Soy cobarde.»

XXIV

Entre las muchas virtudes de D. Santos, no se hallaba evidentemente la del perdón de las ofensas recibidas, antes bien el rencor inestinguible. No bastaron las cien leguas que le separaban de Pedro para olvidarle. Seguía su odio á través del tiempo y del espacio. Acariciaba íntimamente la idea de la más cruel venganza, hiriendo á su enemigo en el corazón, en su amor por Consuelo, la que jamás ¡jamás! sería para él. Eso no. Y por lo pronto propúsose que D. Manuel rompiese totalmente con su sobrino, quitándole la pensión que en Madrid le daba. Bloquearon á Ranzade, entre su mujer y Artola, pero el ilustre industrial se resistió al principio porque le parecía una barbaridad cortar así la carrera al pobre chico. El sería todo lo que se quisiera, moro, socialista ó hereje, mas lo cierto era que había dado pruebas de buen discurso y formalidad en sus estudios, que él no daba escándalos ni sablazos, como Andresito; que él no tenía vicios ó eran muy baratos, según lo poco que gastaba. Pero volvían los otros á la carga, y tanto y tanto insistieron, que al fin se rindió Ranzade, obsesionado por aquella cantinela, y convencido de que Pedro debía ser muy malo cuando tanto le detestaban aquellos con quienes,

por otra parte, quería él vivir en paz, aunque tuviese que romper con su sobrino. Hombre siempre práctico, optaba en todos sus asuntos por el mal menor.

Por aquellos días ocurrió en la mina de Ranzade, la *Asunción*, lo que los chicos de la prensa, poco cursados en griego, llaman una *hecatombe*. No fué tanto. Un corrimiento de tierras envolvió á los obreros y mató á quince, no más. Era el pan nuestro de cada día. Por esto se extrañó D. Manuel de que algunos papeles se indignaran y pidieran castigo, como si se hubiera echado la tierra adrede para hacer tortilla á aquellos infelices. Por supuesto, que ya sabía él por donde venía el agua al molino. Todos aquellos que graznaban lo hacían porque se les había negado los anuncios de los vapores y de la Sociedad de aceros laminados. Decían que pedían justicia, pero Ranzade entendió que lo que pedían eran subvenciones. Bien callados estaban los otros, los que cobraban un montón de pesetas cada mes por anuncios que no servían para nada; pero ¡qué diablo! era preciso estar á bien con ellos, porque es gente que chilla mucho, y D. Manuel tenía gran miedo al escándalo. Y pensó que sería conveniente dar los anuncios á los que más gritaran en el asunto de la *Asunción*. D. Santos quería negárselos á los periódicos liberales, pero díjole Ranzade que esos eran los más leídos y que era bueno tenerlos con-

tentos, así que recibieron desde entonces las migajas de este botín á cambio de la complicidad del silencio. Aseguróle Artola que del escándalo que se había armado tenían la culpa los socialistas, y le leyó un papel en el que le llamaban «asesino» y le decían lindezas como estas: «El oro que guarda en sus cajas ese burgués bruto y codicioso debe estar nadando en la sangre de tantos desventurados como su insaciable rapacidad ha enviado á la tumba. No le olvidaremos á usted, *don* Manuel, cuando suene la hora de la justicia.»

— ¡Ah, canallas! — exclamó Ranzade.

— Es bien triste, D. Manuel, que el honor y la fama de las personas honradas esté á merced de cualquier desvergonzado que no tiene nada que perder...

— ¿No hay leyes que prohiban eso?

— No, señor. Ahí tiene usted las consecuencias de la funesta libertad de imprenta.

— Pero yo puedo llevar á los tribunales á ese periódico...

— Ciertamente; más ¿qué conseguirá usted? Gastar mucho dinero, que los jueces y escribanos le traigan y le lleven para que, al fin, el jurado absuelva al que injurió á usted vilmente... ¡Oh, esa prensa, esa prensa! Es un borrón de estos tiempos... No respeta nada...

No queda otro recurso que echar mano á sus mismas armas, valerse de la imprenta para con-

testar á sus vilezas, difundir las sanas lecturas entre los trabajadores, propagar sin descanso las buenas doctrinas para meter en su corazón el sentimiento religioso de la resignación cristiana sin la cual no hay paz posible ni moralidad en el mundo... Tengo un proyecto que está aceptado en principio por los señores Olarza y Puente: fundar un periódico diario dedicado exclusivamente á los obreros, en el que, en forma clara y sencilla, se combatan los errores socialistas y se enseñen los eternos principios de la religión católica. Este periódico se repartirá profusamente y gratis en las fábricas y en las minas, y estoy seguro de que ha de dar óptimos frutos. Es urgente hacer algo, porque usted no sabe lo levantiscos que se están haciendo los obreros. La propaganda socialista los trae soliviantados, y cada día son más exigentes. Y gracias que hemos conseguido atraernos muchos con el Centro Católico...

—¿Y qué costaría ese periódico?

—Pues... verá usted. Ingresos no tendrá, puesto que se ha de repartir gratuitamente, de modo que el coste total, calculando que se tiren 10.000 ejemplares, será unos 6.000 duros al año. Ya le he dicho que cuento con Olarza y Puente, y veré á otros señores á fin de que resulte menos gravoso para todos... Desde luego usted me autoriza á que le suscriba por la parte que le corresponda en el prorrateo...

—Bueno.

—Para más tarde pienso hacer unas copiosas tiradas de libritos piadosos. Esto ha de producir buen efecto... La avería del *San Andrés* no ha sido cosa mayor ¿verdad?

—No, que es bastante importante. Tiene roto el timón, el codaste y seis planchas de proa... Le tendremos que mandar á Inglaterra, y no nos saldrá la fiesta por menos de 20.000 duros.

—¡Oh, qué capitanes! Son descuidos inexplicables... Cuando se lleva un capital tan grande debiera haber más celo. ¿Usted le habrá despedido?

—Aun no. Dice que la mar estaba muy mala, que el viento era violento, que el oleaje barría la cubierta y le llevó dos hombres, que él á duras penas se pudo mantener en el puente, que el gobierno del buque era muy difícil y que embarrancó sin poderlo remediar.

—¡Ah! ¡Veinte mil duros!

—¡Y dos hombres!... Son cosas de la mar... ¡qué quiere usted!...

XXV

«Ya sé que me odian, que me han declarado guerra sin cuartel y que han cantado el triunfo al verme en la miseria. ¡Pobres de ellos, no de mí! ¡Qué valen los arañazos cuando se goza de toda la

intensidad de la vida! Viven ellos en la opulenta ociosidad y creen que no hay mayor castigo que la pobreza. ¿Y qué saben ellos de esto, ellos que no son dignos de ser pobres? He pasado en estos meses bastantes estrecheces y hambre algún que otro día. Ya ves tú, yo no estaba acostumbrado á la miseria, y ahora comprendo que me han hecho un mal criándome en la abundancia y haciéndome ignorar la pobreza. He visto cosas terribles. La suerte me ha lanzado con violencia hacia los antros espantables de la miseria y del vicio desesperado. Un pobre amigo, casi tan pobre como yo, me daba algunos céntimos y con ellos me procuraba alimentos y cama, cama y alimentos abominables, entre gentes monstruosas, residuos del presidio y del comercio del amor, entre fermentos de todos los vicios y de todos los crímenes, hiriendo á mis oídos un vocabulario repugnante y á mi alma un dolor infinito ante tanta abominación y mal tan grande, ante los aullidos de la pobre bestia depravada, los condenados de este infierno subterráneo, moradores de las letrinas que guarda en su seno esta sociedad superficialmente cristiana. Y aun fuí más pobre que ellos algún día. Sentí el dolor del hambre, me ví totalmente desamparado en medio de la gran población indiferente, entregada á sus placeres. Pensé dejarme morir en un rincón, y así lo hiciera, si no hubiese venido tu recuerdo á darme alientos, ya que mi

educación y mi temperamento no me prestaban la necesaria defensa para asirme á la vida é imponerme por la violencia ó por la astucia, como esas individualidades enérgicas que afirman su deseo de vivir con la rabiosa obstinación del gato perseguido y maltratado, que se revuelve con sus uñas. Yo no. No sé si para bien ó para mal, he dominado á mis instintos, sometiéndolos á mi corazón, y no me manda el egoísmo material, antes sufre resignado su suerte, dispuesto al sacrificio, si es menester.

No te contaré las noches horribles que he pasado, oculto como un malhechor en los rincones, en las casas ruinosas y abandonadas, esquivando á la policía que pudiera prenderme como vagabundo por el delito de no tener una cama y un techo. Mas todo esto no importa. He sido solo á sufrir, nadie ha sufrido conmigo. No me asusta mi propio sufrimiento, lo que me duele es el dolor ajeno, no el mío. Padezco por refracción, y sólo me atormenta que no es mío todo el dolor; quisiera entero para mí, si pudiera redimir de él á las pobres criaturas dolientes. Y me han hecho un favor con el castigo; me han purificado, me siento ahora más hombre, más animoso para la lucha. Se ha templado mi alma con el sufrimiento. ¡Gran escuela la del dolor! Vagando noches enteras por las calles, sin otro amparo que el del cielo grande, que á todos nos cubre, he reflexionado mucho. Dormi-

tando en los bancos de los paseos públicos, he tenido ensueños deliciosos, deleites de ideal; y cuando uno se eleva, Consuelo, alégrase el espíritu, y aun en medio de la desgracia, se hace la vida amena, atrayente, gozosa dentro de la miseria. ¡Si supieran esas pobres gentes qué manantial de placer hay en un ideal, qué florido aparece el camino de la vida cuando se ama, qué justificada se ve la existencia cuando tiene un fin! Caminan á tientas por un áspero sendero que no conduce á parte alguna; como no hay finalidad en su andar, se aburren, bostezan, les abrumba el hastío, no tienen fe ni esperanza en nada grande; se buscan unos á otros para huir, como medrosos niños, de la soledad que les aterra, porque no pueden vivir consigo mismo, porque la sequedad que hay en su alma les devora al verse solos, y se salen fuera de sí, y corren á buscar á otros tales, é inventan fingimientos, artificios, mentiras, murmuraciones, modas, política, caridad vana, diversiones, para descargar el fardo de su vacuidad, de su escéptica indiferencia, de su triste vida insustancial. ¡Un año ya, Consuelo, que no te veo! He inventado un juego con el que gozo mucho. Finjo que no te he conocido ó que hace cien años de ello; hago un esfuerzo para borrar de mi memoria, como si no existieras, y, cuando ya está todo muy negro, ¡muy negro, Consuelo!, me gusta hacerte surgir de nuevo, abrazarte como si te hubieses escapado de un gran peligro. Enton-

ces te presentas á mi mente con más vigor que el de la misma realidad; me parece tenerte delante; te recuerdo con todos los detalles, tus hermosos ojos, tus cabellos en gruesas madejas de oro, tus labios como rosas en la frescura y el color, tus menudos y blancos dientes, las líneas de tu cuello á cuya belleza no llegó ningún escultor helénico, las armonías de tu cuerpo todo, tus movimientos fáciles y elegantes, tu honesto y sencillo vestir, el delicioso timbre de tu voz, las expresiones de la inocencia y bondad de tu alma, que es lo que adoro en tí sobre todas las cosas. ¡Te amo, Consuelo, te amo, te amo!»

XXVI

«Te agradezco infinitamente tu ofrecimiento de enviarme tus ahorros para continuar la carrera. He pasado muchísimos apuros, pero ya nada necesito. Un profesor, que me favorece con su estimación, me hizo la merced de aceptarme como ayudante de su clínica, y se ha mostrado harto liberal conmigo, de modo que por hoy no carezco de nada. Esto no obstante, considero como recibido el favor que me ofreces, que ha conmovido dulcemente á mi alma. Haciendo algunas combinaciones por enseñanza libre, he logrado abreviar los estudios, y espero, para dentro de tres meses, terminar la carrera.

El deseo de verte pronto me da ardimiento y valor para todo. Se me ha infiltrado tu espíritu; vivo en tí; te amo más cada día. En estas bellas mañanas de primavera hallo infinitas sensaciones deleitosas. Te veo en todo, en el claro azul del cielo, en el dulce sol, en las flores, en la fresca brisa que mueve blandamente las hojas, en los regalados aromas que da la Naturaleza en cada aluvión de vida que echa afuera en este período de la renovación. Las blancas nubes, que se forman cuando el sol declina, me parece que esbozan tu imagen querida; en las ondulaciones que hacen las aguas en el remanso, creo verte, en las combinaciones de luz y sombra que forma el sol, filtrándose por la arboleda, me parece hallarte. Y los recortes que dibuja la luna serena en el suelo por las cosas que se le interponen, árboles, edificios, monumentos, ofrecen á mis ojos trazos de tu figura, rasgos de tu divino sér. Tú alegras mi vida; tú me prestas poesía; tú me haces bueno; tú dulcificas el amargor que hay en mi alma.»

XXVII

El Yago de D. Manuel le sugirió una idea diabólica: que se lanzara á la política. Entendía Artola que los negocios de Ranzadé estaban ya tan perfectamente montados que marchaban solos, ó

en todo caso con el empuje del diligente Vicuña á quien él asesoraría en ausencia del jefe. Incitó al gran minero á que presentase su candidatura para diputado á Cortes. «¿Quién con más derecho que usted?—le decía.—Mire en su derredor y dígame quién puede ostentar más méritos que usted. Treinta años de incesante trabajo, haber dado vida á importantes industrias, haber contribuído con su actividad y su inteligencia á desarrollar poderosamente la riqueza del país, sostener con su capital centenares de obreros... ¿Quién puede decir aquí otro tanto?»

Estaba convencido Ranzadé de que lo que decía D. Santos era tan verdad como el Evangelio; pero tenía cierto vergonzoso pudor. Ir al Congreso donde había tanta gente lista, él, que no entendía de nada ni sabía hablar... Se reirían de él...

— ¡Bah, qué escrúpulos! Deseche esa modestia que le empequeñece. . No se quieren ya charlatanes en el Congreso... La oratoria está de capa caída. Lo que hoy se busca son hombres prácticos, hombres de experiencia y de positivo valer, verdaderos representantes del país, y no vividores políticos. Más útil es el conocimiento que usted tiene de los asuntos industriales y comerciales que los floreos de un orador elocuente, que envuelve á fuerza de retórica su ignorancia de los intereses y las aspiraciones del país... Además usted tiene que defender allí grandes intereses: sus minas, sus va-

pores, sus fábricas... Todo eso que usted representa le da derecho á un lugar en el Parlamento. Los mismos intereses de la clase trabajadora que usted sostiene, demandan su presencia y su influencia en la elaboración de las leyes; de modo que aunque no sea más que por un sentimiento de caridad debe usted decidirse é imponerse este sacrificio... Precisamente en la próxima legislatura se van á votar los tratados de comercio, que tanto afectan á los intereses de esta región, y nadie más autorizado que usted para hacer que prevalezca un criterio proteccionista que defienda nuestras industrias contra el liberalismo económico, tan funesto como el liberalismo político... Anímese, D. Manuel; yo le aseguro que su candidatura tendrá el apoyo de la Iglesia y las simpatías de toda la gente honrada... Su vida laboriosa da á usted títulos sobrados y su triunfo es indudable.»

A pesar del apoyo y de las simpatías que le auguraba D. Santos, se gastó 50.000 duros en la elección, y aun estuvo á punto de naufragar. Al decir de sus contrincantes, si salió fué por ciertos chanchullos que se hicieron en algunos colegios, donde los interventores ranzadistas estaban en mayoría. Se desataron las pasiones con aquel motivo; llenáronle de ultrajes los periódicos enemigos; llamáronle «bestia», «neo por cálculo», «monigote de los clericales»; pero él fué á las Cortes, y no se crea que hizo allí mal papel. Se le consideraba co-

mo una potencia financiera, hombre de números, *rara avis* en nuestro Parlamento de bachilleres parlantes. En los pasillos, que es donde él hacía el gasto, estaba siempre rodeado de un corro, que celebraba su pintoresco modo de hablar. Se le concedía mucha autoridad en materia industrial y mercantil, y se le daba siempre un puesto en las secciones que habían de dictaminar en los asuntos económicos, en los asuntos «de vital interés.» Un periodista le dijo en serio que era el ministro de Hacienda que necesitaba España; otro le comparó con Mendizábal, quizás por lo inhábil de su hablar. Y Cánovas, aquel gran irónico que colmó de títulos y honores á todos los mentecatos de España, uniendo en un desprecio á los hombres necios y á sus necias vanidades, le dijo un día que hombres como él hacían falta en el Parlamento, con lo cual á poco revienta Ranzade de puro gozo. Dió por bien empleados los 50.000 duros, y escribió á Vicuña ordenándole que entregase al padre Arto-la 12.000 pesetas que le habían pedido no sé para que fin piadoso.

Era feliz, felicísimo. Había que verle en el Hotel una noche arrepantigado en su butaca, con las piernas extendidas y las manos entrelazadas sobre la panza, con su cara plácida de burgués bonachón y satisfecho. Celebró su apoteosis, su exaltación á la cima. Recordó los días tristes en que, aburrido y con apuros, «iba tirando» en la tiende-

cilla que le legó su padre; sus primeros negocios de minas luchando con la estrechez de los pocos recursos para salir adelante; el éxito de la *Salvadora*, verdadera llave que le franqueó la entrada á donde la fortuna mora, y luego sus triunfos en toda clase de negocios, la resurrección del ferrocarril de Altamira, las fábricas en plena prosperidad, los numerosos vapores, la popularidad de su nombre, el crédito sin límites de su firma, el haberse alzado por encima de todos sus enemigos en respetabilidad y fortuna, hasta llegar á la cumbre, á ser legislador, á dar la mano á Cánovas y oír de sus labios loadoras palabras... ¡Qué gran hombre era Cánovas! Y luego decía el necio de su suegro que los gobiernos del día eran esto y lo otro. ¡Valiente cosa entendía él de eso!... Y vuelta al tema de sus alegrías, á recordar cómo se alzó de la nada, todo por su propio esfuerzo, porque valía, si señor, valía. ¿Qué tenía que ver la suerte con aquello?... Su conocimiento, su inteligencia y su actividad. Pues qué (ya se habia asimilado el pícaro el lenguaje parlamentario; este «pues qué» se lo cogió á Cánovas), pues qué ¿no significa nada labrar una gran fortuna, haber dado vida á importantes industrias, haber contribuído poderosamente á desarrollar la riqueza del país, á sostener con su capital centenares de obreros?... ¡Qué gran talento también el de D. Santos! No llegaba á Cánovas, es claro; pero valía, valía mucho. Tomó

Ranzade un gusto singular á la política, y en poco tiempo vino á ser jefe del partido conservador en la provincia, cacique máximo en aquel cacicato. Había tomado el juego de la política como un descanso á la fatiga de sus largos años de labor, y mostraba cada día más despego á los negocios, abandonándolos en manos de Vicuña é interviniendo él solamente cuando algún asunto grave requería el auxilio de su gran experiencia. De todas suertes, la casa había llegado á su apogeo, y bastaba con el cuidado de un hombre celoso, como Vicuña, para continuar la marcha establecida y contener la decadencia, aparte de que el padre Artola velaba por los intereses que él había aportado.

Vicuña tenía intenciones aviesas. Acariciaba la idea de quemar las naves, es á saber: que quedara todo en casa, casándose con la hija mayor de Ranzade. Pero era hombre cauto, y no pensó lanzarse á la buena de Dios á un negocio que requería tanta meditación y tantas precauciones. Avanzaba un poco, olisqueaba el campo y recogía velas en seguida. Luego, vuelta á la carga; avanzaba un poco más y luego otro poco, y así un trabajo primoroso, digno del más experto cazador de ricas herederas. Gracias á esto quedó medio decorosamente, cuando á la primera insinuación amorosa, hecha con arte acabado, dejando libre la salida, la orgullosa morena le hizo ver que ella picaba más

alto, y que él no era más que un dependiente de su padre, y que se atuviera á los negocios, sin meterse donde no le llamaban. No era Vicuña de la pasta de los que se mortifican por cualquier cosa, así que se quedó muy tranquilo, pensando que estaban verdes; pero que no era asunto perdido, sino que había que dejar obrar al tiempo, que hasta las torres más altas rinde.

XXVIII

«Un mes hace, Consuelo, que no recibo cartas tuyas. Temo algún nuevo golpe de mis despiadados enemigos; sospecho que interceptan nuestra correspondencia; pero sea como quiera, yo no puedo vivir sin tu recuerdo, y te envió esta carta sin saber si será hollada por las torpes manos de los que quieren mi mal. He podido soportar el tormento de la larga ausencia de tu lado gracias á tus cartas, cada una de las cuales me traía algo de tu alma, que es mi cielo. Hoy me veo abandonado de tí. Pero ya acaba este sufrir. Esta semana termino mi carrera, y antes de fin de mes gozaré la gloria de verte.

He pensado en nuestro porvenir, en vencer las ásperas minucias de la realidad para ofrecerte un hogar sin miseria, y cuento ya con una titular en un pueblecillo cercano á esa, en Redenta. Clientela

modesta, población obrera. Tú sabes cuán simpática me es esa gente, y lo que no nos puedan dar en riquezas ¡pobres! nos lo darán en gratitud. No faltan algunas casas de ingenieros y altos empleados que nos compensarán para que podamos vivir con decoro. Yo trabajaré sin descanso para que á tí nada te falte. Adiós, Consuelo; hoy tengo que ser breve porque estos días estoy atareadísimo preparándome para los últimos exámenes. Escríbeme en cuanto recibas ésta; tú sabes la infinita alegría que recibo con cada una de tus cartas. No me prives de ese placer.»

A vuelta de correo llegó la contestación, justamente el día en que terminó la carrera. Con el júbilo natural de este venturoso suceso, resultó más cruel el latigazo de la carta aquella. Era breve, pero necesitó un buen rato para entenderla. No daba fe á sus ojos ni á su entendimiento. Retorcía el papel en su crispada mano hasta clavarse las uñas; se le estremeció todo el sér; dábale el corazón saltos, como caballo indómito; las entrañas se le abrasaban y retorcían, como presas de un súbito mal; en la cabeza se le desataron las ideas en revuelto huracán hirviente, y tuvo que sugetar el cráneo, que le golpeaba en las sienas, como si fuera á estallar en mil pedazos.

La carta decía:

«Muy Sr. mío: Cumpliendo un delicado encargo de los señores de Ranzade, debo manifestar á

usted que la señorita Consuelo contraerá matrimonio el mes próximo con el señor D. Angel de Rivas y Luna. Comprenderá usted que en tales circunstancias, no es correcto que usted siga escribiéndola, lo que es además completamente inútil, pues sus cartas son quemadas sin abrir. Debo agregar para gobierno de usted, que en este matrimonio no ha habido la menor violencia ni imposición por parte de los padres, sino un profundo y sincero amor, que permite augurar una vida feliz á ambos futuros esposos.

Soy de Vd. atento y s. s. q. s m. b.

TOMÁS VICUÑA.»

Un tren salía media hora después de la estación del Norte, y allí iba Pedro delirante en un rincón, con el alma destrozada por la duda, y gravada en su mente la carta brutal de Vicuña. Hubiera querido un narcótico que le hiciese dormir para alejar el tormento de aquel viaje, veinte horas mortales que le separaban de la verdad, un día entero de suplicio. Revolvíase en su rincón como una fiera presa en el lazo, no pudiendo soportar la charla y las risas de los otros viajeros que llenaban el wagón, é indiferentes á su estado, comían y fumaban, y refan los chistes del hablador que en todo viaje se encuentra. Quería Pedro no oír, que el silencio respetase su dolor, y pegaba su rostro al cristal de la ventanilla para absorberse

en el exterior mudo, y huir de aquella charla frívola, de aquellas risas que le ofendían atrocemente. ¡Qué lento le parecía el andar del tren, qué trabajosa marcha, qué pesado todo; aquel rozar de las ruedas aprisionadas entre los raíles, sujetando férreamente á su alma atribulada que ansiaba volar! ¡Qué ceremonioso desfile de postes, cuántas paradas, qué inacabables las llanuras de Castilla, y qué tristes!

Al fin se bajaron en una estación el hablador y dos ó tres más, con su bagaje de maletas, paquetes, bastones y sombrereras, y fuese con ellos la charla impertinente. Y siguió corriendo el tren por los campos castellanos, y vióse á lo lejos un monte gris, que nunca se perdía de vista, como si corriera con el tren. Pedro veíalo todo triste, como un reflejo de su ánimo; triste el sol, triste la campiña, tristes los labriegos y aquellos bueyes de ojos melancólicos, uncidos á la carreta que llevaban penosamente con su andar resignado; triste el silbar de la máquina, triste la voz del empleado que llamaba á los «viajeros al tren...» ¡El túnel, la oscuridad, la muerte, la nada, dejar de sufrir, borrar la horrible duda!... Otra vez la luz, el monte gris, la llanura sin fin, el desfile de los postes, que parecían pasar corriendo y saludar inclinándose... ¡Profundo amor... felices esposos... Angel Rivas! ¡Oh, qué lento, qué lento va!... Triste también ese río, y los arbustos que le bordan se in-

clinan con misteriosa pesadumbre... El puente, cuyo herraje cruje fragoroso y se cimbreaba bajo el tren... Las aguas abajo; más abajo el fondo, leve tumba de paz y olvido...

Pasó, al fin, la llanura... Quedó atrás la triste Castilla... Pero estas verdes montañas también tristes, y ese valle, y esos sembrados, y esas casitas rústicas, y sus rústicos moradores... Aquel llora... ¡Oh, le amo! El cielo también llora, como mi alma... Lloran también las flores con la llovizna fría; los árboles lagrimean por todas sus hojas, y los cristales del wagón gimen y dejan correr abundantes lágrimas... ¡Todo se viste de mi gran congoja! ¡Todo nuboso, como mi vida!»

Anochecía cuando el tren llegó. Salió Pedro rápido del andén, y entró en la población, marchando como un sonámbulo por calles y plazas, por entre las gentes que veía ir y venir, como sombras, pues, en su delirio, ni oía nada, ni había otro mundo que el que él llevaba en su ardorosa mente. Tuvo que atravesar toda la ciudad para llegar al palacete de Ranzade, y, cuando estuvo cerca, sintió un aleteo de inquietudes, de dolor, de angustia mortal. Allí estaba su condenación ó su gloria, su eterna desventura ó su felicidad, el profundo dilema que había de dar solución á su vida. Era noche cerrada. A causa de la lluvia eran escasos los transeuntes en aquel barrio extremo, tan animado en las tardes apacibles; sólo algún grupo

de obreros rezagados, que se dirigían á buen paso hacia el otro extremo de la ciudad, á los barrios pobres, y algunos coches que llevaban á los ricos moradores de aquellos hoteles hacia el interior populoso y animado.

No reflexionó Pedro lo que iba á hacer, ni cómo había de reflexionar en el estado de febril excitación en que se hallaba? Franqueó la verja y entró sin vacilar.

XXIX

No sería justo acusar á D. Santos de una tercera innoble; pero, en resumidas cuentas, obra suya era el enlace de Angel Rivas y Consuelo. No sólo por vengar el ultraje que recibiera de Pedro, cuando la aventura del escrutinio, sino también por la desconfianza que le inspiraba el joven, en quien él veía un revolucionario de la peor especie y un enemigo de los intereses de la Iglesia, al cual era menester anular rompiendo los lazos que le unían á una familia opulenta donde él pudiera preponderar un día y destruir, desde dentro, aquel baluarte de intereses favorables á la extensión del poder de la Iglesia.

Tenía Artola fe ardiente en el triunfo definitivo del catolicismo, un anhelo vivo de la absorción de todos los poderes por el poder secular de la

Iglesia, de la sumisión de todos los pueblos á la política del Vaticano, al gobierno universal del Papa, cuya supremacía y estabilidad estaban confirmadas por los siglos; y esta fe daba á su talento agudezas increíbles é intuiciones maravillosas para colaborar en la gran empresa de la unidad religiosa y política bajo la autoridad indiscutible del Santo Padre.

Aplastaba sin piedad á cuantos enemigos de este fin grandioso hallaba en su camino. Todo era insignificante y debía sacrificarse sin reparo ante el supremo ideal del imperio de la Iglesia, que triunfaría, al fin, é impondría su ley al mundo estableciendo el vasto gobierno temporal como complemento del poder espiritual con la suprema jefatura al Pontífice.

Del gran fondo de sus energías y de sus talentos sacó D. Santos una perfecta psicología del amor que había empleado varias veces con éxito para unir ó desunir seres, según convenía á su causa, como había sacado una psicología de las ambiciones y de las vanidades para utilizarla en su ideal. La mayor parte de sus triunfos, debíala á sus profundos estudios del corazón humano. En el caso de Consuelo vió un amor incipiente, mal definido, borroso, un caso fácil, y más fácil aún por la forzada ausencia de Pedro. Estando las llamas tan lejos, no había peligro inmediato de incendio, y su misión de bombero no ofrecía serias

dificultades. Puso manos á la obra en la busca de un presente que suplantase al ausente en el corazón de Consuelo. Valíase para estas empresas de señoras del gran mundo, con cuya adhesión y ciego afecto contaba, damas elegantes, que divertían su vida mitad en lo religioso mitad en lo mundano, orando por la mañana y bailando por la noche, bellas pecadoras contritas que pasaban media vida implorando perdón para los pecados cometidos en la otra media, quedando al fin de la jornada absueltas de lo bailado, con las bendiciones de la Iglesia, y expedito el camino del cielo. En estos centros del buen tono y de la devoción galante encontrábase, por azares del nacimiento, Angel Rivas, joven ilustrado, rico, gallarda figura varonil, y, por añadidura, ingeniero. ¡Gran yerno para Ranzade! No era este Rivas un hombre frívolo, como los de su casta. Era serio, caritativo, blando con los pobres, buen corazón y, haciendo cuanto podía para remediar las desventuras ajenas desde su esfera personal, vivía bienhallado con sus riquezas, y no pensaba en remediar lo irremediable ni abominar del mundo en que vivía. Su temperamento templado le sugería un beato optimismo, considerando que, malo ó bueno, era menester tomar al mundo tal como es. Claro que en esta concepción había gran reflejo de su existencia feliz y de su temperamento plácido. Era respetuoso con todas las cosas, aliñado en el vestir, aficio-

nado á las artes, gustábale una mesa bien servida, una vida regalada, sin invadir, empero, el campo del sibaritismo, ni los groseros excesos de ningún orden. Era un perfecto equilibrado, dueño de sí en todo caso, que pisaba sólidamente en el mundo, rico sin insolencia, elegante sin afectación, instruído sin pedantería, un caballero, en fin, que recordaba, en medio de la sociedad burguesa, á los nobles de la vieja aristocracia extinguida. Comenzaba á sentir un poco de hastío en su soledad á los 29 años, repugnando á su alma honesta los placeres bajos del amor escandaloso y comprado. Vagando aburrido por los salones, cayó en el lazo que D. Santos le tendía, y tan diestramente movió los hilos que, sin que ellos sospecharan la trama que les movía, se hallaron frente á frente Angel y Consuelo, unas veces en medio del bullicio de los salones, otras en un aislamiento premeditado donde las vigilantes miradas les seguían desde la sombra, otras en el paseo por un encuentro aparentemente casual, y otras en el teatro.

Parecía aquello una atracción providencial; á todas horas y en todo lugar se encontraban sus miradas. Estaba muy lejos Angel de sospechar que era juguete de una secreta combinación que le traía y le llevaba haciendo de su corazón un medio para extraños fines, lo que hubiera sublevado su dignidad caballeresca. Mas la obra de D. Santos y de sus colaboradoras amigas no se transparentó,

y los amantes daban gracias al cielo por la buena ventura que les había dispensado deparándoles un feliz encuentro, un encuentro que consideraban fatal y necesario, pues evidentemente habían nacido el uno para el otro, y estaba en el orden natural del mundo que se hubiesen conocido y se hubiesen amado en aquel momento. Y se amaron con pasión, con un amor inmenso, con alegría frenética, desbordándose el uno en el otro con amor pleno y avasallador, con pasión de fuego que los fundió en un todo homogéneo é indisoluble, embriagándoles una dicha infinita. Crefanse el centro del universo, el objeto del mundo; para ellos salía el sol, para ellos los aromas del campo, para ellos la brisa suave, que se entrometía en sus coloquios de amor, para ellos el azul del cielo, para ellos el firmamento, para ellos el placer, para ellos la vida, mientras Pedro, el pobre condenado, se revolvía en el lecho del hospital, presa de una fiebre voraz, verdadera llama, que comenzaba á devorar aquel organismo. Ocho días estuvo abocado á la muerte, entre delirios incoherentes, llamando á su madre como en los trágicos días de su infancia, cuando vió desde su camita el desfile macabro de sus padres. Y un día quedóse el infeliz sumido en absoluta quietud, blanco el rostro como las sábanas. Los pobres mercenarios que le asistían creyeron que era la quietud de la muerte, y dieron por terminada su misión. Tocóle el médico, apro-

ximó el oído, y dijo que aún vivía y que quizás aquel momento de calma era el punto de partida para la salvación del enfermo. Y así fué. La sanidad de su organismo, no minado por los vicios, fué parte á que pudiese resistir los embates del huracán desecho de aquella crisis horrenda que revolvió todo su sér ante una espantosa decepción, que arrancó todas sus esperanzas, retorciéndole cruelmente las doloridas fibras de su corazón. ¡Oh, aquella noche, aquella noche que entró en casa de Ranzade en busca de la verdad! ¡Cómo le arrojaron de allí sin compasión sus enemigos! En su furiosa rabia quiso acometerles, y vinieron los criados, y le arrastraron, dejándole fuera, caído en el barro, recibiendo la lluvia, hasta que la guardia municipal le recogió exánime y le condujo al hospital. Y aquellas palabras de Consuelo que lloraba mientras los otros aullaban para que viniesen los criados y le echaran por la fuerza: «¡Quiero á Angel, le quiero!» ¡Ella también, más cruel que los otros! Y luego una semana de delirios, en el umbral de la muerte, vacilando entre entrar ó salir, viendo en los ratos de lucidez, con los ojos espantados, filas de camas y rostros de dolor, visiones infernales, gentes desconocidas que le ofrecían brebajes para su curación. ¡Su curación! No había en el mundo remedio para la mortal dolencia de su alma. Y, por si alguna duda le quedaba, trájéronle una carta para amargar su convalecen-

cia y arrancar de su corazón las raíces de la esperanza.

«Yo no conocía el amor y pensé que era amor lo que por tí sentía. En los primeros días de mi amor con Angel me defendí, luché, me así desesperadamente á tí; pero todo en vano: el amor de Angel me arrastraba. Fuí una loca al darte esperanzas. Yo no lo sabía ¡Dios mío! créeme, Pedro, y perdóname. ¡Cuánto he llorado creyendo que te morías por mí, y en un hospital! ¡Qué horrible, qué horrible! No me han dejado ir... me dijeron que te mataría mi presencia, y tuve miedo. He preguntado por tí mil veces al día. Te estimo y te querré siempre, y jamás me consolaré de haberte hecho desgraciado por mi locura. Pero yo no sabía lo que era amor hasta que conocí á Angel; le amo locamente...»

—¡Oh, qué cruel!... No puedo, no puedo leer esto... El testimonio de su traición... Va á matarme con su dicha.

Tiró la carta sobre la camá y se aproximó á los vidrios del balcón ocultando, de espaldas, sus lágrimas á los enfermos y enfermeros de la sala. Y dejó allí correr su llanto silencioso, lágrimas de su corazón herido, desgarrado por la dicha fugitiva, por la esperanza que huyó. Y volvióse para recoger la carta y apurar su cáliz... «Le amo locamente, sin discernir por qué, pero le amo, le amo más que á mi vida. No he podido más. Ví la horrible

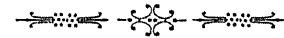
crueledad que cometía contigo, mas no pude resistir al corazón. Perdón, Pedro, perdón mil veces para mí y para él, para mi pobre Angel, que no tiene la culpa. No le odies, es muy bueno.»

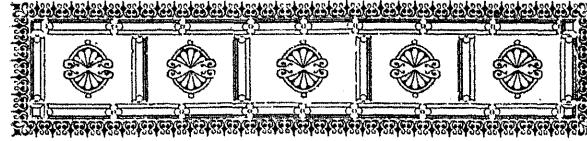
—¡Muy bueno, tu Angel! Sí, tienes razón; aquí no hay malo más que yo, yo, que acaricié la dicha... ¡Solo otra vez, Dios mío, solo, abandonado de todos! ¿Dónde está el fin de mi expiación?... Acaso en el fin de mi vida, en la suprema soledad de la muerte... Adelante con mi cruz, y venga el dolor, venga el infortunio á llevarse uno á uno los pedazos de mi corazón destrozado.»

Pocos días después se celebraba con inusitado fausto el casamiento de Consuelo y Angel. Bendijo la unión el P. Artola. Los periódicos llenaron sus columnas con la lista de los regalos, verdadero tesoro que la novia recibiera, y anunciaban que terminada la ceremonia saldrían los jóvenes esposos para Florencia.

Y Pedro, cadavérico y abatido, descendía por las anchas gradas del hospital y se encaminaba á la estación de Redenta, con tardo andar, como abrumado por el peso de la tumba que llevaba en su alma. Vió en una calle gran gentío de muchachos y mujeres, que comentaban la boda y esperaban la salida del cortejo en la puerta del templo de cuyo interior salían rumores de música y aromas de incienso. Sintió irresistible deseo de entrar obsesionado por el goce del dolor. Vaciló un instan-

te, alejóse un poco, retrocedió y, al fin, entró resueltamente. Y vió á Consuelo, pálida, como su blanco traje de boda y como las flores de su corona virginal, y á Angel á su lado, y allí cerca también al demonio, cubierto de ropajes sacerdotales. Ocultóse tras de una columna y asistió con ojos desencajados al espectáculo que era el entierro de su alma. Vió un grande y lujoso acompañamiento y gran profusión de luces que el extravío de su mirada multiplicaba pareciéndole una hoguera infernal todo el templo. Y el órgano lanzó las divinas armonías de la *marcha nupcial*. Evocó en él esta música el recuerdo de su sueño de felicidad, el angel de áurea cabeza transformado en mujer y metiéndosele en el alma, allí, en aquel pecho que se desgarraba con las uñas. ¡Oh, la traidora! Allí estaban los infames, todos felices. Tuvo que asirse á la columna para defenderse de los siniestros designios que aquella visión y aquella música despertaron en su alma. Salió del templo sin mirar para atrás, huyendo del crimen, y fuese corriendo por las calles, con los ojos desencajados y tapándose los oídos, porque aquella música infernal le seguía como un tableteo de tormenta, que resonaba en su cerebro y repercutía en su corazón deshecho y manando sangre.





SEGUNDA PARTE

I

REDENTA era un despoblado hace quince años, con alguna que otra casuca por acá y por allá, pero llegó el desarrollo industrial y surgió una población viva y animada sobre aquellos parajes, antes silenciosos y abandonados. Se hicieron grandes fortunas con aquel crecimiento inesperado. Los que tenían un terrnillo que, con mucho trabajo, les daba cuatro maíces y cuatro lechugas, tomaron por él muy buenos dineros. Y otros, que vieron venir el negocio, se dieron prisa á comprar terrenos, á acaparar el

suelo, que, poco después, vendieron á como les dió la gana. Hállase Redenta situada sobre la misma orilla del río; tiene hoy magníficos muelles, donde atracan barcos de gran calado; fábricas diversas, que alimentan un copioso ejército de obreros; edificios muy buenos; barriadas de trabajadores; templos, cafés y un teatrillo. Atraviesan su término diferentes vías férreas: una de viajeros y dos dedicadas al arrastre de minerales, ya á los embarcaderos de la orilla, ya á lo interior de las fábricas para suministrar la materia prima á los altos hornos que transforman el mineral en lingote y éste en férreos productos elaborados, chapas, columnas, vigas, grandes calderas, carriles, y mil diversas cosas de utilidad evidente.

En este foco del industrialismo moderno, verdadero campo de batalla, donde el capital y el trabajo se encuentran frente á frente, obtuvo Pedro una titular de médico con un sueldo modesto del Ayuntamiento, para prestar sus auxilios á los vecinos pobres, y allí sintió renacer, más potentes que nunca, las ideas que se le habían adormecido mientras duró la borrasca de su amor. Entonces conoció la verdadera miseria del obrero, la de su hogar. Había bastado á su espíritu selecto, á su corazón justo, ver la cuestión social por fuera, en sus manifestaciones externas, en el contraste de la opulencia y la miseria, en la holgazanería triunfante, en la bárbara jornada impuesta al obrero,

en la mezquindad del salario, en la enorme mortandad por accidentes del trabajo, para amar la santa causa de los débiles explotados por la codicia. Pero cuando los deberes de su oficio le introdujeron en la morada del trabajador, levantóse en su corazón una ola de indignación y de protesta. Porque las casas que visitaba eran en las que se unían todas las desdichas, el mal accidental de la enfermedad, que demandaba su presencia, con el mal permanente de la miserable condición obrera.

Distaba Redenta unos diez kilómetros de la capital, que está más á lo interior, y como cinco de la desembocadura del río, que se ancha notablemente allí, antes de echarse en brazos del mar. Algunos obreros, al concluir la diaria jornada, van á la capital, donde tienen sus familias; pero los más residen en la misma Redenta, buscando la baratura de la vida y por ahorrarse el diario viaje de ida y vuelta, á pesar de que la Empresa del ferrocarril, tocada de filantropía, ha establecido trenes baratos, en los que trae y lleva por una miseria al rebaño trabajador que opta por vivir en la ciudad.

Cuando comenzó la construcción de fábricas en aquella estepa abandonada, quince años atrás, algunos negociantes de agudo ingenio y ávidos tragaderas enjaretaron, con cuatro tablas y cuatro ladrillos, una porción de casas para obreros, de

las que sacaron y siguen sacando en nuestros días muy buenos cuartos, mucho mejores que los que tienen sus menguadas fincas. Forman éstas un largo y uniforme barrio, una cuartelada lisa y monótona, falansterio de la miseria, con un balconaje corrido, como reja de la esclavitud. Los pisos bajos ocúpanlos numerosas tiendecillas, tumbas del salario, y primer escalón de inverosímiles opulencias. Hubo tendero que en cinco años ganó ochenta mil duros vendiendo artículos averiados y caros, que los obreros veíanse forzados á admitir, porque el pícaro fiado les tapaba la boca.

Si en los tiempos normales andaban los pobres diablos á la cuarta pregunta, si al cobrar la quincena se lo llevaban todo entre el tendero, la renta de la casa y la blusa ó los zapatos, ó la camisa ó la saya de la mujer, ó las alpargatas para los chiquillos, porque aquellos arrastrados rompían hierro que se les pusiera en los piés; si, viniendo todas las cosas buenas, con una mano se cobraba y con otra se pagaba, sin que quedase en casa ni el olor, ¿qué no sería cuando caía la calamidad de algún chiquillo enfermo ó la mujer ó el propio sostén de la casa, que era también de carne y hueso como los demás? En aquel punto cesaba de correr el jornal, y venga médico y botica, y traiga usted gallina para hacer buen caldo y vino de Jerez y ternera, que costaba un sentido, para que el otro dijera luego que no la podía tra-

gar y la echara para fuera. Y á todo esto el tendero se rechiflaba, porque ¿quién le garantizaba á él lo fiado? ¿Y si el otro se moría? En fin, un asco; aquello no era vivir. Y sea usted bueno, no vaya usted á la taberna, quédese allí, con el cuerpo molido por doce horas de trabajo, en aquel cuartucho estrecho, recibiendo el humo de la cocina, oyendo los lloros de los chiquillos y las disputas de las vecinas porque tú me has quitado el carbón, y ya sabemos quien es aquí la ladrona, y la ladrona eres tú, que me has robado la sábana que puse á secar, y tú eres una hija de tal, que se la pegas á tu marido, y vengan palabras gordas é insultos atroces, y métanse por medio los hombres á defender la «suya,» y háganse enemigos, y mátense. ¡Perra vida!

II

Apacentaba en lo espiritual á aquel rebaño un pastor de alma bonísima, D. Blas Yriarte, cura párroco de San Antonio Abad, ó de San Antón, como decían las gentes de Redenta por abreviar.

Era este D. Blas un sugeto de alta estatura y magras carnes, reposado en el decir, de acción presta cuando del bien se trataba, sobrio en la comida, compuesta de vegetales y de algún pescado y solamente de carne en los grandes y memora-

bles días. Llevaba siempre aseada con esmero su enjuta y larga persona, y el envoltorio de ella, sotana, manteo, teja y zapatos. Eran estos de tosca labor, y no porque D. Blas despreciara el calzado bien hecho, sino por una circunstancia que merece mencionarse.

Había en Redenta un viejo zapatero, más pobre que las ratas, á quien su hija abandonara para correr por caminos de perdición, dejándole solo á los 60 años, con vista escasa y torpe pulso, según se echaba de ver en las vacilantes huellas que dejaba su lezna y en lo torcido de las costuras, por lo cual le escaseaba el trabajo, cayéndole no más que algún que otro chapuz de vez en cuando, y unas medias suelas cuando repicaban gordo. Con esto veíase el pobre reducido á una estrechez lindante con la miseria, faltándole á veces el sustento para entretener sus viejos días. Pero era orgulloso en su miseria, y no admitía dádivas graciosas ni limosnas humillantes. Quiso dárselas D. Blás, compadecido de su extrema pobreza, y se las rechazó con hidalga altivez de viejo demagogo, que estaba á matar con los hombres de la Iglesia, á quienes dirigía las ardientes diatribas aprendidas en sus lecturas de librepensador candoroso. Y aunque quedárase sin comer, nunca le faltaban los cinco ó los diez céntimos para comprar el periódico de su devoción, nutrido de frases gordas contra el clero «oscurantista» y de andanadas contra la teo-

cracia. No aceptaba las limosnas del cura porque veía en ello un ataque á su dignidad y una traición á su causa. Tendría que deponer sus odios tradicionales á la gente de sotana, y eso implicaba una inconsecuencia, que no cometería jamás. No estaba muy seguro de sentir ese odio ni de que D. Blás fuera de aquellos «oscurantistas» é «inquisidores» contra quienes arremetían los papeles que él leía... pero, no... la limosna no... eso era ultrajante... él era un trabajador, un hombre digno, no un vago que se entregaba á la sopa boba de la frailería.

Entonces ideó D. Blas la treta de encargarle zapatos, pensando en regalarlos á quien de ellos careciese, para socorrer al anciano de aquel modo indirecto, respetando sus susceptibilidades. Y como éste sospechase el artificio, vióse obligado el cura á ponerse aquel tosco calzado, tortuoso é incómodo, y zapateaba fuerte donde nadie le viese y hollaba los guijarros en los caminos para destruir cuanto antes aquella ruda labor de un arte primitivo, mas la honradez del maestro trasladábase á su obra, tosca, sí, pero hecha á conciencia, con una solidez desesperante, así que nunca se rompían aquellos zapatos, con lo cual se desolaba el cura, porque veía recaer al otro en su anterior miseria, y para sacarle de ella, inventó un nuevo artificio simulando que otros sacerdotes, sus amigos, encantados de la duración del calzado, habíanle pe-

dido le encargase nuevos pares, y de esta suerte fué convirtiendo su casa en una singular zapatería para alimentar al viejo maestro, bajo cuya corteza de librepensador obstinado veía un alma sana, un hombre rudamente probo, y, en todo caso, un semejante anciano y desvalido.

Vivía D. Blas en la casa cural anexa á la iglesia, pobremente, á causa de su natural dadivoso llevado á tal extremo que á veces faltaba en casa lo necesario para su sustento, á pesar de que era un río de oro la parroquia, una de las más codiciables por la creciente prosperidad del pueblo y sus contornos. Pero el excelente clérigo no tenía ni un adarme de sordidez; no estimaba el dinero sino por el bien que le permitía hacer. Pasaba por hombre raro; sus mismos amigos le reprendían por su pródigo desprendimiento y por sus extrañas manías, como la de almacenar en casa aquellos zapatones tan feos que en la vida podría romper. Nada replicaba él; seguía imperturbable su obra de virtud. Conmovíanle las lástimas y daba sin mirar á quién, sacando de la posesión de las cosas aquel elevado deleite de que habló Aristóteles cuando sentó que la mayor excelencia de la propiedad consiste en que permite dar.

Trabó Pedro amistad con él á poco de llegar á Redenta. Apenas sus almas se encontraron, inicióse una corriente de atracción, como materia homogénea que se busca y se amalgama. Llevaba

Pedro en su figura las huellas de la profundísima tristeza que le dejó la desdicha de su amor. Desprendíase de su sér una honda melancolía que conmovió al bueno de D. Blas, porque adivinó en seguida que era un alma doliente que necesitaba consuelo. Y se fué hacia él lleno de compasiva piedad. Si se desvivía por aliviar las desventuras de la pobreza, lamentando sólo que hubiese un límite en sus medios, no era menos diligente en el socorro de las miserias del espíritu, de los infortunios del alma. ¡Y entónces si que era pródigo en el dar, sacando á manos llenas tesoros de su alma opulenta para consolar á los tristes, para reanimar á los vencidos! Aquel aliento fraternal del hermano en Cristo, que le socorría amoroso en su camino solitario, alivió á Pedro en su gran pesadumbre; fué un bálsamo divino para sus heridas, y poco á poco pudo mirar de frente á su ilusión perdida, á su dicha fugitiva, y, sobreponiéndose á ella, elevarse á las puras regiones del ideal, del amor inmenso de los que sufren. Su figura había sido objeto de una gran transformación; habíase dejado la barba, negra y abundante, y su vista fatigada por la mucha lectura, habíale requerido el uso de las gafas. Resultaba una cara austera, séria, ascética, trasunto de un monje de la edad de la fe que resurge en un místico de nuestra época atormentada, lleno de visiones de una gloria futura para la Humanidad y de sensaciones de dolor,

de piedad infinita para los oprimidos, para los pequeños, para los humildes, para los esclavos del infortunio; y de arrebatos de protesta contra el satanismo perturbador, contra la ambición codiciosa, contra la opresión inhumana de los grandes de la tierra, contra la injusticia, y de anhelos de armonía, de equidad, de dicha, de paz, de redención para todos.

III

Por las tardes, siempre que el tiempo estuviese bueno, iban Pedro y D. Blas á dar largos paseos por los contornos agrestes de Redenta, parajes rudos, escabrosos, campos grises de vegetación mustia, manchados aquí por las rojizas huellas del acarreo de minerales férreos, allí por las escorias que arrojaban las fábricas, deyecciones del monstruo industrial, que digería montañas de carbón, reduciéndolas en su estómago de fuego á aquellos leves residuos que ensuciaban los campos vecinos, sobre los cuales caía continuamente una lluvia negra, el riego del menudo carbón que lanzaban las grandes chimeneas entre espesas capas de humo:

Discurría Pedro durante estos paseos sobre lo que allí veía, trenes, fábricas, vapores, minas, obreros, sobre las excelencias del progreso y sus efectos, sobre la evidente desviación de la justicia

distributiva, que, junto á una minoría de ociosos opulentos, forma una multitud miserable, á la que se niega todos los goces de la vida y aun la vida misma, estableciendo una esclavitud nueva que deshonor á nuestra civilización, tan brillante en otros respectos. Y condenaba con acentos enérgicos á los hombres injustos que llenan, por su codicia, al mundo de zozobra, de desconcierto, reduciendo en medio de la plenitud de la vida fecunda y rica, á una existencia precaria, miserable, inhumana, á la masa de los humildes que se arrastran entre el sufrimiento, lanzados á la desesperación y al odio contra una sociedad despiadada, donde los buenos son los vencidos y los malos los vencedores.

—Es un tormento la vida de los pobres, negro el presente, más negro el porvenir, en continua zozobra, como el pobre pájaro herido que siente los disparos del cazador y espera resignado uno que dé fin á su vida, en perenne temor sobre el mañana, sin defensa, viviendo de la magnanimidad del que todo lo posee, á merced de los acontecimientos y del capricho del tirano que compra el trabajo y lo paga como quiere y cuando quiere. ¡Y qué horror si el desventurado padre piensa en sus pobres hijos abandonados quizás mañana, si él muere, desnudos, hambrientos, desamparados, en un medio brutal, en guerra permanente de egoísmos, donde los vencedores se levantan y al-

canzan la victoria pisoteando sin piedad á los débiles, á los vencidos!

Callaba D. Blas cuando la crítica de Pedro era excesivamente acerba. Tenía gran compasión para los pobres, extenuados por el hambre y la fatiga, pero se compadecía no menos de los ricos, víctimas también de su miseria, y necesitados también de redención y de piedad. Lamentábase de la materialización de la vida, del vértigo que sentían los hombres ante la riqueza, corriendo tras de la posesión de las cosas con hidrópica sed, ansiando atesorar más cuanto más tenían, como si fueran á vivir eternamente, yendo afanosos á conquistar los bienes terrenales poseídos de codiciosa avidez, creyendo tener el infinito por delante, y así es la magnitud de su ambición, infinita, hasta que llega la muerte silenciosa, y deshace la ilusión, y restablece la profunda verdad. Mas los vivos no aprenden nada de los muertos; déjanlos ir, y prosiguen en sus afanes, en su ambición loca, en su pasión de atesorar, sembrando en el mundo la discordia y el pecado.»

Objetábale Pedro que ese fenómeno de insaciableidad era como repercusión de la existencia de la miseria, que la obsesión de acumular bienes, que ese correr sin fin de los hombres hacia la seguridad de la vida, prodúcele el espectro de la miseria, del que huyen aterrados, y en la huída rebasan á veces los límites, y siguen corriendo, por la

inercia del esfuerzo inicial, aun por los campos de reposo donde la miseria no tiene entrada. Todo peligro persistente crea un instinto, y el peligro social de la miseria crea ese instinto que impele á los hombres á blindarse con los tesoros, qué producen un goce positivo por lo mismo que alejan la idea de un sufrimiento. Ese instinto nace de una morbosidad social, que es la miseria, la incertidumbre de la existencia, pero los excesos del instinto agravan el mal, porque la acumulación que realizan los más audaces, los más instintivos, despoja á los demás, quedando la humanidad desnuda para que los elegidos vistan ricos ropajes y almacenen vestiduras para una eternidad. Si un régimen social justamente organizado asegurase á todos los hombres su existencia, cesaría la obsesión de la miseria, ese instinto que promueve la rapiña egoísta para ponerse á cubierto de todo peligro, instinto animal, fisiológico, y otros instintos más elevados le suplantarian, dirigiendo las actividades hacia otras empresas mas ideales, abriendo horizontes nuevos á la vida, parajes inexplorados de hondo progreso espiritual en el que apenas daremos un paso mientras los hombres vivan absorbidos en la solución del problema material de la vida, en esa faena innoble de arrebatare mutuamente el pan de la boca, como perros que se disputan un hueso.»

Y al caer de la tarde, cuando las calles de Re-

denta se animaban con el pueblo laborioso que de las fábricas salía, regresaban los dos de su paseo y se encerraba D. Blas en el recogimiento piadoso de su casa, entregado á sus oraciones, en las que pedía á Dios misericordia para los pobres que sufren hambre y sed, y para los otros pobres que sufren la miseria de su ambición, de su riqueza, de su vanidad.

Y entretanto, Pedro oraba también á su modo; visitaba á sus enfermos, les consolaba, les socorría; y luego educaba á los sanos, les prestaba fe, esperanza en la justicia.

IV

En los días de mal tiempo, que en aquel país nebuloso y húmedo son los más, formábase una tertulia en la casa cural, donde concurrían gentes diversas: un capellán de unas monjas de Santa Clara, que allí cerca había; un viejo marino retirado, hombre de escasas, escasísimas palabras, que acostumbrado á la vida del mar, pensaba que él no tenía voz ni voto en las cuestiones de tierra; dos ó tres ricachos más ó menos pasivos, rumiantes de su caudal, y un ocioso propietario, á quien llamaban D. Aurelio, con el que solía tener Pedro famosas agarradas. Había dado este D. Aurelio en la manía de creer que estaba siempre ocupadísimo. Ha-

llábase impaciente en todas partes, como si le requiriesen atenciones urgentes; iba presuroso de un sitio para otro, corriendo en un eterno correr sin objeto, creyendo de continuo ir á alguna parte sin que, en definitiva, tuviese que ir á parte alguna. Recorría las tertulias del pueblo, mas íbase de todas en seguida, alegando que tenía que hacer, y así pasaba la vida tras de quehaceres ilusorios, con lo cual entretenía sus ocios y ponía una tapadera á los enormes bostezos de su existencia vacía de todo fin, y así se iban atrofiando las energías de un sér, condenado á la inacción por defectos del mecanismo social que solicita todo el esfuerzo de unos, mientras condena á otros al reposo absoluto. Mezclábase en aquella reunión la nota frívola con la grave. El capellán de las monjas clarisas era un hablador sempiterno, pero en guasa, á la lijera, historietas, cuentecillos, chismes, charla femenina para matar el tiempo, según él decía, sin reparar en lo irremediable de este homicidio. Terciaba á veces el errante y ocioso D. Aurelio, pero les dejaba á media miel, porque los condenados quehaceres le llamaban á otra parte y se iba diciendo: «Ya hablaremos de esto otro día más despacio, ya hablaremos.» Y al verle marchar decía Pedro:

— «Este D. Aurelio no es un hombre, es una rueda, y lo más triste es que no mueve cosa alguna de provecho en su marcha perenne hacia imaginarias ocupaciones. Recuérdame á un tormento que

imponen en las prisiones inglesas á ciertos penados. Oblíganles á mover un mecanismo sin objeto y no consiste el tormento en el voltear incesante del mecanismo, sino en la esterilidad del esfuerzo. A la larga aquel trabajo enteramente inútil, les obsesiona, les enloquece... Pero este D. Aurelio no se da cuenta de la esterilidad de su vida, finge ocupaciones para satisfacer la necesidad de acción de su organismo y justificar su vida ¡y cuántos como él!

—¡Buena falta le hace á D. Aurelio ocuparse de nada! ¡Pues apenas si tiene el riñón bien cubierto!— exclamó el capellán.

Y callóse Pedro, enojado ante la salida de aquel sandío, incapaz de una idea fuera del curso vulgar.

Este curita impertinente y superficial le molestaba, con su cara sonrosada de niño grande y sus ojos alegres, y sus perfumes de damisela. La honda seriedad de Pedro, máscara de su tristeza interior, chocaba enfrente de este sér frívolo y arlequinesco.

No era malo el capellán; era un hombre de escaso seso que sentía la alegría de vivir, un alma simple dotada de un inconsciente optimismo infantil. Huía por instinto de los asuntos graves, quería reír, reír. Pedro sintió de pronto una gran piedad hacia este simplicísimo sugeto, que no era culpable de su necedad, y se arrepintió de haberle mirado con enojo cuando le interrumpió para mentar los caudales de D. Aurelio. ¡Ah!—prosi-

guió reanudando su pensamiento—¡qué conveniente sería si se pudiese aplicar á estos hombres una pena semejante á la de los reclusos ingleses para que sintieran el aborrecimiento de la vida estéril, el pecado de su existencia ociosa!... He ahí un principio abstracto de la economía transportado al viviente terreno concreto. D. Aurelio es la encarnación práctica de la teoría ricardiana de la renta.

Era esto un lugarejo no ha mucho; las tierras nada valían por su escasa fertilidad y el apartamiento de los centros populosos; las fincas no producían más que abrigo á quien las ocupaba, pero no renta, y los Aurelios, que todo esto poseían, veíanse forzados á trabajar las tierras para sacar por su propia mano su sustento. Más de pronto cambia todo; hace aquí su aparición el progreso, surgen las industrias, afluyen los hombres en demanda de salario, ánimase esto, resulta chico el pueblo para tanta gente, toman valor las tierras que han de alimentarla; las casucas, poco antes despreciadas, conviértense en manantial de riqueza, se las disputan los que han menester de un hueco para vivir y esta disputa la resuelve el propietario feliz elevando la renta... No hace él otra cosa que dejarse flotar. Las olas que promueven el progreso marchan ignoradas por el fondo; flota la espuma, el propietario, quien sin saber cómo ni por qué recoge el primero los frutos del progreso

de la riqueza, ve de pronto multiplicado el valor de sus tierras, de sus fincas, sin haber hecho nada, sin haber agregado un átomo á la materia preexistente, sin el menor esfuerzo personal, recogiendo sin haber sembrado... Y aún simula ocupaciones, y creará, sin duda, que tiene una misión social... Los Cirineos preséntanse como redentores mientras el pobre Cristo arrastra su cruz, y calla, y trabaja.

—Crea usted—replicó el capellán—que ese Cristo que usted dice, suelta la cruz en cuanto puede, y se la endosa al vecino... No creo en la virtud ni en la abnegación del pueblo; es más, no sé lo que es el pueblo...

—El pueblo es la víctima eterna, la carne viva donde azotan todos los tiranos, donde se nutren todos los miserables.

—¡Oh!—exclamó el capellán fatigado por aquel tono grave—Este D. Pedro me desespera, me pone triste con sus cosas... Pero hombre ¿por qué se amarga la vida de ese modo?... Que hay muchos desgraciados, que la miseria, que el dolor, que los pobres .. ¡y qué le hemos de hacer, señor, qué le hemos de hacer!... Deje usted correr la bola, el mundo es así... ¡Si nosotros no lo hemos de arreglar!... ¡Mire usted que es empeño, meterse entre los zarzales y las espinas habiendo un camino sembrado de flores!... Y no lo digo por mí, pobre capellán, sin aspiraciones ni otro mundo que el de

mis monjitas, sino por usted, un joven de talento, que puede brillar si se deja de exageraciones y de historias... Créame, yo soy su amigo, y me apena que se pierda por ese camino peligroso... No se lo agradecerán... Siembra beneficios y recogerá ingratitudes... Ya lo verá...

V

—No importa,—dijo D. Blas interviniendo.—El bien se ha de hacer por el bien mismo, y sólo es bien cuando es enteramente desinteresado, sin miras de galardón alguno.

—No es fácil, capellán, que nos entendamos., acaso tenga usted razón al mirar las cosas bajo un punto de vista práctico... Pero ¡quién sabe, quién sabe lo que es realmente práctico en la vida! Quizás no hay nada menos práctico que la vida misma... Pero, sea como quiera... yo no estoy por lo práctico; no me seduce la idea de la recompensa...

—¡Ah, eso es muy hermoso!

—Tampoco me seduce el que sea hermoso... Los que han hecho las religiones...

—La nuestra es divina,—le interrumpió el capellán.

—Bueno. No lo discuto... Los que han hecho las religiones, fiándose poco del desinterés humano, han establecido un cielo, un paraje de place-

res, una promesa de felicidad futura para estimular á los hombres por el camino de la virtud. La intención es buena; pero es groseramente humano ese artificio levantado sobre una moral de cuartel. Es una filosofía al alcance de los subtenientes... ¡Las recompensas! Si son para el alma, ¿por qué buscarlas fuera del alma misma?

Volvió á entrar D. Aurelio en aquel instante, y díjole el capellán:

—Se ha perdido usted cosas muy buenas, amigo D. Aurelio. Estése aquí, y verá si D. Pedro hila delgado, y cómo les vapulea á ustedes, los burgueses.

— ¡Bah! D. Pedro es joven... Déjele usted, ya se modificará con los años... Todo ese idealismo es humo de la juventud, utopia, utopia, ganas de perder el tiempo. Cuando él haga sus cuartitos, verá usted como los guarda y piensa de otro modo... D. Pedro, después de todo, no es más que un gran romántico... ya vendrá la realidad á cortarle las melenas... Ea, abur...

—¿Tan pronto?... Siéntese usted un ratito... Don Pedro le tiene ganas... Que no se diga que huye usted...

—No puedo... tengo que hacer... ya hablaremos, ya hablaremos...»

Y viéronle desde la ventana atravesar por entre los grupos de obreros ennegrecidos que en aquella hora salían del trabajo. Aquel ejército que

venía de laborar para él le entorpecía el paso. Metióse entre los grupos compactos que salían por la puerta de la fábrica y se extendían como las aguas comprimidas de un conducto estrecho al hallar mayor espacio, bifurcándose en ramales las corrientes libres. Y allá se perdió entre la nota oscura del anochecer y de las masas laboriosas, siguiendo su infructuoso voltear, diligente del vacío, actividad negativa, mecanismo inútil, existencia estéril, estéril, estéril.

VI

Vivía Pedro estrechamente, y á duras penas podía cubrir los gastos de su sostenimiento y el de una criada que hacía los menesteres de la casa. Bien se echaba de ver por su pobreza que no entendía gran cosa de los tiquismiquis prácticos de la vida. Apenas tenía más ingresos que el ruin sueldo que el ayuntamiento le pasaba para asistir á los enfermos pobres. Su carácter seco atraía pocas simpatías de las gentes acomodadas, que preferían á otro médico más zalamero y gracioso que en el pueblo había, y sus pocos clientes de pago le pagaban tarde y mal. El no reclamaba nada; tomaba lo que le daban, si le daban algo. Le alivió un poco de la estrechez á que se hallaba reducido una operación feliz que hizo, tras de la cual el en-

fermo mostróle su agradecimiento con un espléndido regalo en hermosos billetes, que él tradujo al punto en cosas necesarias, pues le gustaba vivir en una modesta comodidad, ir aliñado en la ropa y tener libros, periódicos y revistas para seguir los progresos de la medicina y el movimiento intelectual del mundo.

En la tertulia de D. Blas había proclamado un día, con asombro de los presentes, que la caridad era una cosa tan estéril como el errar baldío de D. Aurelio. Reconoció que la caridad, como sentimiento individual, merecía todos sus respetos, pero que elevada á categoría social era una abominable mentira, una de las más falaces trampas del fariseísmo contemporáneo, una aliada de la injusticia para perpetuar la miseria y la servidumbre de los pobres, una falsa solución al mal, que oscurece y retrasa la verdadera solución, la de la justicia, la que requiere la dignidad de los hombres, no la mentirosa virtud burguesa, que deja permanente la miseria dentro de sus palacios de beneficencia, hipócritas panteones, donde yace la dignidad de los pobres. ¡Desgraciados los que sienten alguna vez el beso helado de esa caridad sin alma! ¡Ah, que gran superchería, qué cruel engaño!»

No daba jamás en la calle cinco céntimos á los pobres; tenía la convicción de que era obra vana, sembrar en el mar, sin obtener ningún resultado ni alivio de la miseria, antes bien perpetuar-

la; pero hubo momentos en que su corazón pudo más que sus convicciones, y, conmovido por espantosas miserias, dió cuanto tenía con lágrimas de dolor por su impotencia para remediar tanto mal, tanta desolación, tanta tristeza.

Fué uno de los más amargos días de su vida aquel en que, llamado á prisa, entró en una casa donde un obrero desesperado acababa de apuñalar á su mujer, que yacía en el suelo moribunda, abrazada á sus cuatro hijos, cubriéndolos de sangre, con los ojos espantados, repitiendo como una obsesión trágica esta pregunta: «¿Qué será de mis pobres hijos, qué será de mis pobres hijos?» Y viendo salir con la policía al marido atado, manchado también de su sangre, exclamaba con grito agónico: «¡Perdón, perdón para él!... ¡Mis hijos solos!... ¡no!... ¡no!... ¡perdón para él.» Y otro día en que un casero sin entrañas arrojaba, por la fuerza, de un cuarto miserable á una anciana y á su hijo tísico, empujándoles brutalmente por la escalera, y tirando el pobre ajuar por el balcón. Y otro en que la mujer de un obrero del muelle, que acababa de caerse al fondo de la bodega de un barco, destrozándose el cráneo, corría desolada por el pueblo dando angustiosos gritos de locura con sus dos hijos de la mano. Y las agrias disputas, los ultrajes, los golpes entre esposos, entre padres é hijos, entre hermanos; la vida infernal de los hogares miserables, donde la carencia de todo

y la fatigosa existencia amargan los caracteres, y siembran la discordia y envenenan el alma, donde agita el crimen sus negras alas, y los sentimientos y las afecciones se borran, y el corazón se endurece. Un padre anciano y desvalido es á veces abandonado por sus propios hijos, como un caballo viejo é inútil que se suelta en el campo para que pazca ó se muera. Huye el marido del hogar, dejando hijos y mujer, quitándose de encima el peso de una familia, y allá se las hayan los pobres abandonados. Y muchas veces ¡qué abominación! es la muerte bien recibida, porque viene á llevarse bocas, á aligerar la carga que abrumba al sostén de la casa, y tocarán á más los que quedan.

Todo es mohina donde no hay harina. ¿Qué virtud, ni qué resignación, ni qué moralidad ha de haber en medio de las privaciones, con las fatigas de un trabajo agobiante, vilmente pagado é inseguro en su misma vileza...? ¡Sí, déense aire de virtud los señores que tienen; compadezcan los pecados del esclavo, sér inferior; deléitense con su caridad, dando migajas del botín, siéntanse piadosos y buenos, seráficamente optimistas, después de sus felices digestiones, y mueran con la bendición apostólica y el cielo comprado, mientras el esclavo maldice la vida, y llénase de rencor, y muere rabiando como un perro.»

Y el pobre D. Blas acongojado al oír estas cosas á Pedro decía: «¡Sí, sí... Hay mucha discor-

dia en el mundo, mucho pecado!... ¡Dios mío, tanto pobre, tanta miseria!... Hagamos algo... ¡Resignación! Si, pero el hambre no aguarda ¡Dios mío! no aguarda...»

VII

Convencióse Pedro de que por el camino del sentimentalismo y de las lamentaciones no se iba á parte alguna, que era predicar en desierto, que solamente por la fuerza podría adelantarse algo en el remedio de la miseria, en el mejoramiento de la condición obrera y en la aproximación al reinado de la justicia. Y la fuerza estaba allí, sólo que inconexa, en atómica disgregación. Cada obrero era un átomo disperso, impotente en su aislamiento; pero todos juntos formarían una fuerza irresistible. Débil es la gota de agua y forma el mar poderoso que las montañas conmueve. Vió en la congregación de las masas obreras, unidas para una acción consciente, el nacimiento de una fuerza colosal, acaso incomparable con ninguna de las otras fuerzas que la han precedido en la historia, y presintió en esa fuerza la solución al problema social, conforme á la experiencia histórica, que enseña que jamás se conquistó un derecho sin la fuerza. La historia es una lucha permanente entre las resistencias de lo establecido y los asaltos de lo nue-

vo, y en esta lucha no es el triunfo de quien tenga más razón; no se inclina la balanza hacia el lado del derecho, la victoria depende de la potencia de las fuerzas puestas enfrente. El progreso, dinámica de la historia, marcha á través de los siglos sobre las ruinas del pasado, en medio de luchas ardientes, de combates encarnizados, para vencer la intensa resistencia de los intereses establecidos. El hecho económico es el eje de todo el movimiento histórico, y hoy más que nunca es el hecho económico el que plantea la gran cuestión que agita al mundo, la lucha formidable del derecho nuevo, que amenaza de muerte á los derechos adquiridos. La tenacidad de la resistencia se comprende cuando se vé el fondo económico de toda querrela humana, la lucha de intereses, el espíritu inerte de la propiedad, estática histórica, que tiene sus raíces en la tierra honda. Distingue á las instituciones económicas un gran espíritu de inmovilidad, en tanto que las políticas se renuevan incesantemente, y de ahí el flagrante anacronismo del presente histórico, el conflicto latente de la constitución social moderna, donde subsiste la vieja ley romana de la propiedad exclusivista junto á la ley política de la Revolución igualitaria, resultando de esto una trama híbrida, una constitución social heterogénea, dos almas en un cuerpo que se repelen en la lucha de sus intereses inconciliables, una democracia política y una aristocra-

cia económica, un pueblo rey que arrastra en la miseria el manto de su soberanía, viéndose forzado á abdicar ó á enajenar sus derechos políticos para libertarse de la esclavitud del hambre. Y no alcanzará la soberanía económica mientras no la conquiste por la fuerza. En la guerra de los elementos sociales nunca se concede la beligerancia á los débiles. Hay que hacerse temer, ostentar la potencia para tener derecho á entrar en la lid. La muchedumbre explotada ha vivido dispersa siempre, impotente, sufriendo en cada pueblo y en cada siglo una servidumbre distinta. Mas al nacer nuestro siglo comienza una transformación radical y la servidumbre se unifica. Aparecen las grandes manifestaciones del progreso mecánico y las colosales empresas industriales, provocando por una parte la unión del capital y por otra la aglomeración de las masas obreras en los potentes núcleos de la producción nueva. El siervo de la gleba que, desde que sacudió su servidumbre feudal, andaba errante por los caminos y las ciudades, reúne con sus iguales en torno de la gran industria del siglo. Allí descubre á su compañero de infortunio, allí siente la conciencia de clase oprimida, allí nace la solidaridad, que se extiende de pueblo en pueblo, siguiendo las huellas del cosmopolitismo capitalista, que salta las fronteras y unifica los procedimientos de la producción, y establece el salariado, dejando al trabajador entera

libertad de movimiento para que recorra el mundo á su talante y ofrezca sus brazos por donde le plazca, promoviendo de esta suerte la competencia y el rebajamiento del salario á lo indispensable para subsistir y procrear. Prodúcese aquí instintivamente una concentración de fuerzas. Únese el capital por la magnitud de las empresas, y por esta misma magnitud necesita unir grandes masas obreras.

El hecho económico aparece en el antagonismo de los intereses de los dos elementos de la producción. Busca el capital mayor ganancia con la merma del salario y la prolongación de la jornada. Los asalariados perciben el ataque y se aprestan á la defensa. Se produce un movimiento de atracción, de auxilio mutuo; presíntese que hay intereses comunes que defender: la lucha de clases comienza. Pero la clase obrera, apenas nacida, no tenía tan vigoroso instinto como la clase enemiga, cuyos miembros, más ilustrados y menos numerosos que los de la otra, lograron entenderse fácilmente y crear con la fuerza económica que poseían una fuerza política, y apoderarse del Estado para defender sus intereses y sus privilegios. Y desde entonces ellos son el Estado, ellos legislan para sí, ellos dominan á las fuerzas del Estado, que están á su servicio, como mercenarios dependientes de la clase triunfante. Pero enfrente de esta fuerza del capitalismo empieza á elevarse

otra fuerza infinitamente mayor, cuya formación es más lenta por lo mismo que es más grande: la fuerza del proletariado, fuerza inmensa, de incalculable magnitud, enorme ejército en cuyas filas entra la más numerosa parte de la humanidad y marcha á la conquista del poder, al establecimiento de la justicia, al término de la servidumbre de la humanidad oprimida. Y será una vez más el triunfo de la fuerza, pero el último, el definitivo, el que cerrará un período histórico y abrirá una era nueva, una civilización maravillosa, donde los hombres, libertados de su esclavitud económica, vislumbrarán infinitos horizontes nuevos, nuevas direcciones para su acción, ideales hoy ignorados de nuestra alma embrionaria, ahogada en nuestras luchas animales. Y se abrirá un campo sin fin al verdadero progreso, al hondo progreso espiritual, al progreso de nuestras almas, pobres flores de la estepa ruda, que ansían un ambiente más blando para desarrollar su lozanía, y embellecer al mundo con sus matices, y deleitarle con sus aromas.

Derrámase nuestra vida en lo exterior en vanas obras, bajo la tiranía material del hecho económico que nos hace centinelas de nuestro sosiego y nos condena á pasar en vela la noche oscura para precaver la emboscada, dándonos el instinto de la agresividad. Nos absorbe el temor del ataque, y sálese nuestra vida á nuestros ojos y á nuestros oídos, creyendo oír en el viento que pasa

ruidos alarmantes, y viendo en cada hombre un concurrente que viene á arrebatarnos la pitanza, en cada semejante un enemigo que nos acecha, como el hombre primitivo acechaba en la selva el paso del semejante para despojarle del producto de su caza. Mas un momento llegará en que cese el estado de guerra, y en que, bajo un régimen de paz y de sosiego exteriores, pueda el hombre cultivar su jardín interior, la vida profunda de su alma.»

VIII

«No menos de medio siglo ha sido menester para que este grito de un grande hombre. «¡Trabajadores del mundo entero, uníos!» resonase en el alma naciente de la clase obrera, y encontrase eco en su conciencia, y cumplimiento en su acción. Y, aunque lentamente, con la lentitud de las grandes gestaciones complejas, va repercutiendo por el mundo el eco de aquella voz, y los trabajadores se congregan, y se organizan, y van laborando poco á poco la fuerza formidable que ha de transformar al mundo, hundiendo á los tiranos y aniquilando á todas las otras fuerzas que mantienen el privilegio.

Es un movimiento inverso al de la clase media; ésta poseía la fuerza económica, y con ella

conquistó la fuerza política y su supremacía en el Estado. Por el contrario, los proletarios poseen la fuerza política, y con ella han de sacudir su servidumbre económica, haciendo del Estado una institución neutral, no una fortaleza de privilegios nuevos, no el aliado de una clase opresora. Al triunfar los más, se fundirán todas las clases; la tiranía y la opresión son exclusivistas; un privilegio que se generaliza deja de ser privilegio y se torna en justicia; no tiene sentido la idea de la tiranía del número, y sólo pueden temerla los espíritus tiranos, animados por un intelectualismo aristocrático, que gustan, como los helenos, vivir en una noble holganza sobre el pueblo esclavo, miserable tierra, resignada á nutrir en silencio con su jugo algunas raras flores de un arte sin alma.

Mas á estas masas de Redenta no ha llegado aún la voz de salvación, y es menester que llegue, que se aperciban á la lucha, que se organicen, que creen la fuerza, el supremo argumento de la historia. La guerra ha evolucionado; los campos de batalla están hoy en los campos del industrialismo capitalista; ya no son luchas de nacionalidad ni de dinastía, sino luchas de clases. El pueblo, que fué elemento pasivo en las guerras históricas, es ahora elemento activo, lucha para sí, para desposeer á los usurpadores de los bienes humanos, girando este gran litigio en torno del privilegio de la propiedad monopolizada por una minoría. Cesó la

misión histórica de los ejércitos; no se verán ya grandes capitanes; no los necesita la historia y no los habrá. El gran capitán del siglo no es Napoleón, no es Moltke tampoco, es Carlos Marx, y son su táctica y su estrategia las que comienzan á conmover al mundo con la cohesión de las grandes fuerzas obreras, ejército poderoso que, mejor que el de los persas, podrá nublar al sol, y lanzará, sin duda, al ocaso á más de un astro de los que hoy brillan».

Y puso Pedro manos á la obra de organización. Fundó un Centro donde reunió á los trabajadores. Predicóles la unión, la solidaridad, la resistencia, la lucha política para abordar el poder y la lucha económica para mejorar su condición primero, y para libertarse enteramente de su dependencia al capital después. En la lucha política el sufragio; en la lucha económica la organización de resistencia, la solidaridad entre todos los trabajadores enfrente del enemigo común; rechazar los excesos de la explotación capitalista, limitar la jornada, mejorar el salario. Esgrimir con cautela el arma de la huelga, usándola sólo en aquellos casos en que la cohesión sea vigorosa, en que, mediante una buena organización previa, se cuente con recursos para una resistencia prolongada.

Hallábase Pedro entregado con afán á la organización de las fuerzas de Redenta, en las que tan grandes esperanzas cifrara, cuando sobrevino un

suceso que le contrarió mucho. Fué una huelga inesperada, un aborto fatal, que no podía conducir sino al fracaso.

Empezó el movimiento por un incidente de poca importancia entre los capataces y los obreros que hacían la carga y descarga en el muelle de *La Nacional*, gran fábrica de hierros y aceros. De como ocurrió la cosa tuvo noticia Pedro por la relación que le hizo Carrasco, uno de los trabajadores en huelga.

—No podíamos aguantar más, D. Pedro... estábamos hasta la coronilla de soportar las granujerías de los capataces... Quieren quedarse con todo y que uno trabaje para el obispo... Usted sabe que nosotros no tenemos jornal fijo, sino un tanto por tonelada de carga y descarga. Pero los capataces son unos bribones; hacen la cuenta como les da la gana, y después de echárselas de rumbosos convidándonos con nuestro dinero á la taberna por la noche para hacer allí las particiones, entre vaso y vaso, nos despachan con una miseria, mientras ellos triunfan, y suben como la espuma, y mantienen queridas, y compran casas, todo con nuestro sudor... Bueno que se queden con algo, pero eso de querer llevárselo todo es mucho jeringar ¡puñol...

—Pero, ¿cómo tolera eso el director de la fábrica?

— ¡Si son todos unos!... Nos hemos quejado

mil veces á D. Alberto, pero como si nó... Yo creo que van á la parte en lo que nos roban... Aquí cada uno tira de lo que puede y el pobre que revienta... ¡Cuántas veces hemos pedido que se nos dé en la fábrica una nota de las toneladas de carga y descarga para cantar las cuarenta á los capataces! ¿Usted la ha visto?... pues nosotros tampoco... Son todos unos... se encubren. No nos dan la nota y dicen: «Estos burros no saben lo que se carga y descarga y podemos meter mano...» Eso creen ellos, que no lo sabemos, pero ¡váya si lo sabemos! Por el molimiento de mis costillas saco yo la cuenta mejor que ellos... No les deseo ¡puño! más castigo sino que se vean como yo, sacando por el dolor de los huesos la cuenta de los cuatro miserables ochavos que dan.

— Bueno; ¿pero qué ha ocurrido ahora para que de pronto hayan saltado ustedes?...

— Pues verá usted... Hace unos días llegó el abuso á donde no le aguanta la paciencia de un santo. Habíamos descargado un vapor inglés de carbón, que no debía traer menos de dos mil toneladas, y cargamos otro con mucho lingote, columnas, seis calderas grandísimas, un millar de carriles, yo no sé cuantas viguetas y otra porción de cosas. Total, que desde que amanece Dios hasta bien cerrada la noche estuvimos dale y dale sin descansar un momento. El que más y el que menos no sentía donde estaban sus huesos de puro

doloridos, y ansiaba coger la cama. Contando con los dedos y descontando la pitanza de cada uno, que se reservan para sí los capataces, en premio de no hacer nada, calculábamos que aquella noche nos tocarían de seis pesetas á seis y media á cada uno, pero vinieron los otros con sus cuentas galanas, y conque si de carbón no ha habido más que mil trescientas y que si las viguetas á tanto y no á cuanto... total, que nos querían despachar con trece reales por barba. ¡Trece reales, puño!... ¡Las costillas molidas, rediez! ¡Vayan á robar á la silletera de su madre!... Y había que ver á los muy granujas como se enfadaron porque les tiramos los trece reales á la cara!... ¿Qué querían?... ¿que les diésemos las gracias encima?... ¡Ah, puño! ¡Cuándo llegará ese día en que barramos toda esta canalla!...

— Paciencia, Carrasco, que ya llegará... Las infamias levantan montañas de odio y ¡hay de ellos el día que estalle!»

IX

Riéronse mucho los capataces y D. Alberto de la ocurrencia de aquellos inocentes que rechazaron los trece reales y se negaron á trabajar al otro día si no se les hacía justicia, dándoles lo suyo, como si no hubiera hombres á patadas que se ofrecían á trabajar por cualquier cosa.

El trigo, los hierros, el carbón, los tejidos, se almacenan cuando una excesiva oferta los abarata; se guardan para mejor ocasión, para venderlos cuando convenga, eludiendo de esta suerte la ley de la competencia económica. Mas la pobre mercancía humana no puede eludir los rigores de esa ley; no admite almacenaje ni espera; hay que venderla al día, á cualquier precio, vilmente, por el valor extricto de la miserable nutrición diaria. Confaban los capataces en esta fatal necesidad para reducir á la obediencia á los rebeldes de los trece reales. Habían de volver á pedir el trabajo de rodillas y entonces se les daría ó no se les daría, para que aprendiesen á no insolentarse otra vez contra quien les da el pan

¡Y estaban buenos los otros para ponerse de rodillas! No pedían nada menos que la supresión de los capataces y que se les diera nota exacta de la carga y descarga para cobrar su trabajo sin mermas ni descuentos, como Dios manda.

En dimes y diretes se pasaron cuatro días sin que nadie cediera; al quinto llegó un vapor cargado de carbón para *La Nacional* y aquí empezó lo bueno, porque el barco traía en la carta partida sus días señalados para la descarga, y en pasando de ellos, pagaba la fábrica estadías, que importaban muy buenas libras esterlinas. Y no era esto lo peor, sino que la fábrica no andaba muy sobrada de carbón, y como éste es su sangre, iba á quedar todo

parado, si no se empezaba pronto la descarga.

Se hizo un llamamiento á otros trabajadores, ofreciéndoles buena ganancia y ocupación casi constante en el muelle de *La Nacional*. Acudieron hasta dos docenas, pero se retiraron al punto por consejos de Pedro y por amenazas de los de la huelga. Vuelta al llamamiento, ahora por medio de anuncios en los periódicos, y vuelta á retirarse los pocos que se presentaron. Y pasaban días sin que nadie cediera, encasillado cada cual en su intransigencia, y el buque allí, en paciente sosiego, con las bodegas repletísimas, y la fábrica dando las boqueadas por falta de la consabida sangre, y recibiendo otra sangría de libras por las estadías del vapor, que estaba allí amarrado sin prisa ninguna, con el reposo que le daba su carta partida, según la cual los vidrios rotos los pagaría la fábrica. Se parlamentó al fin con los huelguistas, y como haciéndoles un favor, se les ofreció darles trabajo en las mismas condiciones que antes. Tomáronlo á burla los otros, y mantuvieron con energía su pretensión primera. Se indignó la burguesía de esta resistencia; insultaron los periódicos á los huelguistas obstinados, llamándoles perturbadores, revoltosos y vagos, y excitaron á la autoridad para que mantuviese el orden y la libertad del trabajo, «pues sabemos que los huelguistas cometen coacciones con los obreros honrados que quieren trabajar». Arremetieron también contra

Pedro, llenándole de injurias, recriminándole porque llevaba la miseria al hogar de los trabajadores, y le acusaban de que forjaba planes sediciosos, que organizaba huelgas, que perturbaba la vida industrial de Redenta, metiendo en la cabeza de los obreros criminales ideas cuya víctima primera eran los obreros mismos, que se veían privados del pan.

Con esto de traer y llevar el nombre de Pedro en aires del escándalo, la poca clientela rica que tenía se le fué. Los pacíficos burgueses de Redenta mirábanle asustados como á un malhechor que andaba suelto por abandono de la justicia, y pronto se vió su casa asediada por todas las miserias y estrecheces, lo que no dejó de afligirle. Mas, al verse hostilizado por los periódicos y tratado injustamente por sus convecinos acomodados, sintióse orgulloso en su miseria, tuvo una ola de magnífico desprecio para los miserables que le injuriaban, gentecillas instintivas, que tenían el alma en el estómago, ranas del pantano, que osaban gritarle á él, que marchaba por las cimas. «Comprendo vuestro enojo, gentes prácticas... Soy un agitador que viene á perturbar la paz de vuestras digestiones, y me castigais reduciéndome á la miseria... Está bien. Mas como tengo por delante un cielo, un horizonte infinito, no me turba la pérdida de las cosas temporales, y no quiero un bienestar comprado á costa de mi dignidad, hipotecando el ideal

que anima á mi vida... Ya sé que fuera muy otra mi suerte si, imitando á los más, supiera adular á los poderosos, compadecer hipócritamente á los tristes, evitando, empero, su trato, dejándome deslizar blandamente por la pendiente suave de las falsedades y engaños á cuyo término alcánzase la vida regalada. ¡Gozad vosotros de ella, yo no la quiero!... Es un trato mefistofélico, dar el alma á cambio de goces vanos, pasajeros... ¡Quiero mi alma, no la daré á ningún precio! ¡Gozad vosotros, gozad gentes prácticas, ranas del pantano, y dejadme marchar por las cimas!»

X

Los altos hornos de *La Nacional* estaban á punto de apagarse por el tesón con que los obreros del muelle se resistían al trabajo, si no eran aceptadas sus condiciones; pero su pretensión se estrellaba en el espíritu férreo de D. Alberto, el ingeniero director. Era éste un temperamento puro de nuestra raza intolerante y dogmática, implacable con las rebeldías, un practicón de nuestra tradicional política de sumisión ó palo. Quería la obediencia incondicional de los rebeldes. Estaba dispuesto á conceder á otros trabajadores lo que pedían los huelguistas, pero á estos, jamás. Algunos accionistas, alarmados por los daños que

aquella situación causaba á los intereses de la fábrica, le indicaron la conveniencia de buscar un arreglo para que no hubiera que apagar los hornos, pero el director les manifestó que antes presentaría su dimisión que dejarse imponer por aquella gente, pues se hallaba interesado por su amor propio, y no toleraba una derrota. Se le ocurrió entonces la idea de echar mano de los obreros del interior de la fábrica para la descarga del carbón. Negáronse estos, aplaudieron los del muelle la negativa, se enfureció D. Alberto y les dijo que allí se había de hacer lo que él mandaba ó se iba todo el mundo á la calle. Había dos razones para la negativa: la primera porque se ofendía la dignidad profesional de los obreros de la fábrica al hacerles descargar carbón, pues era rebajarles á un trabajo inferior; la segunda porque aquel mandato hería el sentimiento de solidaridad de los trabajadores, que empezaban á sentirse miembros de una gran familia, con intereses comunes, según les había explicado Pedro. Habían seguido con vivo interés las peripecias de la lucha entre D. Alberto y los obreros del muelle; excitaron á estos á resistir; les habían auxiliado con una colecta que se hizo en la fábrica al cobrar la quincena, y quería ahora el director que fuesen contra ellos, que los compañeros venciesen á los compañeros, para quedar todos vencidos, y vencedor él, el soberbio, el déspota de la fábrica. Eso nunca; que haga lo

que quiera... ¡A la calle!... Y corrió de taller en taller la voz suprema: ¡Huelga!... ¡Huelga!...

Al día siguiente se reunió el Consejo de administración de *La Nacional* y acordó aprobar la conducta del director y pedir auxilio á las fábricas vecinas, pues el apagar los hornos les ocasionaba un quebranto enorme. Accedieron las fábricas á prestarle el 25 por 100 de «su gente» mientras durase aquello, pero «su gente» contestó que no podía prestarse á hacer daño á sus compañeros, y que antes abandonaría el trabajo que aceptar tan innoble misión. Y ya, puestos á hablar, recordaron las repetidas solicitudes de aumento de salario que tenían presentadas, las quejas que habían dado por los mil abusos y multas que les imponían, la prolongación excesiva de la jornada, sin que hubieran merecido siquiera el honor de una contestación ni de una excusa. Pues ellos también eran hombres que se dolían de las groseras descortesías, y todo se tiene en cuenta cuando llegan casos como el presente. Si *La Nacional* estaba en huelga, allá se las haya con sus obreros; ellos no podían hacerles traición... eso es muy duro... son compañeros... son hermanos del trabajo... Que *La Nacional* transija, que no abuse tanto, que se arregle con sus trabajadores, porque lo que es ellos no iban allí, no iban, no, no, no.

Esta actitud de enérgica resistencia, que por primera vez adoptaban allí los trabajadores, irritó

á los primates que mangoneaban en el tinglado industrial. Se coaligaron todas las fábricas para no dejarse imponer por sus obreros, y acordaron, ante todo, mantener el principio de autoridad, haciendo que los trabajadores cumpliesen la orden que se les había dado. Determinaron la expulsión definitiva de aquellos más levantiscos, que se habían significado por su vehemencia en la protesta, y, sin más rodeos, se les comunicó que quedaban despedidos, y que seguirían el mismo camino los que les imitasen, distinguiéndose como revoltosos. Esta actitud de batalla produjo desastroso efecto en los obreros; fué la señal de la ruptura de hostilidades, y no ya los exaltados, sino hasta los más tibios, los más pacíficos, los más mesurados, se indignaron ante tal provocación. Se operó entre los trabajadores un movimiento de solidaridad, de atracción fraternal ante el enemigo común, y, como un reguero de pólvora, se fué corriendo la huelga por todo el grupo de fábricas. Los tres grandes núcleos industriales, *La Nacional*, la *Sociedad de aceros laminados* y *La Forjadora moderna*, dieron unos cuatro mil huelguistas, que con los del muelle, los de *La Industria Metalúrgica* y algunos desperdigados de otras pequeñas industrias, formaron un total de cinco mil hombres.

Se asustaron los de las fábricas al ver la soledad en que quedaban éstas, pues no creyeron que

las cosas llegaran á tal extremo. Era el primer caso; allí nunca había chistado nadie. Sabían que en otros países los obreros son exigentes y suelen insolentarse contra el capital, que en Inglaterra las huelgas son formidables; pero entendían que eso era cosa de allí, algo así como la niebla espesa, que aquí no se ha visto ni se verá nunca, y vivían tranquilos abusando de la docilidad del obrero. Y al verle rebelarse, su confusión fué grande y mayor su enojo. Celebróse una asamblea magna de todas las fábricas reunidas, y convinieron en repeler la insubordinación primera, negándose á todo trato con los huelguistas, y amenazándoles con tomar enérgicas medidas, si no volvían inmediatamente al trabajo. Y quedaba firme la despedida de los instigadores de aquella rebelión. Fué el ultimátum. Recogieron los obreros esta declaración de guerra, y se aprestaron á la lucha, dispuestos, con ánimo tenaz, á vencer ó á morir.

XI

Silencio de muerte siguió al horrísono ruido que de ordinario había en las fábricas de la industrial Redenta; el subir y bajar incesante de los grandes martillos ciclopeos quedó suspenso; suspenso también el movimiento de los trenes que laminaban el acero; suspenso el curso del hervien-

te lingote que en río de fuego salía de los altos hornos, como de un manantial; cesó el rodar de los enormes volantes; las infernales hogueras perdieron su rojo candente, tornándose en el sucio gris de las cenizas apagadas; ya no se elevaban las negras columnas de humo con las que el viento solía jugar, rasgándolas en retazos que ponía en dispersión para volver á coger las nuevas columnas que el hondo hogar enviaba á lo alto. Todo calló en los talleres; el frío y la quietud estaban donde antes reinaron el calor y el movimiento. Parecía que una parálisis repentina había herido á aquellos miembros de acero, y que se retorcían en el silencio con los tormentos del dolor. Semejaba aquello á un extraño cementerio, haciendo de cipreses las altas é imponentes chimeneas, fieros testigos inmóviles, que aguardaban con ansiedad el resultado de la humana querella, que á sus pies acababa de surgir, y parecía que, en medio del huracán de encontradas pasiones, de los odios, de los egoísmos, de las violencias, se erguían solemnes y frías para aconsejar la paz á todos, la justicia á los fuertes, la serenidad á los débiles, la santa unión de todos los hombres, que debían congregarse en aquellos altares del trabajo, deponiendo sus rencores, para establecer la alianza fecunda, la gran unidad social, la religión de la paz y de la humanidad, triunfante al fin de las miserias internas que la devoran.

Y mientras la desolación y el hielo invadían á aquellos parajes, extendíase el calor fuera, cobrando las calles de Redenta inusitada animación y una alegría tan triste como la tristeza de las fábricas paradas.

Transitaban por las calles grandes grupos de obreros; llenaban los bancos de la plaza, las tabernas, los cafés y en todas partes se discutía con calor, se comentaba, se reía. Se reía mucho. Porque los primeros días fueron alegres; la huelga sugirió á los obreros ilusiones de un próximo bienestar, ideas de emancipación, esperanzas de libertad, un hondo consuelo de verse pronto libres de su inferno, de su fatal condición. Recobra el trabajador en estos momentos su dignidad de hombre, ahuyenta su pesimismo, y se mueve y se agita contento, porque cree que ha llegado, por fin, la hora en que se va á juzgar su causa y tiene fe en la justicia.

Pedro hablaba en medio de un grupo:

—Se han precipitado ustedes; han obrado con ligereza al lanzarse á una huelga tan importante sin preparación ni medios de resistencia...

—No estuvo en nuestra mano el evitarla—objetó uno.—Nos han provocado...

—Las huelgas—agregó otro—no se producen cuando se quiere; las traen las circunstancias, los incidentes del trabajo. En muchos casos, y este es uno de ellos, se va á la huelga contra la voluntad de los mismos huelguistas.

—Es cierto—dijo Pedro—y por eso conviene estar siempre preparados. Es la huelga un arma decisiva, pero hay que saberla usar; es preciso todo un arte y toda una ciencia para el manejo provechoso de este supremo recurso, que debe ser precedido por una preparación conveniente, por una educación especial y por los medios de resistencia. Si los cinco mil obreros de Redenta estuviesen organizados desde hace cuatro años, si en ese tiempo hubiesen dado una cuota semanal de veinticinco céntimos, hoy poseerían una caja de resistencia de 50.000 duros. ¿Y creen ustedes que si hubiese tenido esa organización y esa caja hubiera sobrevenido esta huelga? De ningún modo, porque al verles unidos y con recursos, al ver una fuerza temible, las fábricas hubieran mirado bien lo que hacían antes de provocar un conflicto. Pero ven que cada uno tira por su lado, que no tienen un céntimo, y se valen de su impotencia, y les pisean, y les desprecian...

—Aquí lo que hace falta es que corra mucha sangre—le interrumpió uno á quien llamaban sus compañeros *Minacha*, por contracción de Fermín Acha, que era su nombre.

—¡Só, *Minacha*!... No des coces—le dijo otro riendo.

—¡Qué coces ni qué cogollo!... Aquí no sirven pamemas, sino duro y á la cabeza.»

Era *Minacha* un hombre áspero, como su piel,

que más parecía corteza. Amaba las soluciones radicales. Era un violento por haber perdido la fe y la esperanza en la justicia, y arrojaba la caridad en la expresión de sus rencores. Tenía requemadas el alma y la epidermis por largos años de dura labor sobre los hornos, junto al crisol ardiente donde hervía el hierro en fuego líquido, envolviéndole en llamas y gases insanos.

—Las soluciones violentas no resuelven nada, amigo Acha—díjole Pedro.—No es obra de venganza ni de destrucción la que hace falta... ¡Construir, crear!...

—Pero ¿no merecen un escarmiento los burgueses, recogollo?... Yo no dejaba uno... ¡ni los rabos!

—No, Acha, no... El escarmiento ha de venir por otra parte más humana... Nuestro estado de civilización exige la templanza, suavizar la lucha, hacerla lo menos áspera posible, desterrar los odios á las personas... Yo comprendo que el buen Acha tenga encono por el trabajo rudo que pesa sobre él, sin estímulos ni resultados...

—¡Resultados! Doce años llevo requemándome la sangre y la condenada vida en los hornos, y hoy no hay que comer en mi casa...

—Pero los mismos que te explotan no son sino esclavos á su manera del ambiente social, son dañinos á pesar suyo, por la presión externa de la lucha económica, que deforma los sentimientos

morales... ¿Tú crees que es malo Ranzade ó Villanueva ó Urlande? Pues te equivocas; son buentísimas personas, hasta filántropos; pero las condiciones de la lucha económica les hacen malos, y, por la moral que se desprende de esta lucha, consideran legítima la explotación de que sois víctimas. En los tiempos heroicos de las luchas guerreras sacrificaba un general á las masas, las lanzaba implacable á la muerte, sin perjuicio de llorar después del combate, con el corazón transido, sobre los cuerpos fríos del rebaño muerto. Y lo mismo estos generales de la explotación industrial. Compadecen sinceramente al pobre, lloran sus desventuras, pero explotan á las masas, como obedeciendo á una ley fatal, al imperativo económico; son agentes inconscientes de un orden, que ellos creen natural é inmutable. Han realizado una gran obra de progreso, movidos por su ambición. La burguesía ha creado un orden y, como todo creador, supone que su obra es perfecta. Y ahora toca á vuestra ambición proseguir esa obra, crear un nuevo orden más grande y progresivo, recogiendo la obra de la burguesía, no destruyéndola, que eso sería insensato... Destruir no; la acción negativa es obra de retroceso».

XII

Los obreros que pasaban se iban incorporando al grupo, que engrosó poco á poco hasta llenar casi toda la plaza. Oían todos á Pedro en silencio. Algunos escépticos dudaban de la eficacia de sus consejos, y aun de su intención, creyéndole interesado y ansioso de una popularidad para medrar; otros le tachaban de burgués, porque era moderado en el lenguaje y condenaba las soluciones violentas; pero los más le estimaban como un sincero amigo de los obreros, escuchábanle con placer, y se fortalecían recibiendo de él consejos y fe.

--No veo ninguna probabilidad de éxito en esta huelga, pero es menester aceptar la situación como se ha presentado, y sacar de ella el partido posible. Recomiendo á ustedes que propaguen entre sus compañeros el espíritu de transigencia, y que acepten cualquiera proposición que hagan las fábricas, por muy pequeña ventaja que ofrezcan. Otra vez, con mejores medios, se conseguirá más, y sea cualquiera la solución de esta huelga, les servirá para comprender la excepcional importancia que para ustedes tiene la organización y el fomento de las cajas de resistencia. Por ahora, lo principal es evitar el descalabro, la derrota, el des-

prestigio de la huelga, única arma para la lucha económica. Y esto vendrá inevitablemente, si se prolonga mucho, porque yo creo que pocos de ustedes contarán con recursos para hacer frente á un largo paro...

—¡Pocos, pocos!...—dijeron voces diversas del grupo.

—El que más y el que menos—agregó *Mina-cha*—cuenta con el aire para tapar las bocas de su casa.

—El hambre es comida saludable—dijo un hombrón, que enseñaba por su camisa abierta el vello espeso de su pecho.—¡Yo me doy cada tripadal...

—¡Y qué importa el hambre!—exclamó un jovencillo, ajustador de *La Nacional*.—Cuando hay que aguantarla, se aguanta. ¿O es que la causa no merece que uno ayune un poco?

—Es que uno está ayunando desde que nació y ya se cansan las tripas, rediez.

—Pues fastidiarse, y haber estudiado para obispo.

—Dejarse de simplezas,—dijo uno de los más serios,—y que nos diga D. Pedro lo que hemos de hacer para salir de este atolladero. Es menester que haya aquí una cabeza, y ninguna mejor que la de él, que es nuestro amigo. ¿Estais conformes con hacer lo que él diga?

—¡Conformes, conformes!—dijeron los más

del grupo en altas voces, que se extendieron por los contornos de la plaza.

—Pues yo digo que conviene obrar con gran prudencia, pero no capitular indignamente, ni someterse á las duras imposiciones de las fábricas, pues el efecto moral de la derrota sería desastroso, y en lugar de un triunfo del trabajo, se hubiera forjado un nuevo grillete para vuestra esclavitud. Manteneos á la expectativa hasta que el enemigo manifieste deseos de parlamentar, y mostraos entonces transigentes para llegar al arreglo. Y entretanto, sed juiciosos. Mas por si la obstinación brutal del enemigo prolongase aún muchos días esta situación, yo voy á hacer un llamamiento á la solidaridad de todos los trabajadores del mundo, vuestros hermanos de infortunio de todas las naciones, y confío en que han de responder á mis excitaciones y nos enviarán socorros para hacer menos afflictiva vuestra situación, y no faltará al menos el pan para vuestros hijos.»

Aplaudieron con entusiasmo estas manifestaciones, y Pedro prosiguió:

—Vereis qué dulce es ese pan que os envían vuestros hermanos, el pan de la fraternidad universal, el óbolo piadoso de los pobres que sufren vuestro mismo infortunio, la explotación universal del capitalismo. Dad á vuestros hijos ese pan y con él la fe en el triunfo de la justicia. No enveneneis su alma con la hiel de los agravios que ven-

gar. La venganza es la pasión de las almas ruines, y vuestra alma, esa gran alma naciente de la clase oprimida, es generosa y noble. Eleváos á la altura de vuestra gran misión histórica... ¡Masas humildes que gemís en la miseria. el porvenir es vuestro! Uníos, como dijo el grande hombre; cread vuestra fuerza, y marchad intrépidos á la conquista del mundo, y, buscando vuestra redención, habreis redimido al género humano, estableciendo la paz social y el reinado de la justicia.»

Aplaudieron frenéticamente todas las manos, y salieron de las bocas gritos de entusiasmo. Pidieron que hablara más, querían seguir gustando el deleite de aquel bálsamo. Mas, atraídos por las voces, llegaron varios guardias civiles en aquel instante, y con imperiosos modos, mandaron despejar la plaza, y dispersóse el grupo, llevando cada obrero un poco del calor que allí se había formado en torno de Pedro.

XIII

El enemigo tenía su cuartel general en casa de Ranzade, y desde allí se comunicaba por teléfono con las fábricas de Redenta. Hallábanse éstas custodiadas por numerosa guardia civil, y en las oficinas había varios empleados que telefoneaban continuamente al cuartel general lo que hacían y lo que decían los huelguistas.

Al estallar la huelga, hallábase Ranzade en Madrid, muy engolfado en la vida parlamentaria. Corrían voces de crisis. Cánovas acababa de lanzar fuera del partido, con un soberbio movimiento de sus melenas de viejo león, á uno de los más significados prohombres, que venía molestándole con sus uñas embozadas de felino. Tras del felino se fueron otros disidentes, y con esto empezó á tambalearse el Gobierno. En los centros políticos zumbaban los abejorros, con el temor de la caída unos, con la esperanza de la subida otros. D. Manuel Ranzade estaba inquieto por su acta, y hacía votos fervientes por la continuación del Gobierno. ¿Quién lo había de hacer mejor que Cánovas, aquél Cánovas magnífico á quien él admiraba? Recibió en esto un telegrama dándole cuenta de la huelga y llamándole con urgencia, pero entretanto que llegó, ya habían trazado entre Vicuña y D. Santos Artola un plan, es á saber: que puesto que se había llegado al paro y habían apagado los hornos, el mal estaba hecho, y que lo que ahora procedía era evitar nuevos males para el porvenir.

Ninguna concesión á los obreros; absoluta intransigencia; evitar todo trato y discusión con ellos; negarles la beligerancia; obligarles á someterse sin condiciones; ahogar, á toda costa el naciente espíritu de insubordinación y de protesta. En mostrar energía estaba la salvación, y por, muy tenaces que fueran los obreros, antes de quince

días el hambre daría buena cuenta de sus arrogancias, y acudirían amansados á pedir perdón y trabajo. Quedó aprobado por unanimidad este programa en una reunión de representantes de todas las fábricas paradas. No se alzó allí ninguna voz para analizar los orígenes de la huelga ni para ver lo que hubiera de razonable en las quejas de los obreros. Sólo se alzó la voz de D. Santos, en calidad de accionista de la *Sociedad de aceros laminados*, para condenar con tonos enérgicos la rebelión de los trabajadores, y para lamentar que no hubiese leyes represivas contra esos movimientos sediciosos, que llenan de zozobra á la sociedad, de perturbación á la industria y de miseria á los mismos obreros, cuyo castigo está en su misma insensatez. Y al llegar Ranzade le dijo que aquello era obra de su sobrino, convertido en agitador pernicioso, al que era menester separar inmediatamente de Redenta para contener el daño de su influencia sobre los obreros. Malhumorado Ranzade por tantas contrariedades, la crisis, la huelga y la felonía de Pedro, que conspiraba contra él, siguió las inspiraciones de D. Santos, y puso una carta al alcalde de Redenta para que dejara cesante á Pedro. Contestóle el alcalde que quedaba servido, porque no era él solo, sino que otras personas respetables de Redenta se hallaban escandalizadas de que un médico municipal se ocupase en agitar á los obreros, llevando la guerra social

á aquel pueblo, que siempre había estado pacífico, hasta que llegó en mala hora aquel joven, de cuyas facultades mentales empezaba á dudarse. Y así vino á ser Pedro un huelguista más, encontrándose en la calle sin sustento, como en los días tristes de estudiante, cuando se halló en Madrid solo y abandonado.

Acudían diariamente grupos á las puertas de las fábricas, y allí se pasaban lo más del día, esperando á que los señores manifestasen deseos de parlamentar. Pero, nada; pasaron ocho días sin novedad, y ya comenzó el pánico.

Estaba visto que pensaban rendirles por hambre. Al décimo día, apareció en las puertas de todas las fábricas un anuncio diciendo que al día siguiente se reanudarían los trabajos, y que los obreros que se presentasen incondicionalmente serían admitidos, excepto algunos que se habían señalado en los talleres como excitadores de la huelga, y en caso de que no hubiera número bastante, se suspenderían los trabajos, quedando las fábricas cerradas indefinidamente. Retiráronse taciturnos y sombríos. Algunos desatáronse en voces de ira ante el anuncio impertinente, y fué precisa la intervención de Pedro para que no cometieran actos de violencia. Con todo, los anuncios fueron rasgados, dando lugar esto á varias reyertas con la Guardia civil, algunas pedradas y á la prisión de dos obreros.

La miseria cundía. En los humildes hogares se desarrollaban escenas que estremecían el corazón. El tendero, que al principio fiaba porque creyó que aquello de la huelga no era cosa sino de un par de días, se alarmó cuando vió que iba para largo. Al pronto le pareció simpática la actitud de los obreros. Si sacaban más salario, harían mayor gasto, y como en definitiva todo iba á parar á su caja, el negocio era para él. Pero al ver el mal cariz que tomaban las cosas, se cerró á la banda, diciendo que no fiaba ni un alfiler mientras no volviera todo el mundo al trabajo. El día que rasgaron los anuncios increpó duramente á los obreros que, según él, eran unos vagos y unos viciosos que le habían perturbado en la interesante labor de amasar su fortuna. ¡Qué desolación en las pobres viviendas sin fuego ni luz! Los hombres huían de sus casas; se pasaban el día en la calle; buscaban la compañía de los otros infortunados para darse valor mutuamente y olvidarse de la horrenda realidad. Entraban por la noche silenciosos y sombríos en su casa, y se acostaban sin hacer ruido, temiendo despertar á los niños, los inocentes hijos hambrientos. Y era su sueño inquieto. Su mente atormentada y su estómago vacío forjaban mil pesadillas, y en su alma dolorida levantábase una ola de odio, un amarguísimo rencor contra la sociedad que, en vez de ampararles en su derecho, les enviaba la guardia civil para provocarles. En

estos momentos en que los pechos se inflaman de ira por la horrible iniquidad, los blandos caen y se doblégan y dan su pié para que les aten la cadena, pero los violentos robustecen sus agresividad y traman trágicas venganzas.

XIV

Súpose en el cuartel general al instante el mal efecto que produjo el anuncio puesto en las fábricas y las violentas escenas á que dió lugar. Esto hizo fruncir el ceño á D. Manuel, porque no veía á los operarios tan dispuestos á amansarse como había supuesto el P. Artola, á pesar de que el elemento amansador, la miseria, llegó con toda puntualidad. Las madres, las mujeres y los hijos de los obreros, arrojados por el hambre del hogar, como el lobo de su caverna, pedían limosna á las gentes acomodadas. Mas en todas partes, como obedeciendo una consigna, les rechazaban diciendo: «No hay limosna para vagos; que trabajen.» Y los más compasivos les daban algún pedazo de pan y comida sobrante, pero les obligaban á comerlo allí para que no se lo llevarsen á los hombres.

—¡Pero qué brutos son!— decía Ranzade.— Prefieren morir de hambre... Y la cosa es que nos van á fastidiar.

—Ellos cederán, deje usted correr el tiempo— le respondía D. Santos.

—¡El tiempo, el tiempo! Pues ahí está el mal, en que no podemos dejar correr el tiempo... Ya van más de quince días ¡y si no fuera más que los perjuicios de tener la fábrica parada! Pero hay otra cosa... otra cosa... Vamos, un conflicto...

—¿Un conflicto?

—Un conflicto serio, si señor. La fábrica tiene un contrato de suma importancia para surtir de carriles á un ferrocarril que se está construyendo en las provincias de Levante. El mes pasado ya nos atrasamos un poco... Con esto de estar yo en Madrid se han descuidado de hacer el embarque á tiempo, y les debemos 400 toneladas, más 200 que hemos debido remitir en esta quincena. Y todos los días nos mandan telegramas pidiendo remesas de carriles y amenazándonos con exigir una gran indemnización si, por falta del cumplimiento del contrato se llega al extremo de tener que suspender los trabajos...

—Pero deben comprender esos señores que se trata de un caso de fuerza mayor.

—Ya les hemos dicho eso, y contestan que no hay fuerza mayor, que nada tienen que ver con las disensiones que tenemos con nuestros obreros, y que con darles lo que piden, asunto concluido...

—¡Ah, sí! ¡Claro!

—Algo hay que hacer, porque esto no puede prolongarse. Tenemos al *San José* atracado al muelle de la fábrica sin empezar la descarga, per-

diendo días y días. El *San Andrés* se nos echa encima con otro cargamento. Yo, crea usted, estaba por transigir concediéndoles la mitad de la subida del salario que piden... Y lo aceptarán... Después de todo, los pobres ganan poco...

—Eso nunca, D. Manuel. Semejante concesión es improcedente... Se envalentonarían y mañana volverían á las andadas... Hay que tener energía, y todo se arreglará con el tiempo. Paciencia, un poco de paciencia.

—Váyales usted con paciencia á los de Levante... Entre unos y otros nos van á reventar. Yo le digo á usted que transigía. Transigir es gobernar...

—Gobernar mal... Eso es un sofisma... Que se sometan, y luego hablaremos.»

En Redenta llegaba la miseria al extremo. La guardia civil era impotente para custodiar todas las tiendas y panaderías, las que empezaban á cerrarse temiendo los asaltos de los hambrientos. En el mercado robaban las frutas y las hortalizas, que comían crudas. Escalaban de noche las tapias de las huertas, y arrancaban de raíz los sembrados, las frutas verdes, hasta la hierba. Los desperdicios de las basuras pasaban á los estómagos, y las aves, y los bichos muertos y las frutas podridas. Con la privación habíase desarrollado vorazmente el instinto nutritivo, y nada les saciaba. Era la reproducción atávica de las escenas de la

selva, del salvaje rujiente de hambre, empleando todas las fuerzas de su inteligencia naciente en la persecución del alimento diario, obsesionado por las necesidades digestivas, más enérgicas y más ávidas por la irregularidad con que le era dado satisfacerlas en su vida precaria, en la lucha desigual de su individualidad con la naturaleza. Y las pobres mujeres, transidas de dolor, presentaban á sus esposos sus hijos hambrientos, y pedían llorando que cesara la huelga, que volvieran al trabajo, que volviera el pan á casa.

Llegó la cuarta semana y con ella un alivio que emocionó profundamente á los obreros. Empezaron á llegar los socorros de los hermanos, que respondían á las excitaciones de Pedro. Las agrupaciones obreras de España mandaban unas modestas pesetas, reunidas céntimo á céntimo, como corresponde á nuestra nacional pobreza de hidalgos mendigos. Los obreros franceses enviaron ocho mil francos, los belgas cinco mil, los alemanes diez mil marcos, los italianos dos mil liras ¡qué esfuerzo, los pobres! y los opulentos, los prácticos ingleses, organizados sabiamente, mandaban setecientas libras esterlinas y un saludo cordial á los bravos hijos del trabajo, que hacían aquí sus primeras armas contra el monstruo del capital.

Realizó Pedro al instante todos aquellos heterogéneos valores, que de tan distintas partes venían, en alas de una idea, de un sentimiento fra-

ternal, de una fuerza naciente, y redújolo á pesetas, y lo repartió como una comunión santa entre todos. Lloraron los hombres ante aquel dinero que gentes ignoradas les mandaban de países lejanos.

Al recibirlo el áspero *Minacha* secó con el dorso de la mano una lágrima furtiva que subió del corazón á la curtida mejilla, y, pensando en sus hijos sin pan, dijo á Pedro.

—Dígales á esos amigos que aquí está *Minacha* para lo que quieran mandar, que... que... Dios se lo pague...» y anegósele de lágrimas el áspero rostro; agitó la mano en que llevaba los dineros, sonándolos nerviosamente; se le oprimió el corazón, que parecía querer subir á la garganta y desbordarse fuera, y no hallando en su rudeza forma de expresar su gratitud, se alejó á desahogar á solas la emoción.

XV

Cuando se supo en casa de Ranzade la llegada de recursos para los obreros, sobrevino un gran abatimiento, y á no estar presente D. Santos, entonces mismo se acordara parlamentar con el enemigo y concluir la huelga. Pero se opuso firmemente Artola, y ante su voluntad enérgica, cedieron los demás. Seguíale en su intransigencia don

Alberto, el director de *La Nacional*, pero los otros se habían enfriado mucho, á pesar de los esfuerzos que hacía el cura para reanimar los espíritus, Don Manuel desertó francamente, pero nada dijo á D. Santos, hacia el cual sentía un secreto temor. La voluntad tiránica del cura le vencía, y esquivaba la lucha. Le tomó algún enojo, porque le creía causante de aquel estado de cosas. «No se puede, no se puede ir por la tremenda... Esta vez Don Santos ha metido la pata... ¡y esa gente de Levante que no cesa de disparar cañonazos por telégrafo!... ¡Carriles, carriles con urgencia! ¡Vengan carriles, y si nó miles de duros por daños y perjuicios!... Y los vapores parados, sin poder descargar, y la fábrica ídem de lienzo... ¡Qué perjuicio, señor, qué perjuicio! ¿Y quién le manda á uno hacer caso de curas? Lo que uno tiene lo ha ganado sin consejos de nadie, y á la vejez viruelas, haciendo caso de un chisgarabís que tendrá mucho talento... si señor, yo no le niego el talento, pero es para otras cosas; de esto no entiende... Tanto pedir dinero, haga usted iglesias, haga usted santos, pague usted círculos obreros, pague usted periódicos; total, para nada... ¡Ah! que esto es muy conveniente... ¡Oh! que hay que hacer lo otro, y en resumidas cuentas, todo en balde, tirar el dinero... Un día se les hinchan las narices á los de la cara tiznada y nos hacen andar de cabeza, como ahora... Pero señor, ¿dónde está la influencia

que ellos tienen con los obreros?... ¿Después de tanto gastar, y una vez que á uno se le ocurre aprovechar lo gastado, salimos con ésta?... Mucho pico de oro, muy listos y sábelo todo, mucha sotana, mucha hebilla de plata, y al fin nada entre dos platos; el mismo caso les hacen los obreros que á mi abuela... ¡Valiente influencia tienen ellos! Los quieren, sí, ¡verlos colgados!... Y es que no son prácticos, todo lo quieren arreglar con misas y sermones, y eso ya pasó... Ahora la gente no es tonta, quiere lo práctico... Y la verdad es que esos infelices tienen razón, porque ¡mire usted que trabajan! Y lo que yo me temo es que se corra la huelga á las minas, y eso sería grave, porque ¡aquéllos sí que son bestias! Son peor que el cólera, y no conviene tentarles las cosquillas... Sí, tropas nos dan las que queramos, pero ¿quién anda á tiros todos los días, y qué se consigue con eso? Vale más por las buenas...» (En este punto se presentó el recuerdo de Pedro en la mente de don Manuel.) «¡Pedro! Ese sí que nos podía servir... Los de Levante nos traen fritos, y es menester que esto concluya... La verdad es que mi sobrino vale, vale... ¡Si viviera mi pobre hermana! ¡Qué buena era Eugenia!.. Un poquillo rara, pero era buena la pobre... ¡y cuánto gozaría con este hijo!... Tiene talento, y él con su socialismo, ó lo que sea, ha sorbido el seso á los obreros, y le obedecen como borregos... Fué una cochinateda aquello

de quitarle la pensión al pobre cuando estaba en lo mejor de los estudios... Uno, por no refir, consiente á veces cada cosa!... aquello no estuvo bien, no señor, y se lo digo á D. Santos, si me aprietan. Y la carta del otro día al alcalde... pero ¿en qué diablos estaba pensando yo? No, eso ha sido realmente una infamia, dejarle sin pan!... Ahora mismo escribo yo á Redenta para que le repongan. ¡No faltaba más que uno se dejara gobernar por cualquiera!... Necesito á Pedro, si no esto va á ser una ruina. ¡Buenas están las cosas! ¡Y mire usted qué demonio, venir á caer ahora el gobierno! Y á mí que no me digan: Cánovas se podía haber aguantado; se ha ido porque ha querido. Aquí todos somos muy cómodos, y nos gusta estar tranquilos en casa. Hay que sacrificarse un poco... No me ha gustado, no me ha gustado Cánovas ahora... ¡Qué fastidio, otras elecciones, gástese usted otra millonada! No, no; hay que arreglar esto en seguida. Aquí todo el mundo no piensa más que en gastar, como si yo tuviera un arca sin fondo.»

Y se puso á escribir al Alcalde de Redenta para que repusiera á Pedro, recomendándole que guardase el secreto acerca de quién había pedido la reposición. La tiránica voluntad de Artola y las uñas de su mujer obligaban á Ranzade á tomar algunas precauciones.

Y después de mandar la carta, recayó en sus pensamientos anteriores, volvió la obsesión de los

telegramas de Levante, cada vez más enérgicos, de los vapores amarrados, de la fábrica parada, de Cánovas huyendo del poder, porque aquello fué una huida, sí señor, para encerrarse en el reposo de su casa con sus libros y sus papeles. Y unas elecciones con Sagasta, había que gastarse más dinero, porque se reía él del apoyo del cuerpo electoral... Aquél D. Santos parecía á veces que estaba en Babia. ¡Cuerpo electoral! Los miles de duros eran los que hacían efecto... Y cavilando, cavilando dió con una idea que creyó magnífica para obtener lo que deseaba de Pedro. En los cuatro años que éste llevaba en Redenta, no había habido entre ellos ningún trato ni relación. Algunas veces que se cruzaron en el camino, cuando D. Manuel iba á la fábrica, pasaron de largo sin saludarse, así que no veía la forma de ponerse al habla con el olvidado pariente pobre y pedirle á boca jarro un favor como aquel, que sabe Dios si le negaría en venganza de los crueles agravios recibidos.

Entonces se le ocurrió la gran idea de enviar con la embajada á su hija Consuelo.

Vivía ésta desde que se casó en una de las buenas calles de la parte nueva de la ciudad, y allá se fué el gran minero. Refirióla el caso, expresó los enormes perjuicios que estaba sufriendo y el temor de una ruina, si las cosas continuaban así, y tocó todos los registros para convencerla de que debía ir á ver á Pedro.

Ella se resistía á dar aquel paso que le parecía una locura. La idea de hallarse frente á frente, á solas, con el que fué su amante, al que ella hirió con la más trágica decepción, al que puso á dos pasos de la muerte, la horrorizaba. Temía que resurgiesen cosas viejas, que debían dejarse en paz, respetándolas como á los sepulcros, donde yace lo que fué. ¿No sería peligroso ir á remover las cenizas de una pasión para avivar el oculto rescoldo y quemarse ambos tal vez?

—Hija, hazme este favor... Te digo que es una ruina...

—¡Por Dios, papá! ¿No tiene usted otra persona?

—No, no la tengo. ¿A quién quieres que mande, al Nuncio?

—Es que yo lo voy á echar á perder... Pedro me odia...

—No digas tonterías; tú no le conoces; es un buenazo, un pan, y lo que tú le digas lo hace de cabeza.»

Convencióla, al fin, á fuerza de encarecerla la importancia de la desastrosa ruina que se le venía encima, el trabajo de cuarenta años, que se iba á llevar el diablo si no se buscaba un pronto arreglo.

—Toma... le das este dinero, porque al pobre no le debe sobrar nada. Y dijo para sí:

«No estuvo bien aquello, no; las cosas se han de decir como son, y ya me va cargando á mí el

tal D. Santos.» Y metió en un sobre cuatro billetes de quinientas pesetas para que Consuelo los llevase á Pedro.

Aquella misma tarde llegaba á Redenta un coche. Paróse á la entrada del pueblo y salió el cochero á averiguar donde vivía Pedro. Un transeunte de humilde porte, á quien preguntó, le dijo: «Antes vivía allá, en aquella casa de balcones blancos que usted ve allí, junto á la fuente aquella, pero luego lo dejaron cesante en el Ayuntamiento y yo no sé donde vive... Él suele parar mucho en casa de D. Blas el cura, ahí, junto á la iglesia... Puede que allí le den razón.»

Los numerosos obreros, que ociosos discurrían por todas partes, vieron la llegada de aquel coche reluciente, burgués, y fueron formándose grupos en torno de él. Muchas mujeres y niños llegaron á las portezuelas en demanda de limosna. No llevaba Consuelo otra compañía que el mayor de sus dos hijos, un niño de tres años, blanco, precioso como una porcelana, con los ojos de un azul limpio, como el del cielo florentino, bajo el cual fué concebido, en medio de los más felices amores. Seguía el coche parado mientras el cochero buscaba á Pedro por el pueblo. Asustóse el niño al ver tanta gente sucia alrededor, y púsose á llorar desesperadamente, ocultándose en el seno de su madre, la cual sentía también inquietudes ante aquella multitud andrajosa y hambrienta.

Riéronse en los grupos del lloro del chiquillo é hicieron comentarios burlescos.

—¡Miren el burguesillo!... Tiene miedo, ¿eh?

—Pues no nos le comemos.

—Todavía no nos gusta la carne de burgués, pero puede que algún día... si el hambre aprieta demasiado...

—Y la burguesa es guapa de veras... ¡Esa si que me la comía yo!

—¡Qué te has de comer tú! Lo que tú te comías ahora era una chuleta de á libra.

—Si que me la comía, y lo otro para después.

—¡Y qué caballos, contral... ¡Mira Remigio que son hermosos!

—Más que tú... Con lo que valen esas correas y todos esos dorados había para vestirnos á todos nosotros...

—¡Si dan ganas de ser caballo! A ellos no les falta la cebada, y á nosotros... ¡mal rayo nos parta por haber nacido pobres!

—Nos debían dar cebada también por brutos, por no darnos maña á vivir sin trabajar como estos... Yo lo que veo es que todo el que se empeña vive sin trabajar y le va muy bien... ¡Si el trabajo es lo último!...

—Ahí viene el cochero... ¡Y no es bimba la que se trae!

—Camará... siete pisos y bohardilla.

—Vaya con Dios, y que se pase el susto, que

aquí no nos comemos á nadie; burguesa, dígaselo á su marido...

—¡Adiós burguesa!... ¡Aquí hay mucha hambre, pero mucho tesón!

—Comeremos tierra, pero no nos rendimos.

—¡Queremos lo nuestro! ¡Los trabajadores somos honrados!

—¡Que no nos rendimos, no!

—¡No, no, no!

—¡No, no!

—¡No!

Y alejóse el coche entre un vocerío infernal, yendo Consuelo acurrucada en un rincón, llena de pavor, apretando entre sus brazos al hijo que lloraba aterrado. Estaba arrepentida, mil veces arrepentida, de haberse metido en aquella aventura. Y le quedaba ahora lo más duro, el encuentro con Pedro cuya presencia temía más que la de aquellas masas hostiles y groseras.

XVI

Lo primero que llamó su atención al verse frente á él, fué su transformación física, aquella cara ascética, las barbas, las gafas. Al pronto no le conoció, y dijo:

—¿Es usted?...

—¿Usted?... ¡Ah, Consuelo, cómo me hiere ese

respeto!... No me conoces ya... ¡ni la compasión del recuerdo!... No, el olvido, el olvido completo...»

Enrojeció Consuelo ante este amargo reproche por su torpeza al hablarle de usted, como si le viera por primera vez. Y, en realidad, le había olvidado. Al principio de su casamiento con Angel, pensó en Pedro con piedad, y se preocupaba de su desventurada suerte, más luego le olvidó, ocupada en el tragín de su casa. Y ahora revivía de pronto en ella todo el recuerdo del pasado, la gran pasión, las cartas ardientes de amor, las perspectivas de una vida de felicidad, y aquella entrada violenta en casa, con los ojos extraviados, queriendo acometer á todos. Y le echaron por la fuerza, brutalmente, dejándole en la calle, tendido sobre el barro, de donde fué recogido por la caridad oficial y transportado á una cama numerada, ardiendo de fiebre y debatiéndose contra el espectro de la muerte que le acariciaba... ¡Oh, qué recuerdos! ¿Por qué había venido? Era terrible aquel lance en que la metió su padre. Quedóse muda ante Pedro hasta que éste rompió el silencio diciendo:

—¿Y á qué vienes? ¿Acaso no eres feliz?

—Si, feliz si.

Y Pedro que sabía leer en sus ojos, aquellos ojos que tanto adoró, tuvo la amarga certeza de que no mentía, y sintió celos de aquella felicidad. Si era feliz ¿por qué venía á atormentarle, á enconar sus heridas, á abrir las llagas cicatrizadas?

Quedárase en su casa con su felicidad, con su Angel bueno, aquel ladrón de su dicha. Sintió una llama de odio hacia aquel hombre desconocido. La aparición de Consuelo agitó las mansas aguas de su alma, enturbiándolas al remover el limo del fondo. Le acometió un formidable deseo de vengarse de aquel hombre, hollando allí mismo á su mujer, deshonorándolos á los dos. Sintió el fuego intenso del instinto animal comprimido en su vida ascética, y miró con ojos feroces á aquella mujer, que no era ya la de su vieja pasión ideal, sino una hembra que venía á provocarle á su retiro.

Habían pasado sobre ella cuatro años y los efectos de la maternidad. Estaba gruesa, sin deformar su esbeltez, opulenta de pechos, la mirada brillante, la piel sonrosada por la abundante y sana sangre. Se desataron furiosamente en Pedro los ímpetus de la carne y, sintiéndose rodar al abismo, asióse en la caída gritando:— «¡D. Blas, D. Blas, venga pronto!» •

Y mientras llegaba cerró los ojos para no ver la imagen provocadora, y agitó las manos en lo alto como para ahuyentar la tentación del pecado. Vínole á la memoria como un rayo el día de las bodas de Consuelo, aquella fiesta infernal donde sintió sangrientos instintos de venganza, al verles á todos felices entre flores y luces y la música de sus bodas soñadas, que se había tornado en marcha fúnebre para él, víctima del robo infame de

su felicidad, de su sosiego, de su alma. A la evocación de este recuerdo, sintió en aquel instante las mismas ansias vengativas que sintiera en el templo, y buscó con los ojos cerrados la columna á que agarrarse para defenderse de los brutales instintos que sentía, y se abrazó á D. Blas que acababa de entrar.

—¿Qué pasa?—dijo el cura.

—¡Perdón, perdón!—exclamaba Pedro.—He perdido la cabeza... ¡Miserable animal!... ¡Oh, qué vergüenza!... No se vaya, D. Blas; tengo miedo de mi; no me deje sólo con ella... Vete Consuelo, no quiero saber á qué vienes... Goza de tu felicidad... no quiero destruirla, no quiero...»

Sintió vergüenza por sus celos de la felicidad ajena, y se despreció á sí mismo, reprochándose aquella caída en el odio, en la envidia y en los instintos. Quería confesarse con D. Blas, desnudar ante él su alma, decirle que era un soberbio que se conceptuaba superior á los otros, deleitándose íntimamente con su superioridad, y tenía como todos sus miserias, su lepra espiritual, sus pasiones, un alma hipócrita que ocultaba, bajo la máscara de la virtud, las impuras heces, los más torpes instintos.

Pensaba Consuelo que no era aquel el santo que ella imaginara, y que si le hubiera conocido violento y carnal como ahora, acaso le hubiera amado. El instinto de la especie que llevaba en

sus entrañas de mujer no se satisfacía con un santo, ni con un filósofo, materia infecunda, espiritua-lizada, sin vértebras; buscaba al hombre hombre, al hombre natural, al macho fecundante. Y ese no le había visto en Pedro hasta aquel momento de frenesí, en el que le encontró más hermoso que en su vida de asceta, entregado devotamente al consuelo de los humildes. La presencia de don Blás serenó á Pedro, y pudo preguntar á Consuelo:

—¿A qué vienes? No sé el motivo que te pueda traer aquí... No será por el placer de atormentarme... Déjame en paz en el olvido, en mi tristeza incurable...

—Es un asunto puramente egoísta... un encargo de mi padre... eso de la huelga... desea terminar.. ya ves, no nos acordamos de tí más que cuando nos haces falta... Yo no quería venir, no quería, temiendo apenarte...

—¡Ah!—exclamó, riendo por la astucia de Ranzade.—Es tu padre ingenioso de veras. Pero ese no es asunto para tratado entre tú y yo. Si desean llegar á un arreglo, yo lo celebro mucho, pero es preciso pactar, fijar condiciones. Y puesto que tu padre desea poner fin á este estado de cosas, yo me veré con él esta misma tarde... Ha estado feliz, feliz, eligiéndote para mensajera de la paz, portadora del ramo de oliva...

—Y me ha dado este pliego para tí...

—Ya... dinero. Ha estado también feliz en esto. No lo aceptaría en otra ocasión, pero hoy sí.—Y rompiendo el sobre, dijo:—«Quinientas, mil, dos mil pesetas... Son cuatro mil hogazas para los que tienen hambre, cuatro carros de pan...

—¿Y para tí?

—También para mí. Yo soy uno de tantos; también huelgo yo... me dejaron sin empleo... Suponen que estoy loco porque tomo el partido de los oprimidos, y en castigo de mi locura me condenan á la miseria y al desprecio de los satisfechos de la tierra. Y á no ser por la caridad de este santísimo varón, de este angelical D. Blas, apóstol del bien, veríame en medio del arroyo. Pero me tortura una pena, y es que también á él empiezan á llamarle loco porque me ampara, y acaso mañana nos veamos los dos desamparados...

—El amparo de Dios no puede faltarnos — dijo don Blas.—El mundo es grande...

—¡Oh, los infames! Si á usted le hicieran daño acabarían con mi paciencia... Flagélenme á mí, que soy joven é impuro; pero respeten á este santo, á mi pobre anciano, que vale más que todos ellos...— Y acariciaba con ternura filial los blancos cabellos del cura, cubriéndole con su cuerpo vigoroso, como si fueran reales los ataques que imaginaba.

Se despidió Consuelo, y Pedro la acompañó hasta las afueras del pueblo para que no hostilizara al coche burgués.

—¿Cuántos hijos tienes?—la preguntó en el camino.

—Dos... Son muy alegres y nos hacen amar la vida... Este es el mayor.

Se inclinó Pedro para besar al niño, y le besó una y otra vez con ardiente amor paternal. Él no era su padre, pero algo tenía aquel niño de su sér, su mente le engendró antes que su padre; era el mismo que él había visto en sus ensueños de felicidad junto á Consuelo, cuando forjó su imaginación el amoroso hogar apacible, en el silencioso retiro, fuera de las luchas humanas. Y quedóse pensativo y triste viendo alejarse el coche por la carretera y perderse entre el polvo y entre las vueltas del camino, como sus ilusiones, como sus alegrías, como la dicha soñada.

Volvió al pueblo á participar á los obreros que había pan y *esperanzas*, con lo que se animaron un poco los decaídos espíritus.

Bastantes obreros se habían ido de Redenta, unos á la capital, al amparo de sus parientes, otros á las minas y otros á trabajar en cualquier parte y en cualquier cosa, hasta que terminase la huelga. Pero siempre quedaban en Redenta cerca de cuatro mil, y como los recursos que llegaban eran insuficientes para mantener tanta gente, continuaban los latrocinios y los asaltos á las huertas, llenándose la cárcel de leves malhechores, que cogían la nutrición donde podían. Y era para muchos la cár-

cel una solución, porque, al fin, allí se comía con regularidad y estaban contentos, seguros de que al resolverse la huelga les soltarían.

El hambre en el pueblo era terrible. Quiso Pedro emplear desde luego las cuatro mil pesetas en pan, mas no pudo, porque las panaderías de Redenta no amasaban más que una corta cantidad de pan fino para la clientela rica, y apenas tenían existencia de harina por temor á los desórdenes y á los asaltos de las famélicas masas.

Pensó entonces Pedro aprovechar su viaje de aquella tarde á la capital para ver á Ranzade y encargar, de paso, las cuatro mil hogazas para el día siguiente.

XVII

Al caer la tarde llegó Pedro al palacete de Ranzade, quien á la sazón se hallaba ausente. Decidió esperarle, y púsose á dar paseos á lo largo del jardinillo enverjado, que encerraba tantos recuerdos para él, recuerdos melancólicos de una infancia sin el calor de una madre, con la hostil sequedad de D.^a Rafaela, sin otro amparo que aquel tío brusco, sumergido en el mar de sus negocios. Aquella prima Manuela, orgullosa y vana, con su mortificante desdén, tratándole siempre como al pariente pobre, recogido por caridad, y el

primo Andrés, seco, como su madre, sin alma, sin sentimientos, viviendo veinte años juntos, sin entenderse, sin establecer una corriente de simpatías, de cariño, de ideas, porque todo se extinguía en aquel espíritu espantosamente vacío donde se perdían las sensaciones que se le enviaban. Y aquella adorable Consuelo, muerta para él. ¡Cómo la recordaba, no á la mujer de hoy, sino á la niña ideal, al ver aquel ángulo del jardín con su macizo de yedra, con su banco rústico, donde tantas cosas soñara en la noche serena, con sus matas de pensamientos, violetas y claveles, que Consuelo regaba amorosamente! ¡Cómo se desvaneció todo su mundo, aquel mundo de su juventud! ¡Barrió un huracán las reseca hojas de sus ilusiones muertas; huyó la felicidad soñada!... Y acaso fué un bien que todo huyera; aquel sueño era egoísta y mentiroso, efímera aquella felicidad. La felicidad está arriba, en las regiones del ideal, no en la tierra vil donde rastrean los hombres como insectos. Hay que buscar las aguas vírgenes del bien, el manantial de las afecciones difusas, el amor purificado, amor de amor, amor de humanidad.

Seguía Pedro paseando por el jardín entregado á estas cavilaciones. En el saloncillo estaban doña Rafaela, su hija mayor y el novio de ésta, un noble cuarentón, lleno de reumas y alifafes, pero no mal de bienes, y por añadidura piadoso y elegante. A Manuela le pedía el cuerpo un mozo sanote y de

empuje, pero la influencia atávica, la sangre de sus abuelos y su vanidad le pedían aristocracia, y aceptó al cuarentón cuyas coronas y dineros compensaban sus precoces achaques seniles.

Vicuña perdió con esto los papeles viendo que se le iba de entre las manos la hermosa morena á la que había mirado con codiciosos ojos, y al perder la esperanza que acariciara de emparentar un día con Ranzade y gozar de su hija y su caudal, cambió de conducta.

Hasta entonces se había mantenido puro, dentro de la más absoluta probidad, pero en aquel punto pensó que sería bueno dejarse de escrúpulos y arrimar á su casa lo que pudiese. Porque allí manejaba millones, trabajaba como un negro; los accionistas, viviendo la vida birlonga, venían con sus manos lavadas y se embolsaban cada semestre sus buenos dividendos; D. Manuel se recreaba en Madrid oyendo á Cánovas, y á fin de año se guardaba también su tajada de cien mil duritos, y él, que lo hacía todo, que manejaba aquel cotarro, que llevaba la casa, ¿se iba á contentar con un sueldo más ó menos decente, pero sueldo al fin? No por cierto. Y cultivó el cohecho con habilidad y mesura, llevándose en las uñas un buen pico, fundándose en el texto de no sé que santo, que él descubrió, según el cual era perfectamente legítimo que, cuando la retribución es escasa, se restablezca la justicia distributiva, apoderándose el mal

pagado por su cuenta y riesgo de lo que en ley de Dios le corresponde.

—¿Quién es ese que pasea en el jardín?—preguntó arriba el noble cuarentón.

Y la madre y la hija, unánimes en negar su parentesco con Pedro, dijéronle que era uno á quien Ranzade había protegido.

—Es un perdido—dijo la señora.—¿Qué buscará aquí ese danzante? De seguro que viene á dar algún sablazo.

—¡Qué facha!—exclamó el noble. Porque, efectivamente, Pedro no iba muy bien de ropa. Un terno barato hecho en Redenta, unos zapatos procedentes de la filantrópica zapatería de D. Blás, obra prima del viejo librepensador, y encima un sombrerillo blando, de poco precio y no muy nuevo.

Entró en aquel momento en el jardín D. Santos Artola. Experimentó una grandísima sorpresa al encontrar allí á Pedro, pero se sobrepuso y le saludó afablemente, con la mayor naturalidad. Pedro le detestaba con toda su alma; era el único odio personal que abrigaba su pecho, porque para su tía guardaba desprecio, pero no la odiaba. Al otro sí. Vefía en él un abismo de perversidad y un enemigo irreconciliable suyo. Pensando en el grave asunto que allí le llevaba, se contuvo, y pudo dominar un impetuoso anhelo de agresividad que sintió al ver á Artola.

—Y qué, ¿busca usted á D. Manuel, eh?

—No; parece que es él quien me busca á mí— contestó Pedro vivamente, creyendo notar un poco de ironía en la pregunta.

—¿El?

—El, si señor... Es que usted no concibe que los poderosos busquen á los débiles ¿no es eso? El poder y la debilidad son relativos, y donde ayer estuvo la fuerza, puede estar mañana la impotencia... Todo poder humano es pasajero... Esto lo debe usted saber muy bien, representante de un crepúsculo...

—No lo entiendo, no lo entiendo... No sé á lo que alude... ¿Y nó sospecha usted para qué le llama D. Manuel?

—No lo sospecho, lo sé; pero á usted no se lo digo; no le importa.

—¡Ah! Ciertamente, ciertamente... Pero veo á usted un poco duro conmigo... Yo le estimo á usted...

—¡Ah, muchas gracias! Pero es así mi temperamento; soy algo grosero. Es el inconveniente de tratar con gentes humildes, con esos pobres que usted aborrece... Se le pega á uno su rudeza...

—No, permítame... Es un error... Yo no aborrezco á nadie...»

Calló Pedro, vista la esterilidad de semejante discusión, y la conveniencia de ser circunspecto para no malograr el asunto que allí le llevaba.

Artola lo adivinó todo con su ingenio maligno; comprendió que Ranzade maniobraba por su cuenta y que tiraba por camino distinto del que él le había trazado para resolver la huelga. Y fué una terrible ola de indignación, de ira, de soberbia contra aquel bruto que despreciaba sus consejos y se rebelaba contra su tutela moral. Sentía un odio atroz hacia Pedro; pero disimuló, porque quería hacerle hablar. ¿Qué componenda era aquella que iban á tratar sin darle cuenta? ¿Qué intolerable desprecio para su plan, el plan salvador para dominar á los trabajadores, para disciplinarlos, el sabio plan de la política de la Iglesia, el de la intolerancia, el de la intransigencia, el de la sumisión, el plan aceptado por todos los consejeros y directores de las fábricas!

—D. Manuel no puede tardar... Sentémonos aquí un rato, si le parece...

—Bueno— contestó Pedro—y se sentaron en el banco rústico; en el rincón de sus recuerdos, junto al macizo de yedra.

XVIII

Era el mes de Octubre. Anochecía. Las tintas rojas de un crepúsculo de fuego fuéronse perdiendo poco á poco en las sombras de la noche. Corría un viento caliente, pastoso, casi palpable, el

viento sur, que agita con violencia al arbolado, y tira en los castañares los frutos con su cáscara de erizos, el viento precursor del invierno triste del Norte, el que encrespa los mares, el que desnuda los árboles, dejando á las ramas peladas, como brazos descarnados que se elevan hacia el cielo pidiendo el retorno de la savia y del verdor.

Llevaba el viento de acá para allá en locas danzas las secas hojas acartonadas que cubrían el suelo. Tocaba el bronce de las campanas la oración con lúgubres modulaciones resonando los ecos simultáneamente en partes distintas por el rápido correr de las ondas en alas del viento que las acumulaba en marchas forzadas, llenando el aire de vibraciones. En los muelles había un profundo reposo, el silencio del descanso, sólo turbado un instante por el paso de un tren que se alejaba silbando. Y en el paseo, débilmente alumbrado por los faroles que formaban fila con los árboles desnudos, no se advertía otro ruido que el sordo rumor de las hojas secas removidas sin cesar por el viento.

Pedro tiró el sombrero á un lado, aquel aire pegajoso le fatigaba. Apartábase de Artola sintiendo repugnancia al contacto de sus ropas, como el envoltorio frío de un reptil.

—De modo que no sabe usted para qué le llama D. Manuel...

—Le he dicho á usted que sí.

—Para lo de la huelga tal vez.

—Tal vez...

—¿Y qué solución piensan ustedes darle?

—A eso vengo. No sé la solución, sólo sé que vengo aquí representando á los pobres que no piden más que un poco de justicia, y ¡vive Dios! ¿por qué no se la han de dar? ¡Ah, si ustedes fueran buenos, si ustedes quisieran! Esa iglesia que va á morir por su desviación fatal, por un loco afán de poder humano, por haber olvidado el principio inicial del cristianismo, que nació entre los humildes, como una protesta contra los apesores y los potentes. Hacen traición á su historia, se alían con sus enemigos naturales. ¿Por qué no retornar al espíritu de Cristo, á la noble austeridad de los primitivos; á San Pablo, que negaba el derecho al sustento á quien no trabajase; á San Basilio, el que fustigó á los ricos; á San Juan Crisóstomo, el de los anhelos de una equidad comunista; á San Jerónimo, el que acusó de ladrones á los opulentos; á San Ambrosio, cuya voz se alzó contra la usurpación del trabajo del pobre; á San Clemente, el de las ardientes aspiraciones de justicia; á San Francisco de Asís, el sublime desposado con la pobreza, la triste abandonada desde que Cristo dejó á la tierra, según ha dicho, con amarga ironía, el Dante? Y remontarse aun más atrás, á las páginas vigorosas del viejo Testamento, á los profetas de Israel, que elevaron sus acentos

contra la injusticia social, que lanzaron enérgicos anatemas contra los tiranos y los explotadores del pueblo. ¡Ah, qué acción tan eficaz la de ustedes, si no hubieran abandonado á los pequeños, á los humildes, qué saludable presión sobre la conciencia de los codiciosos! ¡Cuanto dolor evitado! ¡La justicia reinando en el mundo, el sufrimiento reducido á sus naturales límites, no más miseria, no más llanto, no más crueldad, no más guerra, Dios mío, no más, no más!

—¡Hermoso ensueño, amigo mío! Pero eso no es posible. Este mundo no es más que un paso para el otro, el eterno, el único donde está la verdadera justicia. Mi reino no es de este mundo, ha dicho Jesús... Poco importan los dolores de esta vida si en la otra han de ser compensados con creces...

—Conozco el sistema... ya sé, ya sé... la resignación para el pobre... esa es la monserga que ustedes han inventado. Pero el pobre no se resigna; ya está cansado de tanta resignación.

—Bueno, pues ustedes serán responsables ante Dios de perturbar el orden social con sus predicaciones, y nosotros haremos lo que podamos para contrarrestarlas. Por de pronto el señor obispo ya ha decidido mandar á Redenta á un cura que haga algo, porque ese D. Blas Yriarte es enteramente inútil.. su cabeza no está buena...

—Mejor que la de usted—gritó Pedro indignado y levantándose—D. Blas es un santo, un

asombro de virtud, y ¡ay de usted si le tocan! porque esas son maquinaciones de usted ¡perverso! ¡infame! ¡que le voy á ahogar como moleste á aquel anciano!»—Y se iba ciego de furor sobre Artola, el cual se escabulló entre sus brazos, y se metió apresuradamente en la casa. Habían salido al balcón al oír las voces las personas que arriba estaban, y Pedro, sin hacer caso de quienes eran, seguía gritando frenético de ira:

—¡Ahí va, ahí ha entrado la víbora, el que intenta morder á aquel infeliz! ¡Le quiero como á mi padre, y á este infame le he de llevar arrastrando á que le pida perdón!

Entró en aquel instante Ranzade, y llenóse de asombro al ver á su sobrino en medio del jardín, de noche, con el sombrero quitado, manoteando, y profiriendo voces descompuestas.

—¡Pero qué es esto? ¿Qué pasa?

—¡Echale, Manuel, échale ahora mismo!... está loco—dijo D.^a Rafaela desde el balcón...

—Tengo que hablar con él—replicó.

—No—dijo Artola, que apareció arriba—es en balde. Nadie acepta la transigencia... Todos sostienen mi plan. El arreglo que usted haga será nullo, lo rechazarán todos... Que se sometan sin condiciones, no hay más arreglo.

—Echale te he dicho—volvió á gritar la señora.

Y Ranzade, anonadado por aquella extraña es-

cena y por las voces imperiosas que venían de lo alto, como mandatos de Dios, bajó la cabeza y —Vete—dijo á Pedro, y éste se fué triste y desconsolado, terriblemente abatido, pensando en los pobres que allá abajo se consumían en la miseria.

XIX

Marchó entre la noche oscura por el camino de Redenta, sofocado por el viento caliente, con el corazón oprimido por el fracaso de su tentativa. Se culpaba á sí mismo de aquel aborto, á sus intemperancias, porque debió dominarse y conservar toda su serenidad para el asunto que allí le llevaba y no comprometer la suerte de miles de criaturas por la acritud de su temperamento. Pero el mal estaba hecho; ya no tenía remedio; aquel infame había excitado su irritabilidad ofendiendo á quien él más quería; le hizo perder la cabeza al mentar á D. Blas. De pronto le asaltó una sospecha que se transformó en certidumbre al momento, y dándose un golpe en la frente se dijo: «¡Ah, torpe, torpe de mí, que me he dejado coger en el lazo!... Ese demonio me ha provocado adrede... Ha ido tocando todas las fibras de mi irritabilidad hasta que ha dado con las que vibran al cariño y á la ternura por aquel pobre anciano... Me ha pinchado con

premeditación para irritarme y echarlo todo á perder. ¡Oh, ese hombre, ese hombre! ¡Siempre en mi camino!... Es monstruoso, infame, perverso, infernal.: ¡Abismo de maldad que me persigues!... ¿Y qué hago, Dios! No puedo luchar con él; me vence; son terribles sus armas; me ataca por la espalda y mina mi terreno como topo tenebroso bajo mis pies... ¿Debo aplastarle de una vez y acabar con esta visión siniestra? ¿Le mato sin piedad? ¡Gran obra sería librar al mundo de un miserable reptil, de un alma canalla! ¡Ah, si yo tuviera valor para eso! Pero no puedo... la sangre me horroriza, mi mano se niega á sostener el arma homicida, mi pulso se encabrita, mi vista se nubla, mi corazón siente el horror del vacío de una vida arrancada... el tremendo problema... ¡Lanzar un alma á lo ignorado, y un alma como la de este, alma negra, alma del mal, destinada al tormento eterno! ¡El tormento eterno! ¡Ah! si es cierto, ¡infeliz Artola!... ¡El tormento eterno!... ¡No; piedad para él, piedad, Dios mío!... El eterno dolor, no... ¡Piedad para el alma del mal! ¡Piedad para el monstruo predestinado á la eterna condenación!»

Y su alma generosa, trotando en la imaginativa cabalgadura por las infernales penas sin fin, sintió una infinita compasión por su enemigo, una hondísima ternura hacia el protervo, el desventurado hijo del mal, reo del pecado.

«Y si su pecado es finito, ¿por qué ha de ser

infinito su castigo? Una vida no es una eternidad; la acción del pecador es breve como su existencia terrenal... No, no puede ser eso; tiene que haber proporcionalidad entre la culpa y la pena... ¡El castigo eterno, una expiación sin fin! No, eso sería monstruosamente injusto, inconcebible, cruel... ¡Matarle no!... La vida es inviolable, y si el alma sobrevive no habremos matado nada, sino cambiado la forma á un poco de materia, provocado un nuevo modo de agregación de los átomos, y no vale la pena el crimen si el mal no se anonada... Huir es mejor, huir del mal... ¿Y qué es el mal? ¿Donde reside? ¿En el alma eterna? ¿En el espíritu indestructible? No, no es eterno el mal, es falso, es transitorio, no existe en la esencia de las cosas... Sólo el bien es verdad, el bien es eterno, y está llamado á realizarse plenamente, es la razón del universo, la armonía de las cosas, la eterna ley que debe prevalecer eternamente. Si el mal fuese eterno, sería ineficaz la lucha y tendríamos que abandonarnos á la fatalidad de las cosas... El mal es un prejuicio egoísta que tiene sus raíces en el orden económico, fuente de todos los egoísmos. En la vida precaria del hombre primitivo los sentimientos morales son ahogados por la lucha incesante tras del sustento incierto; levántase formidable el egoísmo como suprema ley; no hay otra moral que la de la necesidad implacable. Mas llega un momento en que los progresos de la inteli-

gencia arrancan al hombre del abismo de su animalidad; comienza á serle más fácil la satisfacción de sus instintos nutritivos; sale de su aislamiento selvático, únese á su prójimo, y la suma de sus fuerzas unidas es una nueva fuerza maravillosa, germen de la sociedad y principio del bien... De ahí nace todo; el principio de la unión es el principio moral, una conciliación entre dos egoísmos, la fraternidad, la fusión de los hombres, la realización plena de la sociedad según el principio inicial de la selva, la laxitud de la estéril lucha solitaria, sacrificando al hermano en la desesperada impotencia del aislamiento... ¡La unión, la solidaridad humana, el triunfo de los más!... Cada victoria es una expansión del bien y una mengua del mal fugitivo, que no es otra cosa que el espíritu de discordia, el antagonismo, el aislamiento animal de los retardados de la selva, que no se han incorporado aún á las filas que deben establecer al fin la sociedad, embrionaria hoy é inorgánica... Sí; la realización de la sociedad es el remedio, la sociedad como organismo concreto, en que gocen todos los hombres los maravillosos efectos de la unión, la gran fuerza social que hoy se destruye en estériles luchas, la convergencia de los esfuerzos, la gran potencia económica, el trabajo de todos, la garantía del individuo, la justicia distributiva, el triunfo de la moral, la victoria del bien...»

La vista de las luces de Redenta sacóle de estas

reflexiones, angolfado en las cuales, había hecho el camino sin sentir. Le invadió una gran melancolía al recordar la esterilidad de su viaje, y tembló ante la decepción que iban á sufrir los huelguistas á quienes había hecho concebir esperanzas. Grandes grupos le aguardaban en la carretera, llenos de impaciencia y de ansiedad en vista de su tardanza. Por el abatimiento de Pedro comprendieron que no traía buenas noticias, y corrió el frío y la desesperación por todos los corazones. Refirióles lo ocurrido, palabras de desconsuelo, tristeza, decepción, perspectivas de miseria, más negra cada día. Les repitió las palabras que dijo Artola desde el balcón: «que se sometán sin condiciones; no hay más arreglo».

—No, someterse no; antes morir— exclamaron enérgicamente de uno en otro grupo. Y los comentarios acalorados de la multitud parecían rugidos de fiera irritada que se agita con ansias de acometer.

Pedro se encerró en la casa cural para no ver el pavoroso cuadro, un hervor sordo de tempestad, preludios de guerra; los hombres profiriendo amenazas á gritos, las mujeres comentando las noticias, los niños macilentos, llorando incesantemente, pidiendo pan con insistencia.

Pedro halló á D. Blas sentado junto á su pobre cama, con la cabeza apoyada en ella, y llorando.

— ¡Pobre de mí!... ¡Me han castigado, á mi vez, después de llevar veinte años en el pueblo!— y los sollozos del anciano comprimían el corazón de Pedro, que se hallaba inmóvil en medio del cuarto, sin poder articular palabra por la emoción.— El señor obispo me castiga, me reprende y me quita el curato...

—Pero ¿por qué?

—Me dice que me acoja á un hospital de Venerables, que ya no tengo edad para desempeñar este cargo, que mi cabeza no está buena... ¡Me han calumniado! Dicen que con los fondos de la iglesia he socorrido á la huelga...

—¡Qué infames!

—Y se escandalizan porque tengo á usted en casa... ¡No es uno libre ni para el bien!—y salía el silencioso llanto como una protesta de aquella injusticia, más que como un pesar por los bienes materiales que pudiera perder.

—¡Ah, pobre anciano, padre mío!... ¡Por mi culpa... castigado!... ¡Ira de Dios! ¿castigado?... ¡Castigado el santo, castigado el bondadoso!—y con enternecimiento filial acercóse á él, y le besó en la frente.—Deje el llanto, padre, que no valen los malvados lo que esas lágrimas de su alma pura... No llore por ellos... ¡que se condenen por toda una eternidad!... No tema la miseria en sus viejos años, que aquí estoy yo (y se dió una fuerte palmada en el pecho), su hijo, que no le abandonaré... no, jamás...

—No me importan las privaciones... es por la mala nota... ¿qué dirán de mí? ¡Echado, á mis años!

—Y ¿qué importa lo que digan los malos?... Ya sé de donde viene este golpe... ¡por mi culpa, pobre viejo, por mi culpa!... Es el espíritu del mal... ¡Matarle no; huir! Vámonos, padre; huyamos del mal... ¡Matarle no! ¡La responsabilidad de una vida, el castigo sin fin, la condenación eterna!»

Callaron los dos, y los dos lloraron, estrechándose sus almas en la comunión del llanto silencioso. Llegaban de la calle voces confusas, gritos de desesperación y de miseria, gemidos de humanidad sufriente, ayes de los condenados de la tierra, las víctimas del mal, los esclavos de otra edad, los siervos de ayer, los proletarios de hoy. Corrían por Redenta ruidos como de mar furioso, vocerío confuso que llegaba á aquel cuarto fundido como un gigantesco comentario, como un extraño rezo de multitud. De pronto aumentó el vocerío, tornándose en alboroto enorme. Pedro, sobresaltado, abrió la ventana, y por todo su sér sintió un escalofrío.

—¡Ah, fuego... el incendio .. la desesperación... la violencia!—y corrió á la calle, mientras el cura caía de rodillas junto á la ventana, y elevaba al cielo sus manos y su corazón con una plegaria, iluminándose su cabeza al rojizo resplandor del incendio. Sus blancos cabellos irradiaban una au-

reola de santidad, un nimbo de gloria; su mirada expresaba una beatitud celestial, la serenidad de su espíritu sin pecado, el profundo reposo de su alma. Y era su oración un anhelo de piedad para los extraviados del mal, una súplica de perdón para sus enemigos, de misericordia para todos, todos, Dios poderoso, los que sufren la miseria de su espíritu ó la miseria de su carne, la esclavitud del pecado, el fuego de las pasiones... ¡Padre nuestro que estás en los cielos, perdón para las criaturas, perdón para los ¡ ecadores!.. ¡Cese, Señor, la discordia... sea éste el fuego purificador... termine la querrela fratricidal... ¡Venga á nos el tu reino, Padre celestial! ¡Dios omnipotente, misericordia, misericordia!...»

XX

Era el fuego en el edificio principal de la «Sociedad de aceros laminados,» donde estaban las oficinas, el salón de reuniones del Consejo de Administración y la casa del director, lo que para los obreros simbolizaba toda la opresión. Fué tan rápido que nadie se dió cuenta de como ocurrió aquello. El siniestro resplandor sorprendió á todos, hasta á la guardia civil, que custodiaba noche y día la fábrica. Como sombra impalpable habíase deslizado por el muro un obrero de los más exal-

tados, y se apoderó en el almacén de efectos de un barril de petróleo con el que prendió fuego al edificio, sin ser visto ni oído de nadie. Ni aun á sus compañeros había comunicado su proyecto, y una vez realizado, alejóse en la sombra, yendo á un monte cercano para gozar desde allí el espectáculo, el exquisito placer de la venganza, como un romano austero que presenciase en la colina el incendio de la ciudad corrompida.

Llegó la voz de alarma á la capital; sonaron enérgicos los timbres del teléfono; levantóse Ranzade del lecho donde dormía, soñando en los carriles de Levante; corrieron las autoridades, moviéronse las tropas en los cuarteles, y en poco más de dos horas vióse en Redenta un gran aparato de fuerza. Apresaron á los obreros más levantiscos y á los que cerca de la fábrica estaban cuando estalló el incendio. Rodearon todas las fábricas con una cadena de soldados, á los que dieron la consigna de hacer fuego sobre el que se acercara.

Ardía el edificio por los cuatro costados, avivado el fuego por el violento aire que corría. El toque alarmante de las campanas completaba el tono siniestro de la escena. Por el tejado salían las llamas, lanzando olas de humo y de chispas, que el fuerte viento sur llevaba lejos.

Dispersó la fuerza los grupos de las calles, metiéndose los obreros en sus casas. Pedro estaba solo en la calle, contristado ante aquel horror, en-

rojecido por los resplandores del incendio, que alumbraban á toda Redenta, al río, al monte, al campo desolado y triste, manchado de escorias y cubierto á tramos de una yerbuca descolorida y mustia, asfixiada por los humos y los gases de las fábricas vecinas.

—¡Ah, qué equivocación! Destruir, no... Obra negativa, retroceso... No saben los pobres que destruyen su trabajo, el esfuerzo de sus músculos, que tienen que reconstruirlo ellos mismo... volver á empezar... No lo saben, no. ¡Ah, si lo supieran, si pudiesen darse cuenta de las soluciones constructivas! Si utilizasen razonablemente su fuerza, ¿para qué estas violencias estériles, esta destrucción insensata, confesión de la impotencia? ¡Oponer un mal á otro mal, encerrándonos en un círculo vicioso, en una solución negativa! ¡Cuánto daño, el del pesimismo ruso, la política de la desesperación, del aniquilamiento!

¡Aquel Bakunin, apóstol de la violencia, con su alma rusa, llena de hiel por la opresión secular de su raza, flagelada por los tiranos! No vió la fuerza de la multitud, la trascendencia decisiva de la asociación, la potencia formidable de la cohesión de los oprimidos, la santa alianza de los átomos humanos elevando un poder irresistible ante el cual no prevalecerán ni la tiranía, ni la explotación, ni la soberbia de los grandes. Hay que inculcar á la multitud la fe en sí misma, la concien-

cia del supremo poder que reside en sí, la esperanza de su propia redención... Obra constructiva, obra de progreso, obra de paz...

La lucha violenta es un retorno á la barbarie, es la epilepsia social que destruye en un esfuerzo momentáneo é inútil las grandes energías, y provoca las mortales reacciones que contiene el progreso... ¡Qué insensatez, pretender cambiar la estructura económica del mundo con una contracción muscular de desesperación, con un gesto de rabia, fulminando el rayo impotente de la violencia... Es la ignorancia de los violentos; carecen de sentido histórico, de sentido científico y de sentido político... Son los hijos de los viejos conspiradores secretos que minaban en las sombras la base de las dinastías, y persisten en sus procedimientos, sin darse cuenta de que no se trata del derrumbamiento de una dinastía, obra de una noche de barricadas, sino de la transformación del orden económico que tiene sus raíces en la tierra honda de los siglos, en la trama férrea de los intereses, en la resistencia obstinada de los derechos adquiridos, en la tradición secular, en el espíritu de inmovilidad de las instituciones económicas... Es una locura golpear con la cabeza al muro de la propiedad, mover las montañas con un brazo... ¡Imposible, imposible! Hay enormes resistencias que vencer... Obra lenta, obra ordenada, obra del tiempo y de la unión, la acción constante, por

grados, como todas las grandes transformaciones históricas... La violencia no resuelve nada... la destrucción es el retroceso... Y en el monte el obrero incendiario contemplaba con hondo deleite la obra destructora de las llamas, aquellas vengadoras obreras silenciosas, que devoraban con sus lenguas de fuego el edificio burgués, el símbolo de la opresión y de la miseria.

XXI

El sol del nuevo día alumbró los humeantes escombros, los restos carbonizados del edificio, ruinas ennegrecidas, como las de un viejo castillo abandonado. Y por la brecha que se abrió con aquellas ruinas, como en una fortaleza asaltada, veíanse tropas en el extenso campamento de la fábrica. Era triste ver á los soldados pasear aburridos por el recinto del gran establecimiento industrial, asombrados de las mil máquinas extrañas que veían por primera vez, pobres labriegos de la meseta castellana, siervos de la tierra, dóciles campesinos resignados, que se hallaban en aquel paraje sin saber por qué, y sin vislumbrar la trascendencia de aquella nueva guerra en la cual, á semejanza del juego de los muchachos, hacían de enemigos los amigos, y peleaban los hermanos en opuesto bando.

Veíase por la brecha el cuadro desolado. Allá, á lo lejos, cerca del río, las grandes grúas con sus brazos curvos, extendidos en ademán de coger algo, y sin hallar cosa alguna que coger; en el centro del gran recinto, los hornos apagados, las frías y solemnes chimeneas, mudos testigos que aguardaban el fin de la querella; vagones esparcidos, aquí uno solo á medio cargar, tres ó cuatro engan- chados más allá; junto á los hornos, un tren completo de mineral. Y en los amplios talleres cubiertos, se veían las ruedas colosales paradas, sin vuelo, como águilas heridas que se posan y mueren replegando sus alas; y en reposo también la maquinaria, todo aquel complicado artificio de acero, muerto de pronto como un organismo herido en el corazón.

Aconsejó Pedro á los obreros que, más que nunca, fuesen prudentes aquel día, porque el enemigo irritado buscaba la ocasión de una sangrienta venganza. Lo mejor era que venciesen su curiosidad por ver los restos del incendio, y no se acercasen á la fábrica donde los fusiles esperaban pechos proletarios para desahogar la cólera. Les convocó en un campo vecino para el reparto de los carros de pan que había hecho traer con el dinero que le envió Ranzade. Fué un cuadro magnífico. Había caído el viento en la mañana, y un hermoso sol otoñal llenaba de alegría el campo, el monte, el cielo y el corazón de los congregados

en torno de los carros. Pedro se llevó á D. Blas á que viese la singular escena y le ayudase en el reparto. Subieron los dos sobre el primer carro, y fueron ovacionados estrepitosamente. Comenzaron, uno por cada lado, á repartir una hogaza por familia. Se levantaban mil manos al mismo tiempo, todos querían ser los primeros temiendo se acabase, y no bastaban á contener la impaciencia las voces tranquilizadoras de Pedro: «Hay para todos... un poco de orden... hay para todos... paciencia, amigos... y acabaremos más pronto... todos á un tiempo no es posible...» Pero ¿quién contenía aquella ola, aquel mar famélico, capaz de tragarse todas las tahonas del mundo?

—¡Eh, Chamorro, que tú ya te has llevao el tuyo! No le dé... no le dé...

—Es que semos seis en casa, y con un pan no tenemos pa un diente...

—Pues yo necesito tambien dos pa el hambre atrasá, y me contento con uno...

—¡Mia que seis brutos!.. ¡No achuchar, rediez!

—¿No estais oyendo que pa toos habrá?...

Aguantarse un poco...

—Ea, otro carro...

—¿Cuanto valdrá too este pan?

—Vete á saber... mil duros...

—¿Y de dónde ha caído este dinero?

—Del cielo... es el maná... ¿á que no sabes tú lo que es el maná?

—Yo no.

—¡Ignorantel...

—¡Si tú tampoco lo sabes!... dilo...

—Este pan viene de la fábrica que se ha convertido en panadería... ¿No habeis visto como ardía anoche el horno?

—Dice D. Pedro que este pan es «buena presa»... Tú, el del maná, ¿qué quiere decir eso?

—Que se le ha pescao al enemigo... ¡Cuidao que sois torpes!

—¡El tercer carro!... yo no aguardo más.

—Ni yo, que esto se va á acabar... Gorio no seas tonto y no te quedes atrás... empuja, hijo, empuja...

—No seas bestia, tú, que vas á reventar á esa mujer... es la de Nicasio, que está enfermo...

—Pues que se alivie, pero yo no me quedo sin pan...

—¡Qué barbaridad!... Mucho hace el hambre, pero no es para tanto... ¡pues no parece que no han comido en la vida!... ¡Qué agonía por un pan!... Yo que D. Pedro á estos que achuchan tanto les dejaba para los últimos. . .»

Y se acabó el pan y las fuerzas de los repartidores, que cayeron sobre las tablas del último carro molidos de fatiga y sudando copiosamente. Los que cogieron su ración se fueron de allí al ver que se agotaron los cuatro carros sin alcanzarles nada á algunos, temiendo que les hiciesen repartir

lo suyo con los otros... Les había engañado Pedro; no había para todos. Allí quedaban centenares de criaturas que no habían recibido el pan, mujeres y niños, los más débiles, los más juiciosos, los menos egoístas, que permanecían tristes y silenciosos.

— ¡Ah!—exclamó Pedro—Lo de siempre..... los más bruscos, los más osados han llegado aunque sea pisoteando á sus semejantes... Han llevado su pan y el del prójimo, dejando á estos sin nada, los silenciosos, los blandos, los buenos... ¡Había para todos, había para todos, D. Blas! . . yo hice bien el cálculo, pero se han aprovechado del desorden los egoístas, y han desposeído á estos pobres, que son los mejores... ¡Y se van, D. Blas, se retiran callados, con la privación del pan en premio de su cordura y de su mansedumbre!...»

Levantóse D. Blas, y llamando á los que se iban, les dijo:

—«¡Esperen, esperen!... tendrán pan como los otros...»

Y Pedro, sin comprender los propósitos del cura, le dijo:

—No quedan más que migajas, polvo ruín entre las tablas... ¿Es que piensa D. Blas repetir el milagro evangélico del pan y peces?

—No se trata de milagros... ¿No me han calumniado acusándome de socorrer á los huelguistas con los fondos de la iglesia? Pues para que

Dios perdone á los calumniadores, quiero hacer verdad de lo que fué mentira.»

Y se bajó del carro, yéndose rápido hacia el pueblo, y volvió tras breve rato, y tornando á subir, dijo á los grupos que allí quedaban:

—«Tomad todos... repartíos como hermanos este dinero, y caiga sobre mí el castigo de Dios si el empleo que doy al tesoro de la iglesia no es conforme á la voluntad de la justicia divina.»

Y les dijo Pedro:

—«Bienaventurados vosotros, los mansos de corazón... Habeis sido los últimos y sois los primeros... El dinero del altar aliviará vuestra miseria...»

Se alejaron todos, los carros también, quedando solos en aquel campo Pedro y el Cura, mudos los labios, respetando el augusto diálogo silencioso de sus almas, que salían por sus ojos y revoloteaban con el regocijo del bien por aquel campo de luz, como mariposas invisibles.

XXII

Pasaron dos días de absoluta calma. No cesaba Pedro de recomendar á los obreros la prudencia para evitar colisiones sangrientas con la fuerza. Muchos se fueron á las playas ó á los pueblos cercanos, aprovechando el bonancible tiempo otoñal,

días claros de reposo sereno como los años de la edad madura.

Viendo la pasividad de los huelguistas, se retiraron de Redenta las ociosas tropas, volviendo á quedar, como antes, confiado el orden á la guardia civil.

Dedicábanse muchos obreros á la caza y á la pesca. Era como un retorno á la vida primitiva. Buscaban el alimento en los aires, entre las matas, en el bosque, en el fondo de los ríos ó en las orillas del mar, y entregados de esta suerte á la persecución de sustancias nutritivas para acallar las voces imperiosas del estómago, mataban las mortales horas de aquellos días inacabables, porque no hay días más largos que los que son sin pan.

Habituados los hombres al trabajo desde que nacieron, era un suplicio la dilatada ociosidad. La fuerza dinámica adquirida en toda una existencia ocupada, les había dotado de una naturaleza activa, de una necesidad de acción, y sentían un fastidio abrumador en aquél prolongado reposo. ¿Y cuándo acabaría aquello? Se sabía que la obstinada resistencia de los trabajadores había desconcertado á las fábricas, que las acciones bajaban de día en día, que los perjuicios del paro eran enormes.

Ranzade no podía más. Sintió de pronto una gran ternura por Pedro, y se dirigía amargos reproches por no haber tenido entereza para oponer-

se al daño que se le había inferido injustamente. Y rasgó irritado la carta en la que el alcalde de Redenta le decía que era imposible reponerle porque ya se había nombrado al nuevo médico, y además porque grandes influencias habían pedido la cesantía de aquel perturbador, causante principal de la huelga y sostenedor de ella por su valimiento sobre los operarios. Todas las personas respetables de Redenta protestarían de aquella reposición, y, por otra parte, ya estaba nombrado el sustituto... en fin, imposible, imposible complacerle.

No fueron parte estas preocupaciones á impedir que se ocupase de la cosa política, bastante agitada aquellos días por la caída del Gobierno. Y tuvo un golpe de habilidad. Manifestó públicamente su desacuerdo con Cánovas en aquella ocasión, y se puso á las órdenes de Sagasta quien le acogió muy bien, porque era una buena adquisición para el partido por lo que este hombre valía y representaba. D. Manuel, hombre práctico ante todo, hombre de negocios, hizo sus cálculos, y vió que le tenía cuenta aquella inconsecuencia política. Pescaba una senaduría vitalicia para él y un acta de diputado para su hijo Andrés.

Todo iba á su gusto, y no había otra nube en el cielo de su contento que aquella malhadada huelga.

Un día se produjo de repente un regocijo loco

entre los huelguistas. Habían llegado nuevos recursos del extranjero. Francia, Alemania, Inglaterra y Bélgica enviaban una segunda remesa. Los compañeros de España habían abierto suscripciones en todos los periódicos obreros, y mandaban más importantes socorros que la vez anterior. Los holandeses también acudieron. Pero la frenética alegría fué después, cuando llegó una espléndida suma de los Estados Unidos, un magnífico cheque de cuatro mil dollars, que los compañeros del Nuevo Mundo enviaban á los hermanos de España con una calurosa excitación á perseverar en la resistencia. Se hizo el reparto de todo, equivalente al jornal de una semana. Los obreros hacían correr voces de sumas enormes recibidas, que aseguraban la resistencia durante varios meses; pero, en realidad, no había más que lo repartido, y, pasada aquella semana, volvería otra vez la miseria. Desde luego, en el cuartel general se descontaba lo que hubiese de exagerado en la cifra de los recursos recibidos, pero quedaba siempre la verdad de que habían recibido por segunda vez socorros.

D. Santos no creía en la eficacia de estos auxilios, y proseguía alentando el fuego sagrado de la intransigencia. Mas este fuego calentaba apenas. Iba resultando pesado aquello, y se vino á convenir en que los perjuicios recaían solamente sobre los intereses de las fábricas, puesto que los obreros nada tenían que perder, y que era una lucha

desigual, porque en los otros todo era cuestión de más ó menos hambre, pero á ellos podía traerles una ruina aquel trance. Llevaban más de un mes las fábricas paradas; las acciones en baja; la clientela buscaba los productos por otra parte y costaría trabajo recuperarla luego; había mil reclamaciones pendientes por incumplimiento de los compromisos; la maquinaria se estaba echando á perder parada y en el abandono; los minerales comprados se hallaban sin recoger, y los cargamentos de carbón se estaban gravando con costosas estadías. Y los obreros se mostraban cada día más tenaces. Dos consejeros de *La Nacional* se unieron á Ranzade, formando el núcleo del bando transigente; luego otros dos, y otros después. Esforzabase Artola por contener la desbandada, pero dominaron las corrientes de paz, y, al fin, la mayoría se pronunció por buscar un arreglo. Prevaleció la franca transigencia contra las protestas de Artola y de D. Alberto, los cuales optaban por todas las soluciones, todas, incluso el cierre de las fábricas, antes que ceder. Y vista su derrota, se retiró Artola indignado, pronunciando desde la puerta dramáticas profecías, la revolución avanzando, la autoridad humillada, la impiedad triunfante, rota la disciplina social, envalentonadas las masas, alentada la rebelión, abierto el camino de las insolencias. Ya verían, ya verían las perturbaciones futuras, las consecuencias de su in-

sensatez, los efectos de aquella cobardía. Por temor á un perjuicio pasajero se lanzaban á una ruina definitiva, á la derrota del capital bajo las imposiciones y las crecientes exigencias del trabajo. Y se fué en unión de D. Alberto, el ingeniero director de *La Nacional*, que acababa de presentar su dimisión. Comentaron los dos en la calle aquel final imbécil, aquella solución cobarde, un paso más en el camino de perdición, en el camino de la libertad del pueblo, que iba poco á poco perdiendo todos los respetos, todas las creencias, toda idea de subordinación social.

XXIII

Al día siguiente se reunieron en las oficinas de *La Nacional* dos consejeros de cada una de las fábricas paradas para recibir á una comisión de operarios que expusiera en nombre de todos sus pretensiones, acabando por donde debieran haber empezado. Instruyó Pedro á los obreros de la comisión sobre lo que debían hacer. Condiciones concretas, limitadas á estos tres puntos: supresión de los capataces; aumento de 15 por 100 en los salarios; disminución de dos horas en la jornada. Exponer esto con mesura y sin desplantes. Si los otros conceden poco, defenderse con juicio; si proponen una transacción razonable, aceptarla y

cese la huelga. La primera condición fué aceptada. Realmente se podía prescindir de los capataces. Los había defendido D. Alberto, como intermediarios indispensables en las jerarquías de la disciplina industrial; pero puesto que dimitió, no quedaba nadie que hiciese cuestión de gabinete el sostenimiento de los parásitos, especie de cabos de vara depresivos para la dignidad del obrero y agentes de la más desvergonzada explotación.

Las otras dos condiciones fueron discutidas; pero por transacciones mutuas, se redujo á 10 por 100 el aumento del salario y á una hora la disminución de la jornada, quedando en aquel punto cerrado el tratado de paz y convenidos en reanudar al otro día los trabajos. Al salir la comisión obrera con noticias de la paz fué saludada con una ovación delirante por la muchedumbre que alrededor de la fábrica aguardaba los resultados de la conferencia. Y olvidando agravios y rencores, aplaudieron también con calor á los comisionados burgueses, los cuales saludaron cortésmente descubriéndose. Hubo un breve silencio mientras estos se alejaban, y cuando se perdieron de vista, estalló frenética la alegría del triunfo, y durante aquella tarde y aquella noche viéronse las tabernas y los cafés de Redenta llenos de una multitud inquieta que bebía y comentaba, entre risas y animadas voces, los episodios de aquella lucha. Y la embriaguez de la victoria se desbordaba por las

calles, llenando el aire de regocijadas canciones, himnos del trabajo, coros de triunfos, un arte rudo y simple, que lanzaba al espacio emociones del corazón, todo un mundo nuevo, vibraciones de libertad, de entusiasmo, de esperanza. Aparecieron luego guitarras, bandurrias y acordeones; no cesaban los cánticos ni las tocatas por las calles, dando á Redenta el carácter de una población sitiada que celebra con júbilo su liberación.

Al mediar la noche, cuando tras largas horas de loco frenesí y de bulliciosa alegría, comenzaba á invadir el silencio á las calles, un numeroso grupo, antes de disolverse, quiso agasajar á Pedro con una serenata, bajo su balcón, en la casa cural. Hallábase acostado hacía dos horas, llamando en vano al sueño. La emoción del suceso del día tenía en nerviosa excitación, mezclándose á esto una honda tristeza por causas de otro orden. La atención que prestara á la huelga, le había hecho olvidarse de sus propios intereses, pero resuelta ya, se apoderó de su mente la preocupación del problema material de su vida. Se hallaba sin recursos y sin empleo; aquel lecho en que se agitaba atormentado, no era suyo; y el pobre D. Blas, el bendito varón, que allí cerca dormía, quedábase también en el arroyo, lanzado de aquella casa, repelido de la iglesia, y reemplazado por otro cura más grato á los que tenían valimiento con el prelado... En la calle los dos al día siguiente, sin pan,

sin techo... Y suspiraba con amarga tristeza pensando en el santo anciano, puro como las aguas silenciosas que esconden en la fronda su límpida corriente, besando al pasar, á las humildes flores de la orilla...

Cortó el hilo de sus pesadumbres la música que sonaba al pié del balcón, coros é instrumentos mezclados en un extraño concierto. Aquellas voces que expresaban cantando la gratitud, le conmovieron por su ruda simplicidad, homenaje sencillo que partía del alma. Vistióse aprisa y abrió el balcón, y los cánticos se tornaron en vítores, y cesaron las manos de pulsar las cuerdas para aplaudir al gran amigo leal. Y tras el ruidoso entusiasmo que le acogiera al salir, se hizo el silencio, y les habló de esta suerte:

—«De todo corazón tomo parte en vuestra alegría por el triunfo del trabajo, que es el triunfo de la humanidad... Ya conoceis el remedio... ¡Marchad unidos todos, los que sufrís la opresión! La solidaridad no es un vano concepto... os lo han demostrado los hermanos del mundo entero acudiendo en vuestro socorro... Un santo espíritu fraternal se apodera de los trabajadores de la tierra... No hay un hecho semejante en la historia... Jamás un sentimiento se extendió como éste, tan vigoroso, inmenso, moviendo en una misma dirección á la gran mayoría de los humanos... Por encima de los exclusivismos nacionales, por encima de las preocu-

paciones de raza se levanta un anhelo que funde al proletariado universal... Los latinos, los sajones, los germanos, los hijos animosos de la naciente América, los del Asia petrificada por una mortal servidumbre desde remotos siglos... todos renacen á la vida al conjuro de una idea. Asistimos á una grandiosa epopeya, que cantarán las edades futuras, el nacimiento de la conciencia universal, la unificación de las fuerzas dispersas, que se atraen mutuamente. Hasta aquí vivía la sociedad en un amorfismo incongruente, como un monstruo inconcreto, en desintegración inorgánica, debatiéndose trágicamente el individuo en medio de un caótico desorden, destruyéndose en lucha estéril contra los otros individuos, bajo la acción de un fatalismo supersticioso. Mas comienza la gestación de una sociedad orgánica cuya ley ha de someterse al hombre y éste á la eterna justicia. Es el triunfo de la ciencia sobre el impotente fatalismo y sobre la superchería. La voluntad poderosa de la humanidad se alza proclamando que quiere el bien, que quiere el sosiego de una vida racional, que quiere gozar de su derecho á una existencia libre, y lo que quiere será con sólo quererlo, porque su voluntad es la fuerza, y á su acción quedarán reducidos á polvo todos sus enemigos, leves gusanos que hollará su planta... ¡Ah! no es un ideal inasequible, no; no sueño en vagas abstracciones... Vosotros sois la humanidad concreta; vosotros sois la

fuerza que nace, vosotros y los otros que han respondido en todos los confines del mundo á vuestra voz, como los acentos de un dios repercutiendo en ecos infinitos por las montañas y los valles... ¡Organizaos sin tardar, trabajadores de Redenta; formad vuestra fuerza local, y estableced en seguida el contacto con las otras fuerzas, y habreis hecho el gigantesco esqueleto óseo, y sobre él se formarán los tejidos, y nacerá la carne, y por sus arterias correrá la sangre, y entonces verá el mundo el orgánico poder, la fuerza irresistible, que vive latente en cada uno de vosotros esperando no más que la cohesión para desarrollar su potencia.

Que la letal pereza no os domine, que la duda no enfríe vuestro corazón, que el abatimiento no remache las cadenas de vuestra servidumbre y de vuestra miseria. Quiero predicaros la esperanza, transmitiros una ardiente fé en vuestro porvenir, persuadiros de que se acerca vuestra redención... No escuchéis el falso consuelo de las recompensas ultraterrenas. Sed buenos y piadosos siempre, pero no os resignéis al mal... se resigna la impotencia y vosotros sois la fuerza, que debe hacer vibrar al mundo... Los pueblos que se han resignado han caído en la abyección y en la barbarie, levantándose sobre ellos todas las miserias, todas las supersticiones, todas las tiranías... No, la resignación es la virtud negativa... Sea fecunda vuestra virtud... Rechazad la injusticia. Que una constante

aspiración á mejorar ponga freno á los codiciosos... Reclamad sin descanso el bienestar, y esta aspiración legítima será el resorte del progreso. Vuestra misión histórica es infinitamente progresiva, progresiva en todas direcciones, en el orden económico, en el orden político, en el orden moral, y aun en el orden religioso, porque ¡cuántos pecados, cuántas infamias, cuántos crímenes, cuánta abominación hay, en la lucha salvaje de una sociedad injusta, donde las bondades del corazón son un estorbo, donde un alma de acero se abre paso inmolando á las víctimas que les detienen en su audaz carrera!... En una sociedad organizada en justicia el ejercicio de la virtud no encontrará como ahora tantos abismos donde caen los mas buenos; no se deformarán las almas al áspero roce de un ambiente moralmente rudo.

El capital y el trabajo, son antagónicos por esencia, inconciliables. Se ha de levantar el uno fatalmente sobre las ruinas del otro. Hasta ahora ha dominado el capital sobre el trabajo, mas, por una ineludible ley económica, lleva el capital la sentencia de muerte en su propio desarrollo, en su excesivo crecimiento. El capital es una paradoja económica; se acerca á su fin según aumenta su potencia. En las naciones pobres es omnipotente; esclaviza al trabajo; y en los países donde es más señalado el progreso de la riqueza, prodúcese un movimiento inverso, los beneficios del ca-

pital se restringen y se elevan sin cesar los salarios... Vuestro triunfo de hoy en este terreno significa más para derrota del capital, que todas las violencias destructivas de los insensatos que ignoran el carácter económico de esta lucha de transformismo social, que debe operarse lentamente, por una acción constante de todos los individuos, con la lentitud de todas las grandes transformaciones, por la acción de todas las moléculas, como en los organismos biológicos.

Quisiera poder daros á cada uno todo el fuego de mi corazón, toda mi fe en el porvenir, para ahuyentar la desesperación en los momentos de laxitud, cuando el abatimiento os invada. No desesperéis, yo os lo ruego... A la victoria de hoy seguirán otras, si fortalecéis vuestra conciencia colectiva, y luego otras, hasta el triunfo final, el dominio de la ciencia, la organización humana de la sociedad, el reinado de la justicia...

En marcha, trabajadores, hacia la ciudad redimida por el trabajo, en marcha hacia la sociedad futura, hacia el gigantesco organismo social que va á nacer á la luz de la experiencia y de la ciencia, generado por el fecundo poder de la unión universal de todos los laboriosos. Vuestros cantos de esta noche son el prelude de la grandiosa revolución de la paz y la justicia. La humanidad despierta del sueño de los siglos y afirma su voluntad vigorosa de ser feliz y libre, y va á tomar

posesión de su patrimonio material, que es todo el planeta, la tierra libre y generosa bajo el sol alegre, y de su patrimonio espiritual, el tesoro precioso de los conocimientos y de las ideas, la labor cerebral de mil generaciones, el arte y la ciencia, el gran legado de nuestros progenitores, el esfuerzo acumulado de la inteligencia universal... No desmaye vuestra alma ante las penas del presente... Sentid el aliento de la humanidad que viene, la solidaridad ideal con los hombres de mañana que bendecirán vuestra memoria... Creed en el porvenir; laboradle vosotros...

¡Esperanza, trabajadores! ¡Obreros de la redención, esperanza!»

Le aplaudieron y le vitorearon todos, é invadidos por un franco optimismo, conversaron allí largo rato con los corazones robustecidos por el ideal de la esperanza. Les despidió luego Pedro por ser hora avanzada y se fueron tocando. Volvió al lecho, y al perderse á lo lejos los últimos ecos de la música, recayó en sus cavilaciones sobre el problema material de su vida. Oyó un suspiro en la habitación inmediata. D. Blas no dormía. Se había despertado al ruido y estuvo escuchando lo que Pedro hablara á los obreros, y al terminar, volvió de puntillas á su cuarto y cayó en una profunda oración, en una ardiente súplica á Dios para que diese á sus criaturas la esperanza, la fe en la redención.

XXIV

De la pasada lucha no quedaban otras ruinas que las del edificio incendiado. Vinieron los materiales necesarios para la reconstrucción, piedras, cal, ladrillos, madera, hierro, y un centenar de operarios para rehacer la obra, que la violencia había destruído. Aquellos lamentables escombros evocaban la impotencia de los espíritus desesperados, las almas epilécticas, lúgubres soñadores de las soluciones negativas, corazones desolados donde murió la esperanza, dolientes agoreros del pesimismo social. Sólo es irremediable lo pasado.

Lo porvenir es un plano infinito abierto á todas las energías; reculan los cobardes, los pesimistas, los faltos de fé; los animosos no.

El optimismo hace la historia; las afirmaciones dirigen el mundo, afirmaciones de ideas, afirmaciones de fuerza. La negación es infecunda. La misma virtud es estéril si es negativa ó pasiva; más vale una buena acción que diez virtudes. La resignación religiosa y la violencia destructora de los desesperados son dos extremos igualmente fatalistas, que, si prevaleciesen, llenarían al mundo ó de esclavos ó de fieras. Debe prevalecer el hombre, el individuo, principio y fin de la sociedad, el hombre alegre, activo, vibrante, bajo el hermoso

sol optimista, perenne maestro de la acción constructiva, de la eterna afirmación de la vida. Y la vida volvió á Redenta aquel día, pero más activa, más fecunda que antes, animada por el espolero de la esperanza, por los estímulos del bienestar. El triunfo prestó á los trabajadores nuevas energías; el mejoramiento de su condición les hizo amable el trabajo, y se entregaron á él con una intensidad desconocida. Y hasta las máquinas parecía que habían cobrado mayores energías, como si fueran partícipes del triunfo de los hombres. Había momentos otras veces en que los colosos de acero marchaban lánguidos, como si la fatiga les venciese; pero aquel día los hornos estaban radiantes, el vapor resoplaba en las calderas y daba sin desmayos su potencia; los volantes giraban rápidos, moviendo, á lo largo de las trasmisiones, el complicado rodaje de las máquinas. En la cresta de los altos hornos, junto al crisol de hierro hirviente, cantaba *Minacha*, el áspero, regocijado aquel día por el pleno contento de su alma, aquella alma que se había enfriado como el nido vacío y volvía á templarse al calor de la esperanza, al retorno del ave fugitiva cuya ausencia habíale llenado de rencores. Tuvo en aquella altura como un éxtasis de fe, como una revelación de la verdad de mañana, y mientras llegaba á su punto la *colada* para *dar la sangría* y lanzar el líquido lingote á las canales, extendió desde allí su mirada al espacio, lleno de

luz y alegría, al río de inquietas aguas por el girar de las hélices de los buques que pasaban, al muelle animado por un ejército de obreros ocupados en la descarga, á los campos vecinos por donde corrían silbando los trenes con cola inacabable de vagones.

Veía desde aquel alto las otras fábricas, que habían tornado también á la vida fecunda. Todas las chimeneas humeaban; en todas partes sentíase la transpiración animada del trabajo, la existencia laboriosa, el aliento jadeante de la fecundidad humana. Junto á las fábricas veíanse los elevados palos de los buques, las vergas, las banderas de variados colores, y allá en el horizonte, como fondo de este cuadro de vida, el mar, que parecía juntarse con el cielo, fundiéndose en un beso, como símbolo del amor infinito.

Y en las calles de Redenta la apacible calma de los días buenos, la soledad de los pueblos industriales en las horas de trabajo, sin más transeuntes que mujeres ó niños ó el rico D. Aurelio que, tras de imaginarias ocupaciones, llevaba de un lado para otro su vida ociosa. Y recogió *Mi-nacha* su mirada en la labor, dió una voz á los que abajo estaban, y salió entre llamas un río de hierro derretido, que se extendió por el suelo, llenando los moldes, que allí había, semejantes á los surcos de un campo dispuesto para la siembra.

XXV

Al declinar la tarde, cuando el sol otoñal enviaba sus postreros fulgores, rayos mortecinos de una despedida melancólica, cuando los silbatos de las fábricas anunciaban el fin de la jornada, los primeros trabajadores que salían vieron á lo lejos, en la lontananza del camino, dos siluetas negras de espaldas, un cura y un seglar, y allá se perdieron en el misterio de la noche que avanzaba.

